

SERRONES DE CANTABRIA

Los últimos obreros forestales manuales de España



Ángel San José Mediavilla

Centro de Estudios Montañeses
Santander
2003

Serrones de Cantabria
Los últimos obreros forestales manuales de España

ÁNGEL SAN JOSÉ MEDIAVILLA



CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES

SANTANDER, 2003

GOBIERNO DE CANTABRIA
CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer por mi parte a varias personas su ayuda y apoyo, en diferentes maneras, en relación al presente trabajo: a Merche Abascal, José Antonio Cosío, Manuel Vallecillo, Juanito García e Íñigo López (hijo), por su diligencia y amabilidad a la hora de contactar con varios de los entrevistados; al galerista Santiago Casar, por facilitar desinteresadamente los dibujos de Riancho; a Manuel García Alonso por todo lo relacionado con el carboneo; a Óscar Portugal por el maquetado y diseño; a Eduardo Saiz y al difunto Mon Martín, por todo su interés; y a Mario Crespo, una vez más, por la bibliografía especializada que me señaló, sus consideraciones metodológicas y su inquebrantable apoyo. No debo olvidar a mis compañeros de la sección sindical de la U. G. T. que tanta paciencia han tenido conmigo (y por dejarme usar libremente su ordenador).

El autor.

Edita: Centro de Estudios Montañeses
c/ Gómez Oreña 5, 3º, 39003, Santander

Impresión: Imprenta Cervantina, S.L.
c/ Riomiera s/n, 39011, Santander

ISSN: 84-932327-7-7

Depósito Legal: SA-1239-2003.

Serrones de Cantabria



Para Mario y Rosalía, con afecto.

«Muchos montes de diversos árboles, así fructíferos como de los que hacen madera, y para edificación y fábricas, principalmente de roble, encinas y castaños y hayas; y por esa comodidad es mucha la madera que deste puerto sale para Andalucía y otras partes, de por labrar y labrada, en remos, cubetas y barriles, los cuales se labran en esta villa y sus comarcas, y así mismo muchos navíos grandes y pequeños»

(Juan de Castañeda, año de 1592)

«Una cosa deseo ver acabada de tratar, y es lo que toca a la conservación de los montes y aumento de ellos, que es mucho menester y creo que andan muy al cabo; temo que los que vinieran después de nosotros han de tener mucha queja de que los dejamos los bosques y sus riquezas consumidos; y plegue a Dios que no lo veamos en nuestros días».

(Felipe II al Consejo de Castilla, año de 1572)

«A la sierra tocino y al serrón mucho vino»

«En la sierra, ni dueña ni cigüeña»

«La sierra tiene muchos dientes y todos comen a la vez».

«Si quieres cruzar la charca, haz de abedul la albarca»

(Refranes populares)

«Te haré una barquía
de madera de salguera
para pasar de Liaño
a la Virgen de Muslera»
(Cantar popular)

«El tiempo será siempre el arma más mortífera, pero eran más dulces los días aquellos cuando la vida aún estaba sometida a los ciclos agrarios y el sol, que nacía en forma de Dios cada año nuevo, gobernaba las siembras, floraciones, sazones y cosechas siendo entonces todas las semillas inmortales. Como un niño se renovaba en el vientre de todas las vírgenes y en primavera reventaba en las gemas de todas las plantas y luego se convertía en espárrago, trigo, granada o fruto de la vid para ser cosechado, segado o vendimiado bajo el ardor del verano o la melancolía del otoño. Ya no existen solsticios ni equinoccios sino ciclos comerciales»

(Manuel Vicent Marqués, diario El País, 30-12-2001)





Mercado de San Pedro de Romeral. 1945. Colección Zubieta.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	4
PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	17
I. EL MARCO GEOGRÁFICO.....	21
1-Situación y descripción de Cantabria.....	21
2-El clima de Cantabria.....	26
3-El poblamiento rural.....	27
4-Actividad de la población.....	29
II. LA MATERIA PRIMA.....	32
1-Los bosques.....	32
2-Diferentes árboles con aprovechamiento maderero.....	35
3-La demanda de madera en Cantabria a través del tiempo.....	42
III. EL OFICIO DE SERRÓN Y EL TRABAJO EN EL MONTE.....	47
1-Los serrones.....	47

2-Las herramientas.....	52
3-El serrado de árboles.....	57
4-La obtención de carbón vegetal.....	64
5-Otros oficios relacionados con los serrones.....	68
IV. TESTIMONIOS.....	75
1-Entrevista a Íñigo (padre).....	77
2-Entrevista a Alejandro Fernández.....	85
3-Entrevista a Lalo y el Alcalde.....	90
4-Entrevista a Tivo.....	100
5- Entrevista a Joaquín Osoro.....	106
6-Entrevista a Manuel Casares.....	114
7-Entrevista a Cipriano el Cojo.....	118
8-Entrevista a Bedoya y Mariano el Carbonero.....	127
V. LA IMAGEN DE LOS SERRONES SEGÚN AGUSTÍN RIANCHO.....	139
VI. GLOSARIO.....	147
VI. BIBLIOGRAFÍA.....	161

PRÓLOGO

Es muy probable que la madera sea, junto con la piedra y el hierro, el material más básico sin el cual no puede entenderse la interacción entre el hombre y la naturaleza. La madera se ha erigido en referente fundamental de la relación del hombre con el medio, de su necesidad de explorar los mares, de las vicisitudes de nuestras aldeas en el correr de los tiempos, del recuerdo de la trascendencia con las imágenes sangrantes del retablo, de esos modos de vida que hemos dado en llamar "tradicionales". Del interés por ella y, en concreto, de la mirada hacia el trabajo de unos artesanos concretos de la madera trata esta obra, *Serrones de Cantabria. Los últimos obreros forestales manuales de España*, que obtuvo una mención de honor en el X Premio Cabuérniga (2002).

La trayectoria investigadora de Ángel San José Mediavilla, licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Cantabria, no comienza ni mucho menos con este trabajo. Como tampoco es la primera vez que se interroga por una materia prima tan útil primitiva y frecuente en la existencia del hombre. Son estas páginas que siguen, de hecho, un escalón más en una de las inquietudes que ha mostrado desde hace años: los oficios tradicionales de Cantabria. Tampoco es ésta su única curiosidad intelectual. De paso por su carrera universitaria y los inicios de su doctorado anduvo muy entretenido en la historia del Puerto de Santander. Y otros proyectos van a plasmarse pronto, seguramente, gracias al interés por el conocimiento de la historia de su tierra que muestra aquél que conoce tantas tierras y ha vivido tantas experiencias que enriquecen su bagaje como estudioso y sobre todo como persona.

Prueba de su pulcritud en la recuperación de las labores tradicionales es su obra *Cudoneros del Valle de Toranzo. Cuaderno de campo sobre una técnica tradicional de construcción en Cantabria*, que obtuvo en 1998 el VI Premio "Cabuérniga" de Investigación sobre Culturas Rurales. Contaba el libro con un prólogo de Carmen González Echegaray, gran conocedora del pasado de nuestra región y especialmente de la vida de un valle, el de Toranzo, cuyos pobladores han cohabitado con un río, el Pas, que ha proporcionado materia prima

para la construcción de paredes de viviendas y tapias de cierre. El cudonero es el pariente pobre de la familia de la cantería, cuyos hermanos mayores están siendo bastante estudiados por los historiadores del arte. Se necesita ahondar en el conocimiento de otros usos de la madera, como otros estudiosos, que aparecen en la bibliografía final, hicieron en su momento. Otros usos mucho más cotidianos que la labra de un escudo o la traza arquitectónica de una cubierta, que sólo un espíritu sensible y crítico, como el de Ángel, puede valorar.

La relación con el medio invita a una reflexión muy amplia sobre el quehacer humano. Hace falta que el hombre perciba no sólo la necesidad sino además la solución a ella, a través de su arte, es decir, de su condición esencial de *homo faber*, hombre atento a su entorno y, al cabo, dependiente de él. Decía José Ortega y Gasset, en una observación de alcance, que era el medio ambiente el que alteraba al hombre y no al revés, como vulgarmente puede parecer. La dificultad climática, por ejemplo, provoca en el hombre el desarrollo una técnica para guarecerse del frío y de la humedad.

Del estudio de lo tradicional podríamos entrar en el (absurdo) debate sobre los límites entre la historia y la antropología, que a tantas voces supuestamente informadas les gusta tanto sacar a colación. Desde luego no serán estas páginas las que alimenten aquellos pesebres. Pero sí vamos a indicar que uno de los grandes errores de base en el estudio de las tradiciones es reconocer justamente aquello que no es tradición, que ni siquiera es pasado que hunda sus raíces, de alguna manera, en una tierra concreta. Con el despegue de este Reino de Autonomías que viene a ser España, se han fomentado los estudios sobre el folklore, las tradiciones y las costumbres de cada espacio particular, y hemos de señalar aquí que, con frecuencia, ello se ha hecho sin delimitar muy bien a qué se refiere uno con estos términos conspicuos que un excelente antropólogo como fue Julio Caro Baroja se hubiera preocupado muy mucho de matizar primero. Incluso proliferan en la actualidad obras basadas en meras presuposiciones y en la consideración de lo mágico, lo misterioso y lo axiológico (incluso aquello que no ha dejado ningún tipo de fuente para el estudio!) como una base firme y constatable en la que aposentar un discurso sobre el pasado y, llevado más allá, sobre los cimientos de una Autonomía que, para algunos iluminados,



estaba subyugada y que, de unos años a esta parte, comienza a ver la luz de lo que siempre fue y lo que siempre quiso ser. Existe, por tanto, un discurso que, junto a una cierta pretensión de ruptura con las tendencias investigadoras y políticas que parten de ámbitos más amplios, en realidad no plantea más que un conservadurismo pintoresco y estático, vertebrado en ese regreso al pasado y al mundo rural y paternalista que se observa en parte, sin ir más lejos, en la novela costumbrista decimonónica. Lo más triste de todo ello es que este tipo de investigaciones sean financiadas y auspiciadas por las instituciones oficiales con fines perversos: los que marca la conveniencia de cada momento, los que el interés del preboste parece convenir, dejando de lado verdaderos proyectos de estudio de las culturas de las diferentes comunidades, alentados por personas capacitadas e inquietas, aún no acomodadas en su patrimonial ámbito de clientelas e influencias.

Porque otro error es considerar como ámbito de estudio el concejo, idealizado como lo hiciera una guía pintoresca, o el gremio, simbolo del sometimiento feudal, descartando otros ámbitos de sociabilidad de indudable influencia, como son, sin ir más lejos, la propia familia, la escuela o el sindicato. Y no digamos considerar el espacio de la Comunidad Autónoma de Cantabria como un marco geográfico con una unidad preestablecida e incluso de proverbial antigüedad, porque donde hubo multitud de pueblos caracterizados por un nomadismo recalcitrante hay quienes sólo ven "cántabros". Dentro de poco, siguiendo los tortuosos pasos de algunos, recuperaremos a Túbal para los anales del pasado de esta región, Cantabria, que es el ombligo del mundo porque en las riberas del Deva estuvo el Jardín de las Delicias y los pobladores se hacían acompañar por seres fantásticos y privativos de la zona.

La aplicación del concepto "mitología" para la construcción de los seres legendarios acompañado por el calificativo "cántabra", junto con la aplicación del término "idioma" o "lengua" para el habla montañesa (es decir, para el uso del castellano en un espacio concreto, produciendo variantes léxicas y fonéticas que algunos interpretan erróneamente como signos idiomáticos) conforman la culminación de dislates que, por desgracia, ya estamos acostumbrándonos a oír y a leer.

Pero no hay más que dedicarse un tiempo a estudiar algunas prácticas tradicionales, como las fiestas, por ejemplo, para percibir lo cambiante que es eso que llamamos tradición, que en realidad se alimenta no de realidades inmutables, sino de la propia adaptabilidad de los habitantes de cada tiempo y de cada comunidad, en constante interacción con el medio, con otros grupos de diversa procedencia y formación, y sobre todo consigo mismos. De todo ello a veces no quedan fuentes suficientes para suplirlas, si es que el investigador se atreve a ello, el recurso a la ausencia no es la imaginación fabulesca, sino la interpretación, la historia comparada si acaso, la microhistoria que permita hallar series documentales completas de objetos de estudio muy limitados, el registro de datos que permitan llegar a conclusiones pero que no sean construcciones sintéticas sino una constatación de las peculiaridades. Es decir, en suma, el recurso es la aplicación de una metodología de trabajo que permita demostrar, precisamente, que el discurso es demostrable, a través de un aparato crítico que se basa en lo primero que tiene que tener en cuenta cualquier investigador de las ciencias sociales: la fuente. Si queremos inventarnos el pasado hemos de advertirlo antes de un modo parecido a lo que sigue. *Aviso: Vd. va a leer un libro que es ficción, y cualquier parecido con la realidad que ocurrió o pudo ocurrir es mera coincidencia.*

En sus trabajos etnográficos, Ángel San José Mediavilla levanta acta de actividades tradicionales tendentes a la desaparición y desde luego no sistematizadas por escrito, como es la labor del cudonero, ya citada, o actividades ya desaparecidas, como es el caso de los serrones o taladores de árboles en los bosques, que son los protagonistas del presente libro. En ocasiones ese protagonismo deja de ser colectivo y se individualiza: ahí están las entrevistas realizadas a una decena de serrones cuyas "historias" pasan a cobrar sentido en la "historia" de una labor artesanal realizada en un contexto concreto. Cobra aún más valor esta obra no tanto por la lectura de bibliografía especializada, sino por el registro de una información única a través de la encuesta oral, que es un mecanismo de conocimiento muy útil, sobre todo si de registros etnográficos se trata. Desde el marco geográfico y la materia prima hasta la descripción del oficio, Ángel San José Mediavilla recupera, en la vida y en el trabajo del serrón,

parte de la memoria colectiva que nos pertenece a todos pero que muy pocos tienen la inquietud y el acierto de hacer llegar al lector en la forma de la obra escrita.

A pesar de los intentos parciales, falta por hacer el gran libro de la madera en Cantabria, con un registro exhaustivo de voces, oficios y materiales, pero aún así hemos de felicitar al autor por esta nueva luz que alumbra las oscuridades del pasado cercano. Aunque sea empezando con el prólogo de alguien que no merece encabezar estas páginas y que agradece a Ángel San José su deferencia y el agradecimiento inmerecido con que le honra. Eso sí, el prologuista le pide a su amigo y compañero que continúe con su labor, a pesar de las trabas que los profetas suelen hallar en su propia tierra, aquélla que es motivo de sus inquietudes investigadoras, por parte de quienes se creen con la posesión incuestionable de la verdad, asentados imperturbables en sus tronos. Pero basta ya y leamos.

Mario Crespo López.

Doctorando de la Universidad de Zaragoza

Miembro del Centro de Estudios Montañeses.



Contrastes en el tardío, 1958. Museo Etnográfico de Cantabria. Colección Arigita.

INTRODUCCIÓN

La necesidad de madera, como combustible y como materia prima para fabricar herramientas, estructuras y objetos diversos, ha sido permanente para el hombre desde la Prehistoria. Prontamente, en las sociedades primitivas y de la Antigüedad se fueron conociendo las cualidades de cada tipo de árbol y desarrollando tanto las diversas herramientas precisas para trabajar como los productos elaborados finales, supeditado en su conjunto a las demandas de la población y a esas cualidades y características de cada madera en concreto. Así, las vigas, las columnas y las puertas de una casa podrían ser de roble, las ventanas y los marcos de haya, los peldaños de la escalera de chopo, el mobiliario de castaño o nogal, las tallas de adorno de tejo, los mangos de las herramientas de sauce, el calzado tradicional de abedul, los cubiertos de cocina de arce, las estacas de los cierres de las fincas de alisa, los cestos y las ijadas de avellano, las embarcaciones de roble albar (pero las proas de las mismas de fresno, lo mismo que las ruedas de los carros), y el carbón vegetal de encina. Aunque, por lo general, el roble y el haya fueron las maderas más utilizadas sin duda alguna.

España, por ser un país muy montañoso, ha poseído una gran riqueza original en bosques y en variedad de especies arbóreas, explotándose esas forestas durante siglos de una manera brutal, habiéndose reducido en mucho su extensión a lo largo de la historia.

Por centurias hubo grupos de trabajadores especializados en la selección, tala, labrado, serrado y transporte de madera esparcidos por toda la geografía nacional, los llamados serrones (nombre derivado de las grandes sierras que utilizaban en su tarea). En los lugares que había una riqueza forestal importante y no había gente suficiente para explotarla o que no sabía cómo trabajar correctamente la madera, acudían cuadrillas forasteras de esos serrones, muchas de ellas originarias de Cantabria.

Como se ha dicho, se han talado bosques enteros a mano y manualmente se han serrado también la totalidad de esos árboles durante siglos hasta media-

dos de la década de 1950 (excepcionalmente en lugares concretos hasta 1970), años en los que se multiplica la presencia de aserraderos industriales y se extiende el uso de la motosierra entre los taladores. Además, descende el consumo tradicional de madera en las zonas rurales debido a la emigración de la gente del campo a las ciudades durante esas décadas, la aparición de otros materiales prefabricados para la construcción que suplen a la madera, y la sustitución de los árboles de maderas nobles locales por otros foráneos de crecimiento rápido y uso industrial.

Paradigma de lo anterior es Cantabria (lugar donde se ha realizado el presente estudio), región muy montañosa, rica en bosques y en diferentes especies arbóreas, donde se han introducido en un pasado reciente plantaciones masivas de eucalipto y de pino, han existido numerosas ferrerías (incluso esto ha quedado como topónimo: Herrerías, Las Fraguas), todavía quedan pequeños astilleros con carpinteros de ribera y calafates (buen ejemplo es Pontejos), y tradicionalmente ha habido, y hay aún, excelentes trabajadores de la madera en todos sus vertientes, desde leñadores a carpinteros y ebanistas pasando por artesanos y tallistas.

Como se ha citado ya, en todas las comarcas montañosas ha habido serrones, gentes que trabajaban localmente por encargos, para cubrir las necesidades de sus vecinos, o que se desplazaban fuera de su zona, incluso a otras provincias o al extranjero, para realizar su labor durante varios meses al año.

El presente trabajo pretende ayudar en el conocimiento del trabajo de la madera por medio de la reconstrucción y divulgación de cómo era ese viejo oficio rural, hoy extinguido por falta de necesidad real en nuestra tierra. Para ello se ha recabado información de algunos serrones cántabros que todavía viven por medio de la encuesta oral; se ha consultado bibliografía especializada en relación con esta actividad y otras con las que mantiene ciertos nexos; se han visto documentales para la televisión sobre actividades agrícolas tradicionales y un video de aficionado realizado por la familia Ordóñez, de Soto-Iruiz (Santiurde de Toranzo), sobre su molino aserradero en el río Pas; y se han visitado los museos etnográficos de Muriedas (Camargo), San Vicente de Toranzo (Corvera) y La Matanza (Villaverde de Trucíos).

Como marco espacial se ha elegido la Comunidad Autónoma de Cantabria por las razones expuestas anteriormente. De esta región del Norte de España se ha descrito su relieve, su clima, sus áreas naturales y las formas de poblamiento rural, pues son determinantes a la hora de comprender la configuración de las diferentes comarcas, su vegetación y el aprovechamiento que han hecho tradicionalmente del medio sus habitantes. También se han explicado los diferentes tipos de bosque, sus árboles maderables y el destino que se les daba a cada uno de ellos. Además, se ha reconstruido paso a paso todo el proceso de la actividad laboral en el monte con la madera y su relación con otros oficios tradicionales del campo montaños.

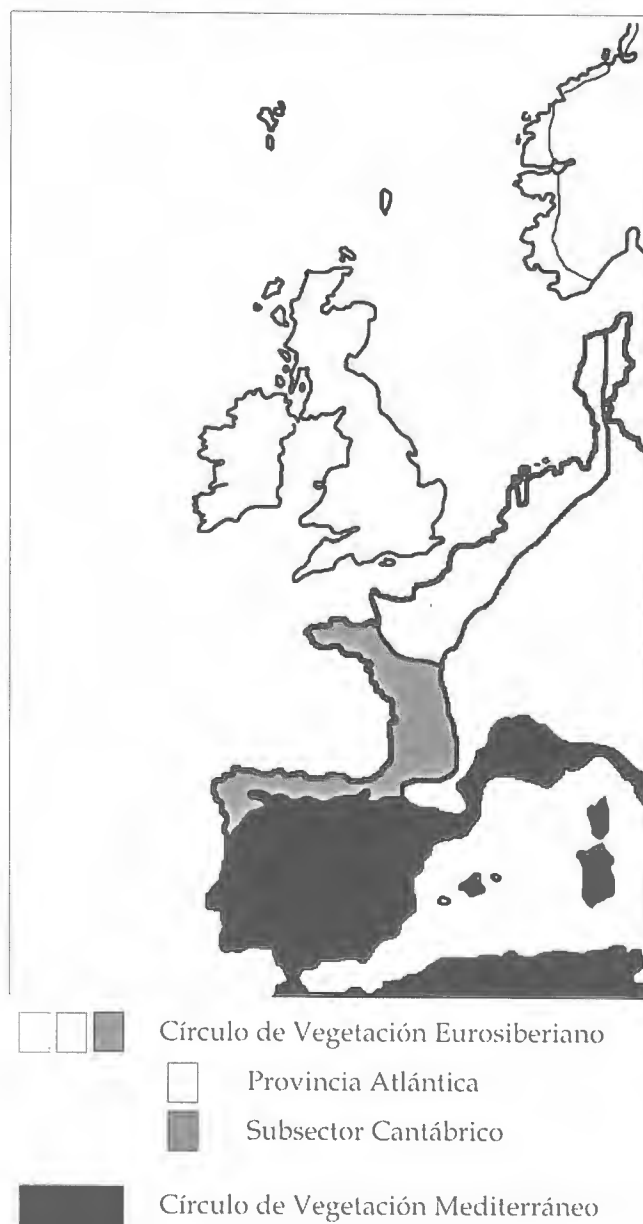
Una parte importante del presente estudio son las entrevistas a sus verdaderos protagonistas, los serrones que aún viven en nuestros pueblos. Se seleccionaron personas de diferentes puntos de la región, intentando abarcarla toda ella, para poder apreciar las diferencias entre comarcas y entre los serrones de unas y otras y de diferente especialización dentro de la profesión, para aumentar la información, enriquecer la visión global sobre dicho oficio y comprender una forma de vida desaparecida en el presente.

Por lo anterior, el marco temporal se supedita a la propia experiencia vital de los encuestados y a su conocimiento de la generación precedente; esto es, aproximadamente, el tiempo comprendido entre 1920 y 1970, cinco décadas en las que el oficio vio su ocaso, la vida en el campo cambió radicalmente y la sociedad española en general se transformó totalmente.

Así mismo, se acompaña el texto con una serie de imágenes relacionadas con el oficio, como fotografías de época, mapas de localización, etc. Además de unos magníficos dibujos del pintor cántabro Agustín Riancho, que supo plasmar como nadie lo que se describe en estas páginas.

Por último, se ha confeccionado un glosario con los términos empleados por los serrones en las entrevistas, para mejor comprensión del asunto; y, así mismo, se adjunta la bibliografía consultada en la que se pueden ampliar otros temas citados.

El Astillero, septiembre de 2003.



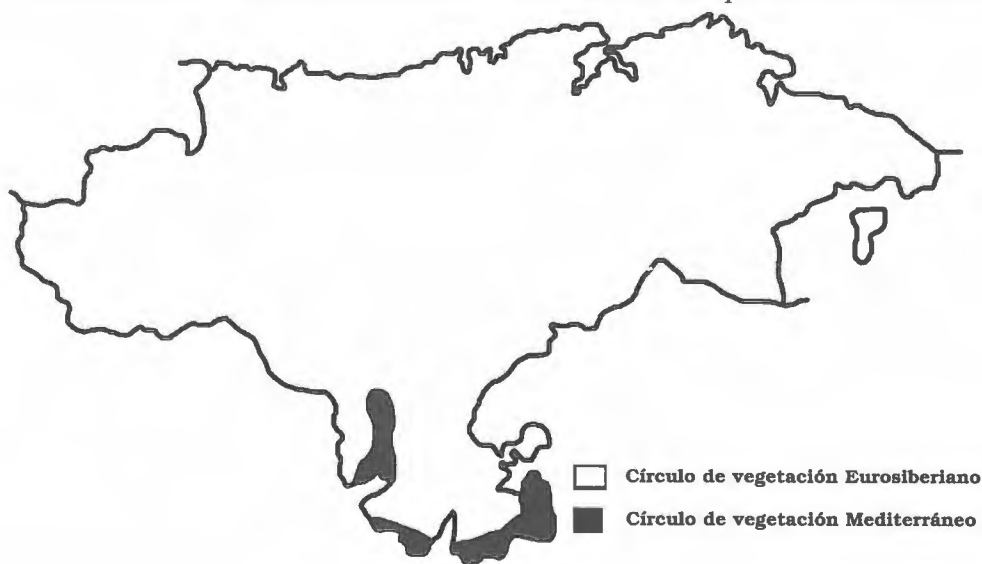
División fitogeográfica de la Europa Atlántica.

I. EL MARCO GEOGRÁFICO

1. Situación y descripción física de Cantabria.

La Comunidad Autónoma de Cantabria se ubica en el norte de España, en la parte centro oriental de la región natural conocida como Cornisa Cantábrica, ocupando una extensión de 5.342 kms. cuadrados, limitando al norte con el mar Cantábrico, al este con Euskadi, al sur con Castilla y León y al oeste con el Principado de Asturias. Se sitúa entre los 42 grados 42 minutos y los 43 grados 31 minutos de latitud Norte y los 3 grados 10 minutos y los 4 grados 31 minutos de longitud Oeste.

El 82% del territorio se halla al norte de la divisoria hidrográfica que separa la vertiente cantábrica de las vertientes atlántica y mediterránea. En este sentido, la cordillera Cantábrica es además frontera en lo que se refiere al clima,



División fitogeográfica en Cantabria.

el paisaje y los ecosistemas; por eso en el sur de la región, que penetra en la Submeseta Norte o Meseta del Duero, tiene unas condiciones medioambientales y un paisaje vegetal diferentes a las del resto de la comunidad.

Altitudinalmente abarca desde el mismo cero del nivel del mar a superar los 2.600 metros en los Picos de Europa.

En cuanto a la división geográfica según el crecimiento de las plantas, Cantabria está incluida en el subsector cántabrico (que abarca de Oporto al límite entre Bretaña y Normandía), dentro del sector ibérico (norte de Portugal, Galicia, Asturias, Cantabria, Vizcaya, Guipúzcoa, límite norte de Castilla y León y sector pirenaico de Navarra), perteneciente a la provincia atlántica (eje costero Oporto-Bergen), que está incluida en el círculo de vegetación eurosiberiano (prácticamente toda Europa, excepto el resto de la Península Ibérica y el litoral mediterráneo). Esta zona se caracteriza por un conjunto botánico de especies frondosas caducifolias y la ausencia de periodos de sequía prolongados. Además, Cantabria se encuentra en el límite del dominio mediterráneo, por lo que aparecen especies propias de dicho área; si bien, por hallarse ligadas a un substrato calizo que proporciona unas condiciones de sequedad en el suelo similares a las existentes en el ámbito mediterráneo.

El relieve de la región es tremendamente abrupto, caracterizado por sus fuertes contrastes de desnivel entre las cimas de las montañas y el fondo de los valles en relativamente poco terreno; esto se llega a dar, incluso, en la propia línea de costa en el oriente cántabro (macizo del Cerredo, entre El Pontarrón de Guriezo y Castro-Urdiales; o el Alto de Candina, entre Oriñón y Liendo). Partiendo de la costa cántabrica y en dirección sur se encuentran varias cadenas de montes y montañas de orientación oeste-este, que van aumentando de altitud media según se va hacia el interior de la región; así tendremos cerca del mar a las Sierras Litorales, de baja altura; seguidas de las llamadas Sierras Prelitorales, de más altitud; y por último la propia Cordillera Cantábrica, con cotas que superan los 2.000 metros. Caso a parte son los Picos de Europa, macizo alpino situado en el occidente cántabro que cuenta con las cimas más altas (Peña Vieja 2.613 metros) y un relieve verdaderamente quebrado y singular. A lo anterior hay que sumarle el conjunto de valles fluviales que discurren de sur

a norte y cuarteán el territorio con sus divisorias de aguas, dando como resultado un espacio de perfil complicado y poco vertebrado. Además, el fenómeno kárstico está presente en todas las zonas de la región.

En Cantabria el relieve no es homogéneo, a pesar de tener características comunes, y la altitud varía mucho de unas cumbres a otras, como ya se ha señalado. Debido a ello se diferencian varias zonas naturales en Cantabria, que poseen unas características peculiares cada una de ellas que las hacen diferentes entre sí. Son: la Costa o franja litoral; la Montaña, que incluye los valles centrales y Liébana; y Los Valles, que con esa denominación se aglutinan a Campóo y a los valles meridionales. Tradicionalmente solamente se habló de dos de ellas, la Costa y la Montaña, incluyendo en esta última a Los Valles. En el presente trabajo se ha preferido tomar ese área natural por separado, al considerar que posee una singularidad propia, distinta de las otras.

La Costa es por lo general llana o suavemente ondulada y se encuentre separada de la Montaña por las Sierras Prelitorales, que en un sentido oeste-este son la Sierra del Escudo de Cabuérniga, la Sierra de Íbio, el Monte Dobra, la Sierra del Caballar y la Sierra de La Matanza; suponiendo un verdadero escalón por el occidente, difuminándose por el oriente. La Costa presenta una suave topografía que no suele sobrepasar los 300 metros (excepción son la Peña Cabarga y el Pico Cerredo) y pendientes muy débiles hacia el mar, también llamadas rasas, como la llanura de Ribamontán al Mar y las Sierras Planas de Pechón y Prellezo. Los valles fluviales son amplios y de fondo plano; que no sufren inundaciones periódicas, aunque a veces sí ocurre en los tramos finales de los ríos Pas y Asón. Además, son muy importantes las zonas de depósito de aluvión efectuado por los ríos, ejemplos claros son los del Besaya en Buelna y Torrelavega o los del Pas en Renedo de Piélagos y Toranzo. En la franja litoral existe la presencia de grandes macizos calizos karstificados, como el de Cerrado en Castro-Urdiales, el de Candina, en Liendo, o el de Udías y Alfoz de Lloredo; grandes depresiones kársticas de fondo plano, tipo poljé, como Oreña o Matienzo; pequeñas depresiones o dolinas, como la de Comillas; y afloramientos de roca caliza sin suelo y con superficie muy irregular o lapiares, como la Punta del Dichoso en Suances.

La Montaña es de topografía más abrupta, con altitudes que llegan a superar los 2.600 metros en los Picos de Europa, como ya se ha citado, y de unos 1.200 en los otros montes, produciendo pendientes fuertes y grandes desniveles entre las cumbres y el fondo de las vegas; siendo los ríos pequeños, caudalosos y rápidos, de orientación sur-norte, que salvan un gran desnivel en su recorrido hacia la desembocadura por la proximidad de la Cordillera Cantábrica al mar (unos 60 kilómetros de media). Por ende, los valles fluviales son cortos de longitud, estrechos y encajados, más o menos perpendiculares a la costa y en forma de V, aunque en la zona inferior aparecen fondos planos.

Las cabeceras de los ríos alcanzan cotas entre los 1.400 y los 2.000 metros de altitud, estando el modelado de muchas áreas fuertemente influido por la morfología glaciär desarrollada durante los últimos tiempos glaciares, y siendo sometidas en el presente a procesos típicos de modelado periglaciär, sobre todo a partir de los 1.700 metros. Aparecen toda la variedad de formas glaciares, conservándose algunas en muy buen estado, como las morrenas y los circos de Áliva, en Liébana, y de Lunada, en el nacimiento del Miera. En esta última zona, en La Concha, hay un valle glaciär, con la forma típica en U, que de forma brusca se convierte en valle fluvial con forma en V.

Los valles del Nansa, Saja, Besaya, Pas-Pisueña, Miera y Agüera son muy similares entre sí, pero la comarca del Asón- Gándara y Liébana tienen características diferentes. El Asón-Gándara está formado en su mayor parte por un macizo calizo (Peñas Rocías, Cruz Uzano, etc.) que le da una peculiaridad propia, también es diferente el sentido oeste-este del río Asón, condicionado por factores litológicos y estructurales particulares del lugar. Habría que destacar en esta comarca el poljé de Matienzo. Liébana está dominada por los farallones de los Picos de Europa, donde la karstificación es muy intensa y la red de drenaje superficial muy pobre. Sus zonas bajas son de morfología mucho más suave, formadas por las vegas de los ríos Deva, Quiviesa y Bullón.

La comarca de Los Valles está separada de la Montaña por la Divisoria Cantábrica, que tiene en el occidente alturas máximas (Peña Prieta, Coriscao y Peña Labra están entre los 2.200 y los 2.500 metros) que van descendiendo progresivamente hacia el oriente (Monte Cildá o El Escudo, en torno a los 1.000



Comarcas naturales de Cantabria.

metros). Presenta una altitud media elevada, con cotas que rondan los 800 y los 1.100 metros de altitud en el fondo de los valles, alcanzando los 2.175 metros en el Pico Tres Mares. La red de drenaje está vertebrada por el río Ebro, que va paralela a la Cordillera Cantábrica en dirección oeste-este desde su nacimiento en Fontibre hasta el pantano, donde toma dirección norte-sur hasta Valderredible, que vuelve allí a girar al este, para ir de nuevo paralelo a la cordillera. En realidad, la mayor parte de este área natural comprende la cabecera y la cuenca alta del Ebro, que deja sentir, tenuemente, su influencia; siendo zona de transición entre la Cordillera Cantábrica, la Submeseta Norte y el Sistema Ibérico. Los montes son de formas redondeadas, no tan abruptas como los de la Montaña. Los valles meridionales (Valdeprado, Valdeolea y Valderredible) poseen un carácter mesetario más acusado, con amplias extensiones llanas, estando el extremo más al sur formado por páramos calizos, las loras, propios de las zonas altas de la Meseta del Duero.

2. El clima de Cantabria.

A grandes rasgos, el clima de Cantabria es el llamado templado húmedo o marítimo (según la clasificación de Koppen estaría dentro del grupo Cf), exento de valores extremos aunque con variaciones dependiendo de la comarca, precisamente debido a las condiciones orográficas particulares de cada zona de la región. Así, Campóo y Valderredible, que están situadas al sur de la Cordillera Cantábrica; poseen microclimas más áridos y continentales.

El Océano Atlántico ejerce una permanente influencia con sus continuos frentes y borrascas del oeste, provocando una gran inestabilidad atmosférica (más de 150 días de lluvia al año), elevada nubosidad (tan sólo 38 días despejados de media anual), y un índice de insolación bajo, en torno a las 3.470 calorías por cm. cúbico al día y 4,5 horas de sol diarias, 1.800 al año aproximadamente. La humedad relativa ronda el 78%, las precipitaciones son abundantes con 1.000-1.200 mm. de media (oscila entre los 600-750 mm. de algunas partes bajas de Liébana y Valderredible y los 2.000 de la cabecera del Asón, los Montes de Pas y las cumbres de Picos de Europa), distribuidas con regularidad a lo largo de todos los meses del año, siendo en forma de nieve en las montañas.

Por lo general los veranos son suaves y los inviernos templados. La temperatura media anual es de 14 grados centígrados en la zona costera, de 12 en Campóo y no supera los 9 en Liébana (exceptuando el fondo del valle). Las oscilaciones térmicas son moderadas en la misma orilla del mar, pronunciándose hacia el interior, sobre todo durante el invierno, siendo en la costa de 10 grados, de 13 en los Montes de Pas y de 17 en Valderredible.

Una particularidad a tener en cuenta es el llamado “Efecto Fohen”, que se produce cuando los vientos oceánicos muy húmedos penetran en la Península Ibérica desde el oeste por latitudes más meridionales y dejan su carga de agua en la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica, a barlovento, precipitándose con gran violencia ladera abajo, por sotavento, hacia el mar. Acelera su velocidad un kilómetro por cada cien metros descendidos y aumenta su temperatura en un

grado centígrado en el mismo espacio recorrido; por eso, cuando llega a la costa, son rachas de viento muy fuertes, verdaderos vendavales que hacen subir la temperatura más de 10 grados en pleno invierno y descender la humedad relativa hasta en un 40% (se han registrado días con 30 grados centígrados de calor en el mes de febrero), dando paso a sequías si la situación se prolonga. Es el viento Sur o Ábrego (Africano).

3. El poblamiento rural.

En Cantabria, si exceptuamos los núcleos propiamente urbanos que se concentran en la costa y en el eje del Besaya (Torrelavega, Los Corrales de Buelna y Reinosa) por estar asociados al comercio y al asentamiento de industrias en el pasado, la mayor parte del territorio es plenamente rural. Esto no significa que el campo montañés esté densamente poblado, sino todo lo contrario, ya que la mayoría de la gente reside en las ciudades (solamente en la conurbación de la Bahía de Santander vive la mitad de la población total cántabra).



Tipos de poblamiento.

El poblamiento en la Cantabria rural está fuertemente condicionado por el relieve y el clima, pero también por la propiedad de la tierra y el sistema de explotación de la misma, que influyen en el grado de densidad de casas que hay en cada pueblo. Según esto, se podría hablar de tres tipos o formas diferentes de poblamiento: el concentrado, el disperso y el ultradisperso.

En el concentrado las viviendas están agrupadas en torno al ayuntamiento y la iglesia o sólo junto a ésta si es una población menor, formando calles, por estar las casas unidas unas a otras por las paredes medianeras, y una trama viaria propia; subdividiéndose en barrios o conjuntos de edificios más pequeños, alejados del núcleo principal. Esta forma de poblamiento es típico de la mayor parte de la región y abarca el centro, el occidente y el sur de la misma, incluyendo Liébana, Campóo, Valderredible, las comarcas del Nansa, del Saja y del Besaya hasta Torrelavega y de Unquera a Suances, aproximadamente, en la costa.

En esta área se hallan los grandes bosques caducifolios cántabros y los puertos de montaña comunales donde veranean los rebaños de ganado para carne de vacuno, ovino y equino.

En el tipo disperso las viviendas están rodeadas de sus propias fincas y existe una cierta distancia entre vecinos, aunque también aparecen casas juntas con varias familias formando hileras en los caminos, habiendo siempre algún pueblo más o menos importante que jerarquiza las funciones (por ejemplo Solares, Ramales o Renedo de Piélagos). Es característico del norte, centro y oriente de la región, incluyendo la zona costera desde Suances a Ontón, la cuenca baja del Besaya, las cuencas media y baja del Pas y el Pisueña, Trasmiera, los valles del Asón y del Agüera y la mayor parte de Soba.

La explotación agraria en esta zona ha estado orientada tradicionalmente hacia la estabulación de ganado vacuno, tanto para leche (sobre todo) como para carne, y los montes aprovechados para madera con especies de crecimiento rápido, mayormente eucaliptos, aunque aún quedan en las partes altas y en las riberas de los ríos pequeños bosques autóctonos.

En el poblamiento ultradisperso se difumina el concepto de núcleo poblacional, ya que no existen pueblos como tales, estos están reducidos a la mínima expresión; el centro de la aldea se reduce considerablemente, conformado solamente por los edificios con servicios públicos, la iglesia, algún comercio y algún establecimiento hostelero (paradigma de ello es La Plaza de la Vega de Pas). Y el espacio circundante está plagado de pequeñas edificaciones, las cabañas, que salpican todos los montes cercanos que están divididos en multitud de minifundios perfectamente cercados con tapias de piedra, expresión de la propiedad privada y del sistema de herencia local. De cabaña en cabaña se va trasladando temporalmente para aprovechar el pasto de esas fincas dispersas, es la llamada muda. Ésta puede ser de familias enteras con su ganado, caso de los pasiegos, o sólo de las vacas (que son exclusivamente de leche) y algún rebaño de ovejas, esto último en el resto del territorio.

El área comprendida dentro de esta forma de poblamiento incluye los Montes de Pas, Luena, la cuenca alta del Pisueña, la comarca del Miera hasta La Cavada y la parte occidental de Ruesga y de Soba.

4. Actividad de la población.

La actividad de la población cántabra a lo largo de la historia hasta la contemporaneidad más reciente, en la que la sociedad moderna se impuso, estuvo dividida en las ocupaciones agrícolas tradicionales de pastoreo de diferente ganado; cultivo de cereales, legumbres y hortalizas; aprovechamiento del bosque; y actividades pesqueras de litoral y marisqueo en la costa. También, industrias de elaboración y conserva de alimentos; minería (de hierro sobre todo) y trabajos metalúrgicos de transformación derivados de ella; y actividades relacionadas con el transporte y el comercio (carretería, navegación).

La mayor parte de la población vivió y trabajó en un medio plenamente rural, siendo las ocupaciones agrícolas y ganaderas las que marcaban el paso de las estaciones y el compás del tiempo, como en cualquier otro lugar de Europa. Una cosa singular fue la fuerte presencia montañesa en el comercio tanto español como ultramarino, que determinaron ciertas producciones agrarias para la

exportación (lana, vino, cerveza y malta para Inglaterra; madera y lana para los Países Bajos; y pescado en salazón o en conserva para Castilla) y la demanda de otras foráneas para el consumo local (aceite de oliva, trigo y vino de Andalucía y Cataluña; bacalao y arenques de Terranova, Islandia y Escandinavia; caña de azúcar y tabaco de Cuba; plátanos, piñas, cacahuets y madera de África); así como la introducción de productos nuevos que prontamente arraigaron en esta tierra, que fueron fundamentales en la dieta básica regional durante los últimos 350 años y hoy son tomados falsamente como autóctonos por la mayoría (patatas, maíz, pimientos, tomates y alubias, todos ellos de origen americano, desde el siglo XVII; y vacas pintas lecheras de Suiza y Holanda, y rojas para carne de Francia, desde mediados del XIX).

Lo anterior se aleja mucho del panorama del presente, que es similar al de cualquier lugar del mundo desarrollado; esto es, una alta participación de la sociedad en los servicios, una menor (pero no por ello menos importante) cuota en el sector industrial, y una mínima (y en descenso) parte en el sector primario.

Cantabria en 1.900 ya era uno de los lugares de España más industrializados y tenía además una de las rentas más altas de la nación por provincias (la cuarta, tras Madrid, Barcelona y Vizcaya), situación que duró hasta la crisis industrial de los años 70 y 80, tras la que se produjo una caída estrepitosa (puestos por debajo de la media nacional), situación de la que parece que se está saliendo a principios ya del siglo XXI.

Durante el largo periodo de bonanza se propició una economía mixta en muchos pueblos cántabros cercanos a las nuevas fábricas. De esta manera, muchos de los habitantes de Campóo, Buelna, la comarca de Torrelavega, la Bahía de Santander, el corredor del Asón y el área de Castro-Urdiales ganaron un sueldo fijo que complementó la renta familiar obtenida de la explotación agrícola tradicional. Y que con el paso del tiempo fue determinante para abandonar las actividades agropecuarias cuando se produjo la crisis en el sector ganadero durante los años 80 y 90.

Pero no se puede olvidar esas amplias zonas del campo de Cantabria, puramente rurales, que hasta hace poco tiempo han vivido de una manera tradicional, como en el pasado, donde la pequeña explotación familiar de montaña (el 70 % de Cantabria está declarada como tal) ha sido paradigmática y donde se han conseguido las más altas cotas de productividad y de calidad a base del trabajo colectivo de todos los miembros de la familia y de su dedicación exclusiva a ello; y que tan sólo en los últimos 25 años han visto satisfechas sus necesidades mínimas, como el agua corriente o la electricidad en sus hogares. En estas zonas es donde han pervivido muchas de las antiguas costumbres locales y formas de vida arcaicas, que por ello no dejan de ser ricas culturalmente y claramente diferentes de otras.

El cambio en la vida cotidiana de nuestros pueblos, ese supuesto salto al desarrollo y a la contemporaneidad, no ha sido tal; ya que el abandono de las actividades agropecuarias no ha transformado positivamente esos pueblos, simplemente los ha despoblado y ha dejado a sus habitantes (los que todavía no han emigrado a los núcleos urbanos o no se han muerto) en medio de una situación presente inestable, sin verdaderas alternativas a la forma de vida que han tenido hasta ahora (que de ningún modo se debe magnificar, ya que no fue de ninguna manera «edénica» como puedan pretender algunos melancólicos, y, sin embargo, sí fue una manera de vivir realmente dura en comparación con la de otros ciudadanos del país), y sin un futuro cierto. Esto implica a su vez una pérdida de identidad y el olvido de los usos pretéritos con sus costumbres cuando los últimos que lo hicieron, o los últimos que lo vieron hacer, fallezcan. Y eso ya está pasando.

II. LA MATERIA PRIMA.

1. Los bosques.

Se entiende como bosque a una superficie mínima de árboles con una densidad determinada, un suelo con alto contenido en humus, un microclima propio y una flora adaptada a éste y al grado de sombra, y una fauna particular que vive, se relaciona e interactúa en dicho medio. Los bosques pueden ser caducifolios o esclerófilos, dependiendo del tipo de hoja, debido a su particular adaptación al clima.

El más característico de Cantabria es el bosque templado caducifolio, con precipitaciones superiores a los 800mm., con lluvias repartidas a lo largo de todo el año y una temperatura que permite un periodo vegetativo entre cinco y siete meses. En este bosque existe una gran variedad de especies arbóreas de hoja caduca y un porcentaje indeterminado de ejemplares por cada especie. La caída de las hojas se debe a su adaptación al frío del invierno.

La altitud afecta a la vegetación, y más concretamente en Cantabria y en relación a los bosques, la frontera de los 700/800 metros separa al denominado piso colino, que va desde el nivel del mar hasta esa altura, del piso montano, que sube hasta los 1.800; aunque solo hay árboles hasta los 1.600 metros, por ser esta altitud el límite del crecimiento de los mismos, más arriba es imposible encontrarlos por la severidad de las condiciones medioambientales.

En el piso colino abundan los robledales y los bosques mixtos de robles, cagigas, tilos, fresnos y roble albar; y en el piso montano los hayedos y los bosques mixtos de hayas, abedules, roble albar y tocios, mayoritariamente. Dentro de esta última franja de vegetación habría que destacar la existencia de abedulares a partir de los 1.100 metros de altitud, formando una prolongación arbórea en el hayedo hacia cotas más frías.

Además, aparecen manchas de un solo tipo de árbol, hayedos y robledales, como ya se ha dicho, pero también castañares, nogaleras, fresnedas, cho-peras, cagigales, etc.



Bosque caducifolio cantábrico. Reserva del Saja.

Este tipo de bosque está diseminado por toda la región, exceptuando la costa, y especialmente en las comarcas del centro y del occidente. Se podría decir que el río Besaya y la sierra del Escudo de Cabuérniga marcan su frontera natural.

Junto a los ríos aparecen los bosques de ribera, que pueden llegar hasta la cabecera de los mismos, alcanzando los mil metros de altitud. En las partes baja y media del curso fluvial están formados por alisas, sobre todo, y fresnos, olmos y salces. Los salces, a diferencia de los otros árboles, se pueden encontrar en las fuentes del río. En ocasiones, el bosque típicamente ribereño ha sido sustituido por el robledal en la parte alta de los ríos debido a la estrechez del cauce. Y en otras zonas, así mismo altas pero sin escarpe, por hayedos.

El bosque esclerófilo se caracteriza porque sus especies arbóreas tienen las hojas adaptadas a periodos de sequía, y de ahí su aspecto eternamente verde, ya que no las pierden en ninguna estación del año.

Los bosques esclerófilos en Cantabria están formados por encinares, carrascales y alcornoques. Los encinares aparecen en la costa y suben hasta una

altitud de 600 metros, en zonas abruptas de roquedo calizo, que pierde fácilmente el agua y así poder compensar la excesiva humedad del clima local. Hay encinas también en zonas más secas del interior, como Liébana y Valderredible.

Los carrascales se encuentran en los valles meridionales de Cantabria y en Liébana, entre los 300 y los 1.100 metros, en áreas de escasa precipitación. La llamada encina carrasca forma, junto a laureles, madroños, avellanos silvestres, endrinos y otros arbustos, un tupido y extenso matorral.

Los alcornoques resisten peor que las encinas el frío y las heladas, pero necesitan más agua que éstas, por eso se reduce su presencia a los suelos silíceos de Liébana, en laderas orientadas al sur y al oeste y en cotas entre los 400 y los 700 metros únicamente.

Existen otros bosques en Cantabria no autóctonos que han sido introducidos por el hombre en los últimos 135 años, de manera intensiva después de 1940, buscando solamente la rentabilidad económica por medio del aprovechamiento maderero industrial. Son los eucaliptales y pinares.

Los eucaliptales son masas forestales, de éste árbol originario de Australia, dedicadas exclusivamente a la producción intensiva de madera. Se extienden por grandes zonas bajas de la región, sin superar los 400 metros de altitud, en toda la franja costera y en las comarcas orientales. Los eucaliptos son una especie agresiva de crecimiento rápido, golosos de agua, pero que aguantan bien la sequía.

La producción de los mejores montes alcanza los 30 metros cúbicos por hectárea y año, algunos de manera extraordinaria llegan a los 50. Han sustituido a robledales y castañares, también se han plantado en pastizales y sobre matorrales. Degradan el suelo y empobrecen el sotobosque, se regeneran muy bien tras los incendios y resisten hasta cinco cortes, volviendo a nacer de forma espontánea de su tocón.

Los pinares son masas repobladas artificialmente con pino silvestre y pino insigne o de Monterrey en zonas de clima suave, donde han transformado totalmente el paisaje, ya que la gran cantidad de acículas caídas en el suelo impide la regeneración de otras especies. Como los eucaliptos, han desbancado a robles, hayas y castaños. No pasan de los 600 metros de altitud y necesitan

precipitaciones superiores a 1.000 mm.

Los pinos han sido plantados por toda Cantabria, pero en número considerablemente menor que el eucalipto.

2. Diferentes árboles con aprovechamiento maderero.

En este apartado se van a describir los diferentes árboles que utilizaron los serrones montañeses en su labor y el destino industrial que se dio a su madera, dependiendo de las características de cada uno.

-Abedul o bedul (*Betula pubescens*): de la familia de las betuláceas, de hasta los 25 metros de talla. Tiene la corteza lisa de color blanco lechoso. Sus hojas son caedizas en forma de rombo, dispuestas en ramillas colgantes o erectas según la especie. Forma una copa irregular. Posee flores masculinas y femeninas bastante desarrolladas en el otoño o, incluso, en el verano anterior a la floración. La madera es buena para carpintería y ebanistería, mangos de herramientas, albarcas y zuecos, utensilios diversos y objetos de pequeño tamaño. La corteza del tronco y de las ramas gordas se emplean en hacer calzado rústico por su impermeabilidad, cestos y cajas.

-Alcornoque o sufrá (*Quercus suber*): árbol robusto y fuerte de la familia de las fagáceas, que no pasa de los 20 metros. El tronco y las ramas están cubiertos por una característica corteza corchosa. Tiene hojas simples perennes, de forma aovada, de color verde oscuro por el haz y blanquecino por el envés. Las flores masculinas se agrupan en espigas colgantes y las femeninas salen aisladas o en pequeños grupos. Su fruto es una bellota con cúpula de escamas grisáceas y alargadas. La madera es dura y tenaz, utilizada en tornería y para herramientas. El carbón vegetal que se consigue es de buena calidad y su corteza se usa como curtiente, además de obtener el corcho.

-Aliso o alisa (*Alnus glutinosa*): de la familia de las betuláceas, de talla media no supera los 20 metros. Su porte es variable con la edad, desde cónico

o piramidal hasta irregular y denso. Las hojas son caedizas, redondeadas, pegajosas y verdes por ambas caras. Tiene flores masculinas y femeninas. Los frutos se agrupan en pequeñas piñas que permanecen en el árbol después de la diseminación. Su madera es de color blanco amarillento recién cortada, pero después se vuelve roja. Bajo el agua resiste mucho tiempo sin pudrirse. Se emplea en la fabricación de objetos pequeños, en tornería, en bastidores de puertas y ventanas, para pilotes, diques y galerías de mina. Debidamente tinta-da se emplea como sustituta de maderas lujosas, como el ébano y la caoba. La corteza se usa como curtiente.

-**Arce**: se conoce con este nombre a una serie de árboles correspondiente al género botánico *Acer*, de la familia de las aceráceas. Tiene hojas caedizas y opuestas, flores en racimos y frutos en sámaras, agrupadas de dos en dos.

Se encuentran salpicados o formando pequeños golpes en los bosques. Soportan condiciones de relativa sequedad y son higrófilos en vaguadas y bordes fluviales.

Se destacan dos tipos:

a) **Arce blanco o plátano** (*Acer pseudoplatanus*): es de los de mayor talla en su especie, llega a los 30 metros de altura. Tiene el tronco recto y la corteza lisa, que se oscurece, se agrieta y se desprende en placas escamosas. De copa amplia y redondeada, tiene abundancia de hojas grandes simples, opuestas y caedizas, con cinco lóbulos bien marcados y largo rabillo de color rojo carmín. Las flores son amarillo verdosas, poco vistosas, agrupadas en racimos extensos colgantes que se transforman en frutos secos provistos de largas alas (sámaras). La madera es blanca, blanda, lustrosa y ligera; es fácil de trabajar, resiste el cambio de humedad. Es estimada en ebanistería, tornería y carpintería. Se emplea para hacer zuecos y albarcas, tacones de calzado, utensilios de cocina, instrumentos musicales y esculturas.

b) **Arce moscón o amapolo** (*Acer campestre*): de hasta 20 metros de altura. Con hojas caedizas opuestas y pequeñas de cinco lóbulos desiguales. Las flores son en corimbos erectos y frutos en doble sámara, situadas opuestas. La madera es tenaz, duradera, estimada en tornería y carpintería par mangos de

herramientas, muebles y culatas de armas de fuego.

-Avellano o alvellanu (*Corylus avellana*): arbusto o arbolillo que no supera los ocho metros de altura, de la familia de las betuláceas. Tiene hojas caedizas, redondeadas, algo acorazadas y ásperas. Las flores son unisexuales muy precoces que se desarrollan mucho antes que las hojas. Las masculinas se agrupan en amentos colgantes y las femeninas se transforman en frutos cubiertos en su base por una cúpula foliácea. Su madera se usa para hacer palos y varas y varetas para cestería y tonelería.

-Castaño (*Castaneta sativa*): majestuoso y corpulento árbol que puede sobrepasar los 25 metros de altura, de la familia de las fagáceas. Sus hojas son caedizas, alargadolanceoladas, de bello color verde y lustroso en la cara superior y más pálidas en la inferior; suelen aparecer a principios de mayo y se conservan secas en el árbol la mayor parte del invierno. La copa recogida y elipsoida en Los silvestres y en Los cultivados es de forma amplia, esférica, muy ramosa y densa. Las flores masculinas se agrupan en cilindros llamativos, alargados y erectos, de color amarillo pálido, que llevan en su base femenina en pequeño número. Los frutos están encerrados en una envoltura llamada erizo, muy pinchuda, que en la madurez se abre en cuatro partes y suelta tres castañas. Su madera resiste tanto sumergida como en seco o sometida a alternativas de sequedad y humedad. Es buena para construcción, ebanistería, carpintería, tonelería, parquet y apeas. Las varas jóvenes se emplean como aros de toneleería por su flexibilidad y resistencia de la parte exterior de la madera. Muy apreciada para muebles.

-Chopo (*Populus nigra*): árbol que puede pasar de los 30 metros de altura, de la familia de las salicáceas. El tronco se resquebraja prontamente y forma unas costillas negruzcas. Las hojas son verdes por ambas caras, caedizas y de forma triangular o romboidal. Las flores son unisexuales y se disponen en amantos colgantes precoces. Los frutos son cápsulas que se abren en dos valvas y dejan salir numerosas semillas negruzcas cubiertas de algodón. La madera es

blanda y poco resistente, empleada en carpintería ligera par cajas, tablas y embalajes. También es buena para pasta de celulosa.

-Encina (*Quercus illex*): planta leñosa de la familia de las fagáceas. Árbol corpulento, siempre con hojas y que puede alcanzar los 25 metros de alto, aunque otras veces no pasa de ser un arbusto. El tronco presenta una corteza al principio grisácea y lisa, que se resquebraja pronto en placas poco profundas pardonegruzcas. La copa es redondeada, amplia y densa en los ejemplares aislados, mientras que cuando vive en masas es más recogida. Las hojas son gruesas y coriáceas de tipo más o menos elíptico, con bordes desde lisos a espinosos. La cara superior es de verde oscuro y la inferior verde pálido, que pasa a grisáceo después. Las flores masculinas se agrupan en una especie de racimos amarillos y colgantes. Al fruto se le dice bellota. La madera es muy densa y compacta y es buena para herramientas y para lanzaderas, cepillos y garlopas de carpintero. Se usa en obras hidráulicas por su resistencia bajo el agua. Por su dureza es buena para parquet. Como leña es muy estimada por su potencia calorífica y es la más utilizada por los carboneros para producir carbón vegetal. La corteza se usa como curtiente.

-Encina carrasca o carrasco (*Quercus ilex* ssp. *rotundifolia*): variedad de encina con las hojas perennes pequeñas y coriáceas, con el peciolo corto y pocos nervios. Las bellotas son dulces. Por ser típica de climas más templados, en la mayoría de los casos en Cantabria no pasa de ser un mero arbusto, sin desarrollarse plenamente como en otros lugares propiamente mediterráneos. Su madera tiene las mismas aplicaciones que las de la encina típica.

-Eucalipto, o ecálito (*Eucalyptus globulus*): serie de árboles, algunos de tamaño gigantesco, de la familia de las mirtáceas. Tiene hojas perennes, generalmente diferentes las de primera edad de las adultas, predominan las falciformes. Las flores presentan una forma especial, como una copa que encierra las piezas florales, cubiertas por una especie de tapadera (opérculo). Las flores se transforman en cápsulas que encierran numerosas y pequeñas semillas.



Cagiga milenaria de los bosques de Liébana.

Originario de Australia se extendió por todo el mundo por ser de crecimiento muy rápido y apto para la industria celulósica. La madera no se pudre bajo el agua y es empleada en carpintería, en la construcción y para la fabricación de parquet.

-**Fresno** (*Fraxinus excelsior*): árbol de la familia de las oleáceas, del género fraxinus, no supera los 30 metros de altura. Tiene las hojas lanceoladas y de nueve a trece foliolos en cada una. Las flores son desnudas. La madera es densa, elástica, tenaz, buena para mangos de herramientas, para carretería y tornería.

-**Haya u horna** (*Fagus sylvatica*): de la familia de las fagáceas, de elevada altura, alcanza una talla superior a los 50 metros en algunos casos. Su tron-

co es derecho, con la corteza color gris cenicienta y lisa hasta edades avanzadas. Las hojas son ovaladas y un poco apuntadas en sus extremos, muy abundantes y de color verde claro y caedizas. Las flores masculinas se agrupan en unos globitos colgantes y las flores femeninas forman grupos pequeños. Los frutos parecen castañas angulosas, encerradas en una especie de bolas recubiertas de espinas no pinchudas que se denominan hayucos. La madera es dura, de color blanco amarillento al cortarla, pasando después a un tono rojizo. Se emplea en tornería, ebanistería, carpintería y en la fabricación de parquet, muebles y traviesas de tren. Su leña tiene un gran poder calorífico y se usa también para fabricar carbón vegetal.

-Nogal, nozal o cucal (*Juglans regia*): árbol de porte medio que no sobrepasa los 20 metros. Las hojas son grandes y caedizas, formadas por una hojuela terminal más grande y de dos a cuatro pares de hojuelas más en los lados, con bordes enteros y verdes por ambas caras. Las flores son unisexuales y las masculinas se disponen sobre ramillas del año anterior y se agrupan en espigas cilíndricas colgantes. Las femeninas salen en el extremo de los brotes del año y son como nuececitas pequeñas cubiertas de pelusilla. El fruto ocupa casi todo su interior y la cáscara, que es carnosa y verde cuando está tierna, acaba ennegreciéndose. La madera es una de las más decorativas del mundo, siendo dura, homogénea, pesada y se seca lentamente. Se utiliza en ebanistería y tornería, para la fabricación de muebles, culatas de armas de fuego y para esquís y como madera maciza en ebanistería de lujo.

-Pino: serie de árboles de la familia de las pináceas, con talla y porte variable. Sus hojas perennes (acículas) se reúnen por una vaina de dos o de tres o de cinco, a veces aparecen de cuatro. Las semillas (piñones) se encuentran en el interior de una formación leñosa (piña). Las escamas de la piña se suelen entreabrir después de la maduración para diseminar los piñones. Las piñas tardan de dos a tres años en madurar. La madera de los pinos es más o menos resinosa y, según la clase, tienen diversas aplicaciones industriales; es de color blanquecino, blanda y ligera. Se emplea en carpintería, en la fabricación de



muebles y de pasta de papel. En Cantabria se introdujeron las variedades de pino silvestre (*Pinus sylvestris*) y pino insigne o de Monterrey (*Pinus radiata*), que se encuentran en plantaciones artificiales.

-Roble: conjunto de árboles de la familia de las fagáceas y del género *Quercus*, de gran tamaño y corpulencia. De entre ellos destacan los siguientes:

a) **Cagiga** (*Quercus robur*): alcanza más de 40 metros de altura y suelen tener un gran grosor en el tronco la más viejas . Su corteza se resquebraja y adquiere una coloración pardusca. Sus hojas son caedizas, con dos pequeñas orejas en la inserción del limbo con el peciolo y lobuladas. Las flores son unisexuales, las masculinas en amentos colgantes y las femeninas en grupos de dos o tres sobre unos pedúnculos. Los frutos (bellotas) están sobre un largo pedúnculo. Su madera es dura y pesada, muy apreciada en ebanistería noble; se utiliza en la construcción de edificios y barcos, muebles de calidad, en tornería, para tallas, duelas, apeas de mina y traviesas de tren. Produce un buen carbón vegetal.

b) **Roble albar** (*Quercus petraea*): llega a los 35 metros de altura. Sus hojas son alternas, lobuladas, atenuadas en un peciolo conspicuo. Las bellotas están sobre un pedúnculo muy corto. Su madera tiene las mismas características y aplicaciones que las de la cagiga y fue muy empleado en la construcción naval.

c) **Tocio, matorro o rebollo** (*Quercus pyrenaica*): alcanza los 25 metros de altura. El tronco se va agrietando con la edad. Desarrolla muchas raíces superficiales horizontales, que al rebrotar forman matas periféricas. Las hojas son muy aterciopeladas por ambas caras, de color verde mate por la superior y verde ceniza por la inferior, con los lóbulos pequeños, perduran en las ramas gran parte del invierno. Las flores masculinas forman racimitos colgantes y las femeninas son solitarias o agrupadas en número corto. Su madera es poco útil para la construcción, pero da buenas traviesas y apeas. La leña y el carbón son buenos.

-**Sauce, salce o salguera** (*Salix alba*): de la familia de las salicáceas, llega a los 25 metros de altura. Las hojas son alargadas y lisas, de color verde lustroso por la parte superior y blanco plateado por la inferior. Las flores masculinas son muy poco visibles y las femeninas están formadas por una capsulita apuntada, al madurar se abre en dos partes soltando unas diminutas semillas envueltas en pelos blanquecinos. La madera se utiliza para tallar esculturas, fabricar albarcas, cerillas y mondadientes. De ella se obtiene un buen carboncillo para dibujar y también se emplea en la fabricación de pólvora.

-**Tejo** (*Taxus baccata*): árbol que rara vez supera los 10 metros. Su tronco es corto y grueso, con las ramas extendidos y ramillas colgantes que forman una copa densa, muy ancha y muy cónica. Las hojas son acículas persistentes y se disponen en dos filas a lo largo de las ramillas, tienen un color verde oscuro que le da al árbol un aspecto sombrío. Las flores masculinas están en ejemplares distintos que las femeninas, las cuales se transforman en una semilla ovalada que se rodea de un disco carnoso de color rojo escarlata. Es un árbol escaso y la especie es muy longeva. Su madera es dura, compacta, tenaz, elástica, imputrescible y resistente, muy estimada por ebanistas y torneros para tallado y grabado. Se fabrican arcos, albarcas y zuecos y llaves de barril.

3. La demanda de madera en Cantabria a través del tiempo.

Históricamente, la necesidad de madera fue muy grande a nivel mundial, ya que hasta la contemporaneidad no hubo otro material para ser usado como combustible (ya sea como leña o en forma de carbón), en la construcción tanto civil como naval, en la fabricación de aperos y herramientas, vehículos, mobiliario, etc.. Esto ha ocurrido por igual en todas partes y Cantabria no ha sido menos, teniendo en cuenta que siempre fue un país rico en bosques maderables y que en todo su territorio hubo tradicionalmente multitud de trabajos y oficios que necesitaban perentoriamente de la madera para el desarrollo de su labor en sí.



El consumo de madera vino aparejado de una transformación substancial en la naturaleza y de una alteración importante del hábitat originario, que cambió progresivamente a lo largo de la historia no sólo el paisaje sino también la relación entre la población y el medio ambiente. Existe una diferencia grandísima entre la inmensa masa forestal que cubría lo que hoy es la Comunidad Autónoma de Cantabria al finalizar la última glaciación y atemperarse el clima (hace 10.000 años aproximadamente) y el escenario natural del presente que todos conocemos, consecuencia de la acción antrópica directa para satisfacer dicha demanda de madera.

En la Prehistoria más remota, nuestros antepasados hicieron uso de la madera de esos bosques para calentarse y cocinar los alimentos que cazaban y para enmangar las herramientas que tallaban en sílex o cuarcita, como atestiguan las excavaciones realizadas en las cuevas y abrigos de nuestra región. Durante la Edad de los Metales tanto el cobre como el bronce no hubieran sido fundidos y el hierro forjado sin el fuego necesario para ello; levantaron las estructuras de sus casas y construyeron los corrales de sus primeros rebaños de ganado, como lo han demostrado arqueólogos recientemente en los castros de aquella época.

Las fuentes latinas nos hablan de una incipiente construcción naval en las costas del país de los antiguos cántabros, que fue multiplicada, desarrollada y perfeccionada tras la conquista romana y la instalación (al menos en Santander y Castro-Urdiales, como atestiguan las evidencias físicas halladas) de astilleros por parte de los legionarios del Lacio, lugares donde el empleo de madera fue tremendo en la construcción de barcos y en la fundición de metales. Ya entonces los serrones hacían su trabajo, como puede observarse.

Fueron esos romanos quienes, esclavizando a los cántabros y usándolos como mineros, horadaron Peña Cabarga («la Montaña de Hierro», la llamaron) y otros sitios de Cantabria en busca de su preciado mineral. Deberíamos ser

conscientes de la gran cantidad de madera que hubo de ser empleada en las labores de aquella explotación minera. Así mismo, y desde esos tiempos, la construcción en madera de vehículos de tracción animal (carros, carretas y basnas), de arados y de aperos de labranza para las tareas agrícolas fue creciendo.

En la Edad Media se quemaron y roturaron bosques enteros para conseguir nuevas tierras de labrantío y de pasto. En aquel tiempo se propagó la construcción naval a todas las localidades ribereñas del Cantábrico, que hicieron embarcaciones de todos los tipos en sus astilleros, tanto de pesca como mercantes o para el combate en el mar, que engrosaron las flotas locales y dieron prestigio a la marina de las Cuatro Villas de la Costa de la Mar Oceana (San Vicente de La Barquera, Santander, Laredo y Castro-Urdiales) y, por ende, a la del Reino de Castilla, que impuso su ley en el Atlántico. Además, hubo en nuestros puertos talleres relacionados con la fabricación de cajas, arcones y barriles destinados al almacenamiento de los víveres y la carga de esos barcos. Los tallistas y artistas locales comenzaron en el románico (siglos XI y XII) a realizar en madera bellísimas esculturas y retablos, verdaderas obras de arte, que tuvieron su continuación en el gótico (siglos XIII, XIV y XV), renacimiento (siglo XVI) y barroco (siglo XVII); piezas que pueden ser admiradas en cualquiera de nuestras iglesias o en el museo Regina Coeli de Santillana del Mar.

Ya en la Edad Moderna, la fabricación de muebles (Cabezón de la Sal fue un centro importante) por carpinteros y ebanistas era un hecho (tradicción que enlaza con el presente) y la propagación de ferrerías a lo largo y ancho de la región fue notable. La instalación de las Reales Fábricas de Cañones en Liérganes y en La Cavada, para suministrar de armamento al ejército español, y del Real Astillero de Guarnizo (en el lugar que ocupa actualmente El Astillero), para dotar a la armada española de poderosos y modernos buques de guerra, durante el reinado de los Borbones esquilmaron las masas forestales de la franja litoral y los montes y valles del centro y este de Cantabria (especialmente de Trasmiera); que fueron convertidos en millones de toneladas de carbón vegetal y en multitud de cuadernas, varetas, quillas, mástiles y cureñas de



los más bellos y poderosos navíos de la época (nos sirven de ejemplo los barcos Real Felipe y San Juan Nepomuceno, que fueron la envidia de las flotas extranjeras en el siglo XVIII). Esos montes quedaron como pastos para el ganado en lo sucesivo.

El siglo XIX en Cantabria estuvo marcado por la construcción naval, la llegada del ferrocarril, y su ilimitada demanda de traviesas de roble, y el comienzo del ciclo minero, y su necesidad de apeas para las minas; plantándose los primeros ejemplares de eucalipto en Puente San Miguel en la década de 1860. Durante la primera parte del siglo XX esta misma tendencia de explotación maderera con destino industrial (para el tren y la minería) no sólo siguió sino que aumentó, inaugurándose nuevos aserraderos modernos que transformaron en tabla todos los árboles que pudieron. Habrá que sumarle a lo anterior la instalación de la factoría SNIACE en Torrelavega en la década de 1940, que marcó el destino de muchos bosques autóctonos que fueron fagocitados por las plantaciones masivas de eucalipto, sobre todo, y pino necesarias para alimentar dicha fábrica de celulosa y sus derivados.



Veterano serrón lebaniego con sus herramientas. Avellanedo.

III. EL OFICIO DE SERRÓN Y EL TRABAJO EN EL MONTE

1. Los serrones.

Para ser serrón había que estar bien desarrollado, estar «hecho», no valía un chiquillo al contrario de otras ocupaciones agrícolas en las que se comenzaba de niño como ayudar con las vacas, atender a los animales de corral o realizar tareas en la huertuca de casa. Se tenía que tener al menos quince o dieciséis años porque el trabajo era muy duro, de mucho desgaste, y se necesitaba resistencia física más que fuerza bruta. Así mismo, no valía cualquiera porque era necesario demostrar destreza con las herramientas y eso a todos no se les daba igual de bien.

También, ha habido comarcas más madereras que otras por sus condiciones naturales; en las cuales sus habitantes se orientaron, a lo largo de la historia, hacia diferentes oficios relacionados con el trabajo de la madera. En algunas se dio más el artesanado de calzado, yugos y aperos de labranza; en otras la ebanistería; la carpintería de ribera en la zona costera y en estuarios; en otras la talla; el carboneo. En todas hubo gente que serrara, pero no todos fueron serrones profesionales; por ejemplo en Campóo no hubo serrones como tales, los mismos ganaderos eran los que subían al monte a cortar la madera que necesitaban para sus casas, para fabricar carros y aperos o albarcas. Sí hubo allí carboneros en el pretérito, normalmente herreros que hacían carbón vegetal para sus fraguas y que vendían sus excedentes hasta que el carbón de piedra se impuso.

En las comarcas del centro y oriente de Cantabria hubo serrones a tiempo parcial, esto es que trabajaban cuando tenían encargos de algún vecino que les contrataba para cortar una cantidad de árboles determinada para simple leña, para hacer unas vigas o unas tablas; el resto del tiempo lo pasaban atendiendo el ganado, aunque algunos eran también carpinteros rurales, que fabricaban



División significativa de Cantabria.

muebles y arcones; o carboneros que obtenían combustible vegetal de los árboles, como en la comarca del Agüera. También hubo quien ayudó a canteros y albañiles a construir y reparar edificios.

Por la costa hubo multitud de serrones locales, muchos de los valles de Camargo y Piélagos, que trabajaron permanentemente para los astilleros del litoral, donde además ayudaban a los carpinteros de ribera y a los calafates.

De Liébana, Polaciones y Cabuérniga salieron multitud de cuadrillas de serrones a trabajar a otros lugares y otras tierras durante la mayor parte del año, en una emigración temporal que iba de septiembre a Navidad y de después del día de Reyes al final de la primavera o primeros del verano, porque se respetaban las Pascuas, por ser costumbre familiar muy arraigada, y la siega y la recogida de la patata durante el verano, fundamental para la economía familiar y la supervivencia del grupo. En estos casos marchaban los hombres fuera mientras las mujeres quedaban solas en casa con los hijos pequeños y los viejos, debiendo de ocuparse de todas las labores, tanto las del campo como las del hogar. Se

debe resaltar esta fractura temporal entre los cónyuges y entre el padre y los hermanos mayores y el resto de la familia, pues afectaba tanto a los sentimientos como a la cohesión del grupo. Por esto, la mayoría de los serrones que marchaban fuera largas temporadas solían abandonar este trabajo cuando contraían matrimonio.

Se podría hablar de «un mapa de localización de serrones», que coincide plenamente en la actualidad con la ubicación de los bosques en Cantabria; la Sierra del Escudo de Cabuérniga, por el norte, el río Besaya, por el este, y la Cordillera Cantábrica, por el sur, son los límites de los grandes bosques caducifolios autóctonos y del lugar de origen de las cuadrillas de profesionales que se dedicaban exclusivamente a trabajar en el monte y que emigraban temporalmente para realizar su tarea.

La indumentaria en el monte era la normal de todos los días, ropa de trabajo, un buzo o simplemente ropa vieja. El calzado consistía en unas botas fuertes para andar por el monte y pisar sin problemas sobre los troncos, aunque a veces resultaban incómodas. Otros subían con albarcas y escarpines o zapatillas dentro; las albarcas para caminar por la hierba y el barro, usándose los escarpines o las zapatillas para estar por encima del madero, pero al ser de suela blanda daban problemas de pinchazos o cortes en las plantas de los pies. Los de las cuadrillas profesionales gastaban corizas de cuero o de goma, lo segundo era más habitual, que era un calzado más apropiado para la labor y servía indistintamente para caminar y para trabajar.

Cuando una cuadrilla se desplazaba a otro lugar por poco tiempo solían pernoctar en alguna casa o en algún pajar que les buscaba el amo de la madera, subiéndoles al monte diariamente la comida (pucheros y potajes) que les preparaban en algún hogar cercano por encargo. Sin embargo, cuando los serrones emigraban por largas temporadas a zonas altas deshabitadas se quedaban a vivir en alguna cabaña o invernadero que encontraran, teniendo que guisarse ellos mismos su comida.

Hubo ocasiones que tuvieron que fabricarse rudimentarias casetas o vivacs improvisados, chabolas les decían en Liébana y chozas en Villaverde de Trucíos y en Castro-Urdiales, usando palos y maderos para construir la estructura y usando tepes de hierba, ramas y helechos para hacer el techo. Más de uno tuvo que dormir a la intemperie en alguna vez, aunque fuesen las mínimas, arropado en una simple manta con el zurrón de almohada.

El menú del serrón eran muy monótono: alubias, tocino, pan y vino. Por lo general se desayunaban torreznos con pan, las alubias se cocinaban para el mediodía estofadas con tocino y la cena volvía a ser lo mismo que el desayuno. En alguna ocasión esta dieta se complementaba con frutos de temporada cogidos en el mismo bosque, avellanas, castañas, nueces, moras, etc. Las legumbres secas eran de la cosecha de casa o sino baratas de comprar, fáciles de transportar y de conservar y de gran aporte proteínico; el tocino era procedente del matacío particular, muy fácil de conservar también por estar salado o ahumado y aportador de calorías; el pan, cuando lo había o lo podían encontrar, suponía el cereal básico de la dieta diaria; y el vino, uno de los productos de la triada



Choza o chabola de serrones y carboneros. San Miguel de Aguayo.

mediterránea y bebido tradicionalmente en grandes cantidades por las gentes del Norte de España en comparación con otras regiones más meridionales de la nación, era habitual de todos los hogares montañoses, siendo un suplemento calórico en las dietas pobres de personas humildes como éstas.

Lo del consumo excesivo de vino ha sido un mito no correspondido con la realidad, ya que muchas veces ni lo conseguían comprar. Muchos han hablado de que los serrones tenían que beber vino por necesidad para poder aguantar un trabajo tan duro y de tanto desgaste, como si esta bebida alcohólica fuese una especie de dopaje que ayudara a sobrellevar tal esfuerzo. Esto no solo es mentira, como ya se ha apuntado, sino que ocurre con ello todo lo contrario, porque un individuo ebrio sería incapaz de aguantar una jornada de trabajo completa.

Los serrones trabajaban a destajo, alguien les pedía que le cortaran una determinada madera por un dinero total que se negociaba (el «ajuste»), por lo que el jornal era variable cada vez y en cada zona diferente. En otras ocasiones el contrato, siempre verbal, consistía en talar y serrar los árboles de un monte determinado, pagándose por estéreo o metro cúbico de madera obtenida, siendo a veces ésta en rollos o troncos cortados y limpios de ramaje y cortezas; y en otras de madera serrada a una determinada medida, que se cobraba más. Solía haber intermediarios que negociaban con el dueño de la madera un precio, y ellos después subarrendaban el corte a unos terceros.

La jornada laboral no tenía un horario máximo, se solía trabajar de sol a sol para acabar antes en unos casos y para rendir más en los otros. Hay que destacar que estos obreros carecían de derecho alguno, podían ser despedidos cuando el patrón lo considerase oportuno según su voluntad, no tenían un sueldo mínimo, a menudo les recortaban el dinero porque les medían intencionadamente mal la madera o argumentaban que no estaba perfecta, y por no tener no tenían ni seguro médico ni de accidentes, que estaban a la orden del día por ser una labor muy peligrosa, donde traumatismos e incluso muertes eran habituales, aunque algunas empresas madereras al final si se hicieron cargo de ellos cuando desgraciadamente ocurrían.

2. Las herramientas.

Para el trabajo en el monte los serrones necesitaban diversas herramientas, cada una dedicada a una función específica. De esta manera, para cortar el árbol, desmocharle, pelarle, medirle y serrarle se empleaban hachas, sierras y otros accesorios. Vamos a verlas por grupos y a cada una de ellas individualmente.

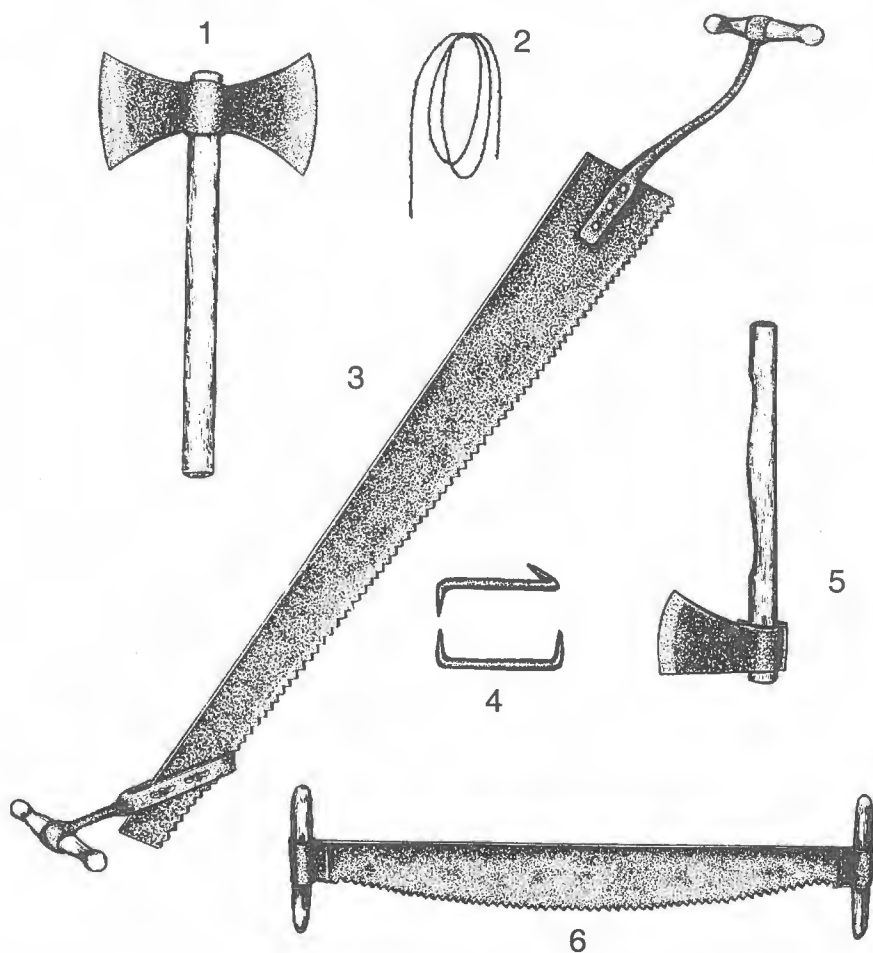
A) Herramientas para cortar:

El hacha de talar es un hacha con la hoja pequeña y gruesa para poder arrancar astillas en cada golpe y no quedarse trabada en el árbol. Por esta misma razón se usa para cortar las ramas y los nudos del tronco.

El hacha de «desnudar», llamado «peto» en algunas comarcas (Pas), es un hacha de talar con la hoja más pequeña aún y que corta más madera en cada golpe, por lo que da mayor seguridad al leñador. Se usa para quitar las partes rugosas más duras del tronco para facilitar el labrado.

El hacha de labrar, o simplemente hacha, es una herramienta de hoja mayor que la del hacha de talar y más fina, se emplea en la labra del tronco, para darle una forma regular, y para hacer viguetas y viguetillas sin la necesidad de utilizar la sierra.

El hacha de dos bocas, llamado hacho en Campóo y en las comarcas al oeste del río Besaya (Cabuérniga, Polaciones, comarca del Nansa, Liébana), es una herramienta que tiene dos hojas de hacha en un mismo mango por pura comodidad, una pequeña o hacho, para talar (y que además se suele emplear para «desnudar»), y otra grande o hacha, para labrar. Es la herramienta típica de los serrones. Es curioso que en la Antigüedad, usada en la guerra, fuera el arma de combate, junto a la espada corta y las jabalinas, de los antiguos cántabros de la Edad del Hierro, como atestiguar los historiadores latinos que narraron los enfrentamientos con Roma (la llamaron «hacha bipenne» y en los mundos céltico y germánico se denominaba *secur*); lo que presupone un aprovechamiento integral del bosque como lugar de caza, de recolección de frutos y bayas, de



- 1.- Hacha de dos bocas o hacho.
- 2.- Cinta o cuerda de marcar.
- 3.- Sierra de burro o de serrón.
- 4.- Gatos o sargentos.
- 5.- Hacha.
- 6.- Tronzador.

Fuente: A. Díaz, en J. González Echegaray, "Manual de etnografía de Cantabria". 1988.

obtención de combustible en forma de leña, y de materia prima para una rudimentaria industria basada en la madera.

B) Herramientas para serrar:

El tronizador o sierra de tronzar, es una sierra de hoja curva y con los dientes del filo grandes, tiene unos agarres, en el mismo sentido que la hoja, en sus extremos para ser manipulada por dos personas y se utiliza para tirar los árboles.

La sierra de serrón o de burro, es una sierra de hoja muy larga (alcanza varios metros), más ancha por un lado que por otro, recta y los dientes del filo suelen ser mas finos y pequeños que los del tronizador. Tiene agarres cruzados a la hoja en sus extremos para dos o tres personas (esto último es lo ideal), siendo uno de ellos intercambiable, sujeto a la sierra con una palomilla par poder ser retirado cuando las labores así lo dictan.

C) Herramientas para golpear y utensilios para sujetar:

Para hacer el serradero, taller o caballete (más adelante se explicara cómo se construye) se usan unas tablas cruzadas y unas puntas o clavos grandes, de los empleados en carpintería, para unirlos y un martillo de carpintero para clavarlo. El martillo de carpintero tiene en su cabeza metálica un lado en forma de mazo para golpear y otro delgado de forma aplanada y curva con una abertura en medio para enganchar las cabezas de los clavos clavados y poder sacarlos de la madera.

Para sujetar el madero al caballete se emplean unos ganchos, sargentos o gatos, que son unas piezas metálicas alargadas con punta en los extremos para poder ser clavados en dicho tronco y en el serradero, clavadas también con el martillo. Los gatos tienen dos formas, unos en forma más o menos de «C», que valen indistintamente para los dos lados, y otros que son rectos y tienen una punta en 90 grados para un lado y la otra en perpendicular, también en ángulo recto, habiendo para el lado derecho uno y otro diferente para el lado izquierdo. Su función es sujetar mejor el madero por los dos lados. Para sacar o desclavar los gatos se usa una palanca, que es una barra plana metálica con un cur-



vamiento con dos puntas en uno de sus extremos, en las que se encajan los ganchos para sacarlos por empuje haciendo palanca.

Hay unas cuñas, que pueden ser de madera o de metal y de distinto tamaño, que se meten entre las tablas que se van serrando en un tronco para que la madera no oprima a la hoja de la sierra y esta tenga facilidad en dicha tarea. Estas cuñas se meten a presión a golpes con el martillo si son piezas pequeñas o con una maza normal sin son mayores. La maza suele rondar los dos kilos de peso, pero esto puede variar.

D) Utensilios para medir:

Para tomar las medidas se usa un metro de carpintero, que es de tablillas madera, o uno de costurera, que son de tela encerada o de plástico y son más baratos y fáciles de conseguir; ambos vienen en centímetros. Pero en algunas zonas de Cantabria (Trasmiera, el Oriente) se siguieron empleando las «medidas imperiales» (esto es: pulgadas, pies y codos) por la implantación y utilización de este sistema de medición durante siglos por parte de la Marina de Guerra Española, que era quien explotó los montes de esas zonas para obtener la madera necesaria para la construcción naval en el Real Astillero de Guarnizo y el carbón vegetal para las Reales Fábricas de Cañones de Liérganes y La Cavada. Más tarde, ya en el siglo XIX, las medidas para la construcción del ferrocarril también fueron «imperiales», pues tanto los modelos que se tomaron para vías y trenes como los ingenieros que los diseñaron fueron ingleses, y en su país, todavía hoy en día, se siguen usando.

Para marcar la medida superior en la madera se hace una muesca con una navaja, útil habitual en aquellos tiempos entre la gente del campo. Para hallar la medida equivalente en la parte baja del tronco se pone una plumada, que es una cuerda fina con un peso en su extremo y que cuelga perpendicularmente por efecto de la fuerza de la gravedad, sujeta en la muesca del borde de arriba, con lo que obtenemos el punto exacto inferior, haciéndose allí otra muesca, estando entre ambas muescas la línea de serrado

Para marcar la línea de serrado se empapa en tinte (se explicará más adelante cómo se hace) una cuerda de lana o cinta que se pone entre las muescas y deja pintada en la madera una raya vertical, que es por donde se tiene que serrar.

También para marcar, los serrones tenían unas piezas de diferentes tamaños, según las medidas que usaban habitualmente, cuando serraban para hacer tablas de una medida estándar, traviesas para el ferrocarril o duelas para las fábricas de toneles y barricas. Estas piezas las confeccionaban en madera y evitaban tener que estar midiendo constantemente, y así ahorran tiempo que empleaban en otras tareas del trabajo.

E) Herramientas para perforar:

En ciertas ocasiones en las que se necesita hacer agujeros en los maderos se emplea el barreno o barrena de mano, que es una barra metálica cilíndrica en forma de espiral en uno de los extremos, habiendo en el otro una empuñadura atravesada, que se agarra con las dos manos y se gira al tiempo que se empuja contra la madera.

También punzones si se tenía que horadar la madera, que son barras metálicas con una punta afilada en uno de sus extremos y que se usa golpeándole con un martillo o una maza en el otro extremo.

F) Utensilios para afilar:

Para conservar el filo de hachas y sierras se usan limas, piedras de afilar y terciadores o trabadores. Las limas son convencionales y fáciles de adquirir, lo mismo que las piedras de afilar, habiéndolas de diversas formas y tamaños. Cada serrón utilizaba la que más le gustaba o, simplemente tenía a mano; no hay ninguna ley sobre que lima debe usarse con tal herramienta, simplemente que ésta esté bien afilada por ser imprescindible para la labor.

El terciador o trabador es un útil de mano que sirve para enderezar los dientes de las sierras que por el uso se hayan separado de su alineación habitual. Es una pieza metálica con unas aberturas con diferentes medidas para encajar los dientes de sierra y con un leve giro de muñeca volverlos a su posi-

ción original. Hay otro que es como un pequeño alicate y la posición del diente se busca a ojo. Recomiendan no abusar de ellos, pues descentran la carrera de la sierra si no se saben usar correctamente o no se tiene tino en dicha labor.

3. El serrado de árboles.

Lo primero que había que hacer cuando se tenía necesidad de madera era «guardar la luna», porque no se deben talar los árboles en cualquier época del año o del mes, debido a que si se corta el árbol con la savia en él, pues, la madera se pudre mucho antes, no dura tanto. Los buenos meses para la tala son los del tiempo frío, de septiembre a abril (los meses con «R»), siendo los mejores de ellos enero y febrero; y siempre con la luna en menguante (sabida y comprobada es la fuerte influencia del satélite sobre los elementos líquidos), porque esto hace que se adormezca la planta, que la savia no fluya. Aunque hay casos puntuales de árboles que tienen que cortarse en un mes determinado y solamente en ese, como ocurre con el abedul y el fresno, que se deben talar solamente en el menguante de enero; o con la alisa y el haya joven u hornija, que debe de ser invariablemente en el menguante de mayo, porque estos tipos de madera sí necesitan que su savia esté «subiendo un poco».

Algunos recomiendan, aparte de guardar el mes y la fase de la luna, respetar la marea; pues, la relación del mar con la posición diaria de la luna también crea diferencias a la hora de cortar los árboles; dicen que no es lo mismo que haya bajamar o pleamar, por eso lo mejor sería talar con la marea baja que hace que la savia fluya aun menos. Esto último, como tantas creencias rurales populares, no tiene una base científica pero es creído, y, en cierto sentido, respetado por los lugareños que lo conocen.

Si por algún casual la madera cortada no estaba «seca», esto es libre de la savia, se «secaba» con agua, introduciéndola en un regato o en un arroyo porque al fluir la corriente arrastraba con ella toda su savia y limpiaba la madera.

La excepción la hicieron los que cortaban para compañías madereras industriales (cosa habitual en el presente), que les servía cualquier día porque después a la madera la trataban químicamente para extraer la savia y así que no

se pudiese. Además, lo que le interesa a las empresas forestales es vender madera, cuanta más mejor, y por eso no les importa si su madera dura menos tiempo.

Para talar el árbol es indispensable hacerle un corte en la parte delantera de por donde se quiere que caiga, es lo que se llama «dar el pique», que se hace con el hacho o boca pequeña del hacha de dos bocas. Si el tronco no es muy grueso, el árbol cae por su propio peso para adelante; pero si tiene grosor hay que serrarle con un tronizador, se dice «tronzarle». Con el tronizador se sierra por detrás del pique, por su lado opuesto, hasta que se vence él sólo. Si por un casual el grosor es desmedido y el tronizador no alcanza, se mete la sierra de serrar, que es más larga, o se rebaja el diámetro del tronco a golpes de hacho para poder meter el tronizador. En otras ocasiones, simplemente, se metía en el espacio serrado una cuña a mazazos para provocar la caída; y si esto no sucedía, se empleaba una barra metálica a modo de palanca para empujar el tronco.

Hay que ser muy cuidadoso en esta operación porque si se tronza mal el árbol podría caer hacia el lado del que están los serrones y causar un accidente con traumatismos o, incluso, muertes.

Cuando el árbol ha caído al suelo se procede a «desmocharle», a quitarle las ramas y quimas, que también se hace con el hacho. Después el tronco se labra con el hacha o boca grande, el serrón se coloca encima, al principio del madero, y va andando hacia atrás mientras al cortar con la herramienta le va dando una forma regular prismática, de bordes rectos y esquinas en ángulo de 90 grados para que se pueda serrar mejor más tarde.

Los serrones especializados en labrar el tronco, los «labrantes», estaban muy cotizados porque no necesitaban de otras herramientas para darle forma a la madera y sabían fabricar columnas, postes, vigas y cabrios directamente a hacha, cosa que para las construcciones rurales era muy valorado por el ahorro de tiempo y dinero. También para viguetas y viguetillas para pasos de escalera y tillos de suelos y ripias para techos y tejados de viviendas; los labrantes lo hacían todo a mano, sin necesidad de acudir a un aserradero industrial o a una carpintería.

Tanto al desmochar como al labrar, hay que ser muy cuidadoso cortando con el hacha pues puede ocurrir algún accidente debido a algún mal golpe o tajo con dicha herramienta. Además, el tronco se puede girar ocasionando heridas traumáticas o la propia muerte.

Si el tronco había que transportarlo y se podía emplear para ello una pareja de bueyes de tiro, se metía a mazazos una cuña especial en uno de los extremos, a dicha cuña iba sujeta una cadena que estaba unida al yugo de la yunta. En otras ocasiones, a veces dependiendo de la comarca, se hacía un agujero en el tronco con una barrena para meter por ahí la cadena de la yunta y dando unas vueltas a la cadena con la ayuda de una vara específica para ello, llamada «estrabandón». Cuando el madero ya estaba sujeto, lo arrastraba la yunta hasta el lugar donde se había colocado el taller de serrado o serradero.



Rabona en Pembes. 1960. Museo Etnográfico de Cantabria. Colección Bustamante.

Cuando por las dificultades del terreno no podían entrar las parejas de bueyes para el transporte, se llevaban los maderos como se podía, a hombros o rodando monte abajo si estaba muy empinado. En los Montes de Pas, en las pandas más píndias, se transportaba la madera a la espalda, metida en cuévanos, cuando no eran piezas demasiado largas. En esta operación había que ser muy cuidadoso porque en ciertas ocasiones el peso de la madera acarreada vencía el equilibrio, produciéndose una caída que podía tener consecuencias funestas.

Hay que decir que en Cantabria no se efectuó el trasiego de troncos por los ríos debido a la morfología de éstos, cortos, de recorrido accidentado y con un caudal irregular. Solamente, y por un periodo pequeño de tiempo durante el siglo XIX, se realizó esta operación en el río Deva con la madera cortada por la Armada española en los montes lebaniegos, que debía de ser embarcada en Unquera con destino a los astilleros de El Ferrol, después de haber sido clausurado el Real Astillero de Guarnizo. Dicha operación fue suspendida tras varios intentos fatigosos, en los que tuvieron que intervenir muchos hombres a lo largo del recorrido para deshacer los amontonamientos de maderos que se formaban a lo largo del curso del río y los troncos que se quedaban varados en las orillas.

Para serrar los troncos se construía un «serradero» o «taller», también llamado «caballete», con unos maderos cruzados. Dicho serradero estaba formado simplemente por cuatro apoyos en forma de «V» invertida y por otras dos maderas horizontales o «cabezales» que unían cada una de ellas un par de dichos apoyos, colocándose las dos estructuras resultantes o «burros» una a continuación de la otra, con los cabezales en paralelo entre sí. Encima de los cabezales se colocaban los troncos, que se sujetaban al caballete con los gatos. Se usaban cuatro de estos ganchos, dos por cada lugar de apoyo y uno a cada lado, clavándose tanto al madero como a los cabezales.

Si los troncos a serrar eran especialmente gruesos y pesados, el serradero se construía más sólido, empleando maderas más fuertes y con alguna pieza extra de agarre entre las patas del caballete, clavada en los laterales longitudinalmente, para reforzar la estructura.



Otra manera de construir el serradero era hacer dos aspas cruzando dos maderos por cada una de ellas, resultando dos estructuras en forma de «X» que se colocaban una detrás de la otra y el madero encima. Como en la estructura anterior, si los maderos eran demasiado pesados, se reforzaba el caballete con unos tirantes laterales extra.

En algunos casos, para hacer el taller, se aprovechaba la pendiente de la ladera; colocándose tan solo un apoyo en vez de dos, pudiendo ser éste de cualquiera de las dos estructuras descritas anteriormente, estando uno de los extremos del tronco contra el suelo y el otro encima del caballete. Esto, aunque es más fácil de hacer, conlleva una dificultad cuando se sierra porque no queda mucho espacio para el recorrido de la propia sierra al llegar al final del madero.

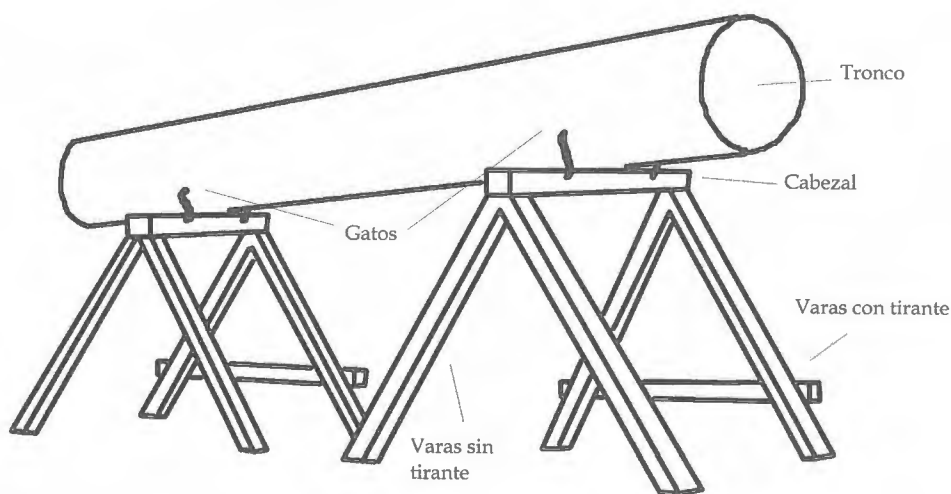
Antes de serrar se debía marcar por donde se tenía que cortar, esto se hacía pintando la madera. Para ello se marcaba en el extremo superior del tronco la medida que debía tener la tabla, con la ayuda de un metro para saber la distancia exacta y de una navaja para hacer las muescas de dichas medidas. De cada muesca se colgaba una plomada o nivel para hallar su punto equivalente en el extremo inferior, donde se hacía otra muesca con la navaja, y entre ambas muescas se colocaba una cuerda fina o cinta, hecha de lana de oveja por los propios serrones de forma artesanal, que previamente había sido empapada en tinte, y se tiraba hacia atrás de ella cogiéndola por el medio y soltándola de golpe. La cuerda, al estar empapada en tinte, cuando golpeaba la madera pintaba la línea de serrado, recta y perfecta.

El tinte, también llamado tinta, tintura o pintura, se hacía artesanalmente en el momento justo de serrar; para ello se introducía agua en un recipiente, muchas veces una simple lata vieja de conservas, y se disolvía añil o helechos quemados, hierba quemada u hojas de panojo quemadas. El producto introducido en la lata se amasaba bien hasta teñir el agua; después, se metía la cuerda hasta empaparla y mojada se escurría pasándola por la mano cerrada toda ella, de una punta a otra, ya que un exceso de tinte podía hacer una mancha o borrón y no verse bien la línea de serrado. Cuando llovía, la línea se marcaba por encima de lo pintado con la navaja o con el hacha, pues se borraba.

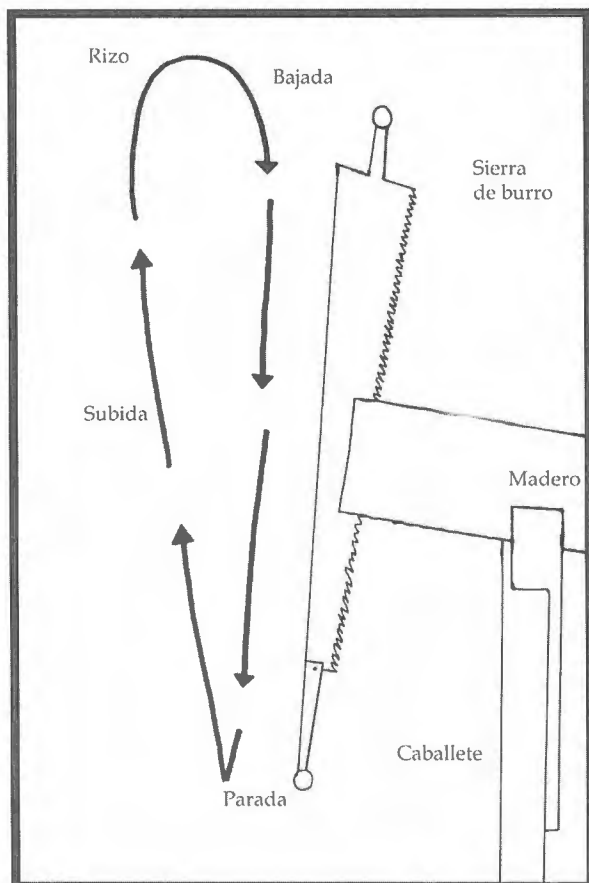
Para medir el largo se medía tal cual, pero en el ancho se medía también un lateral de la tabla, esta costumbre tiene que ver con la madera que se lleva la herramienta al serrar, lo que se convierte en serrín, que dependiendo del tipo de sierra suele ser alrededor de un centímetro. Algo parecido pasa al hacer a mano con el hacha las viguetas y viguetillas, que la hoja del hacha come, como la sierra, madera que convierte en virutas.

Cuando el madero había sido marcado y colocado debidamente en el serradero, se procedía su serrado. Encima del tronco se ponía un serrón, normalmente el que más sabía o mejor se le daba, y abajo en tierra otro, y si había suficiente gente, dos. Apoyaba la sierra en la muesca de la medida y serraban hacia atrás siguiendo la línea de serrado marcada. El movimiento de serrado no es solamente arriba y abajo, es haciendo un giro tanto con las muñecas como con los hombros, así, al subir la sierra va por fuera y es al bajar cuando come la madera, cuando sierra propiamente dicho.

Cuando se llega con la sierra hasta el cabezal de apoyo del serradero, se suelta de la sierra el agarre inferior, de donde tiran los del suelo, que es inter-



Serradero, taller o caballete.



Movimiento de serrado.

cambiable y se sujeta con unas palomillas, y se sube al máximo la sierra quedando la parte inferior de la hoja dentro del tronco; en ese momento se corre dicho madero para atrás, salvando el cabezal, se coloca de nuevo el agarre y se vuelve a serrar hasta el segundo cabezal, donde se tiene que repetir la operación. Queda claro que la serrada es de un tirón, de adelante a tras. Otra manera de serrar es de dos serradas, sujetando el madero a un caballete al medio, serrando de un extremo hasta el punto de sujeción, para después comenzar una segunda

serrada por el otro extremo y unirse en el medio. Esto no es habitual de los serrones de Cantabria, lo hacían gentes de otras partes de España sin tanta pericia e implica un riesgo grande de estropear las tablas.

El tronco no se puede serrar del todo por que no tiene apoyo suficiente el serrón de arriba, por eso el final de la tabla rompe solo o, en su defecto, se le da un golpe con el hacha. Esto se puede comprobar en la madera serrada pues se ve en la huella que deja la sierra.

También durante el serrado había que ser cuidadoso con los accidentes, muchos golpes en la frente tuvieron los serrones que se ponían arriba, además de caídas desde lo alto por perder el equilibrio.

Una vez serrados los troncos, ya sea simplemente en tablas o en piezas determinadas (traviesas de tren, duelas de barril, varetas de barco, etc.) se tiene que medir para poder cobrar, hallando los estéreos o metros cúbicos de madera serrada porque se cobra por volumen: tantos metros cúbicos, a tanto el estéreo, tanto dinero. Después lo cargaban a carros o camiones para que se lo llevaran.

4. La obtención de carbón vegetal.

Otro producto obtenido de los árboles de los bosques cántabros fue el carbón de madera, normalmente de encina y roble aunque también podía ser de haya, que se utilizaba como combustible en las numerosas ferrerías que hubo esparcidas por toda la región y en muchos hogares montañeses para alimentar cocinas y estufas; lo segundo tuvo un auge temporal durante los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil del año 1936 por la imposibilidad de obtener otro tipo de combustible. Este producto fue fabricado en multitud de carboneras por toda Cantabria (especialmente en Campóo, a lo largo de las cuencas del Besaya y del Agüera y en el término municipal de Castro-Urdiales), aunque solamente queda el recuerdo, relativamente vivo, en Villaverde de Trucíos y San Miguel de Aguayo. Por estas razones muchos serrones locales fueron además carboneros.



Hoya carbonera o chandorro del Alto Besaya. San Miguel de Aguayo.

El carboneo solía ser en primavera y verano por cuestiones climatológicas, aunque hubo zonas, como Aguayo, en las que se practicó durante prácticamente todo el año. Las carboneras eran hechas para tal caso en el propio bosque para no tener que transportar la leña. Se usaban árboles de al menos quince años, por ser el tiempo necesario que necesita la planta para brotar de nuevo y crecer y que el bosque se regenere.

El carbón vegetal se obtenía del calentamiento de la leña por encima de los 150 grados, siempre sin estar en contacto con el aire, pues si no ardería hasta su extinción. Si el proceso de carbonización es lento y a 300 grados de calor, se obtiene una proporción alta de carbono, en torno al 75 %, y el rendimiento de un 33 %. A mayor temperatura mayor porcentaje de carbono, pero disminuye el rendimiento y viceversa. Por un kilo de madera se obtiene un tercio de carbón aproximadamente.

El carbón bien hecho es de color negro azulado brillante, es ligero, sonoro y mancha poco; conserva la estructura del tronco original, pero disminuye en

volumen y peso, quemando sin humo ni llama. Por el contrario, si el carbón está poco hecho es de color rojizo y al consumirse hace llama y desprende humo. El carbón de madera es poroso y en contacto con el aire absorbe agua y gases, aumentando su peso; su poder calorífico es de unas ocho mil kilocalorías por kilogramo de peso, muy superior al de la leña y su combustión más lenta que la de ésta.

Las carboneras u hoyas (llamadas chandorros en el alto Besaya cuando el carbón estaba cociéndose) eran simples pilas de leña de forma cónica tapadas con tepes o helechos y tierra para que se quemara la madera lentamente, prácticamente sin oxígeno, para evitar su combustión normal y obtener el citado carbón vegetal. El carboneo duraba varios días, dependiendo de la cantidad de madera a quemar, siendo el tiempo mínimo de una semana completa.

Había dos tipos de carbonera: una grande y redonda con un poste central, y otra más pequeña sin dicho poste; colocándose los maderos a quemar verticalmente en ambos casos. La primera se conserva en la zona del Agüera y fue típica de Trasmiera, Soba y en el Oriente cántabro, además de encontrarse en otros puntos de la Europa atlántica. Y la segunda se dio más por tierras campurrianas y vallucas. Además, los pequeños herreros locales fabricaban su propio carbón en hoyas más pequeñas, cavando un hoyo profundo y prendiendo la madera, incluso, antes de taparla, para obtener así el carbón casi en el día. La diferencia de unas a otras viene marcada por la costumbre local, el gusto de los trabajadores y por el tipo de árbol empleado en su confección; en las dos primeras son troncos de especies espigadas (encinas grandes, robles, hayas); y en las de los herreros usaban castaño u otras especies más cortas (carrascas, madroños, boj e incluso brezo). El armar con los troncos en vertical es típico del norte de España, ya que en otras zonas del país se montan en horizontal, caso de Cataluña.

El proceso en ambas es sencillo, se limpiaba y se allanaba el terreno, en el suelo se ponía una base de ramas o helechos para permitir la respiración y el aislamiento, y encima de ellos la madera a quemar.



En el primer caso, los troncos se apilaban verticalmente en torno a un poste central llamado alcalde o macho; y en el segundo sin dicho poste. Los troncos más gruesos iban los primeros y los pequeños después, yendo por último las ramas que se colocaban para encender. Se tapaba la madera con helechos o tepes de hierba o céspedes y tierra por encima, todo apelmazado, para no dejar pasar el aire, cubriéndose con un palmo de espesor de este material toda la carbonera.

Se prendían las ramas por la boca o henchidura, que se quemaban y se hundían, empujándose con unas barras largas que se metían arriba y abajo con fuerza, quedando la entrada tapada, teniéndose que repetir esta operación tantas veces como fuese necesario. En el caso de las pilas con los troncos verticales, se retiraba el poste central llegado este punto. Se dejaban unos agujeros laterales a la altura del suelo para la respiración interior y controlar la combustión, llamados respirales, porque si había viento se avivaba y se podía estropear el carbón, por lo que se debían cerrar parcialmente dichas aberturas. Sin embargo, la lluvia no afectaba al proceso porque el agua no llegaba a penetrar. La carbonera no se podía descuidar más de un par de horas porque se podían producir gases, que al acumularse podían provocar pequeñas explosiones, aunque no era corriente, y si ocurría esto había que repararlo al momento.

El color típico del humo de la combustión era blanco, cuando se volvía negro y salían llamas por los respirales, después de la semana estipulada para el proceso completo, se tenía que tapar para ahogar la combustión y dejar descansar un día más; después se sacaba el carbón con ganchos o palas y se esparcía por el suelo para enfriarlo. Si por algún casual alguno de los troncos carbonizados se prendía, debido al contacto con el aire, se apagaba simplemente con agua. Durante el proceso va cambiando el olor del humo, al final se dice que huele a cocido.

5. Otros oficios relacionados con los serrones.

En el campo montañés durante siglos la gente, por necesidad, tenía que saber hacer un poco de todo; lo mismo reparaba una tapia de piedra que se había caído, que construía un cerrado de estacas, que tiraba un árbol, que le cambiaba las herraduras a la yegua. Simples ganaderos eran a la vez canteros, herreros o carpinteros, según su destreza o tradición familiar, pues muchos oficios pasaban de padres a hijos. Así, muchos serrones fueron también artesanos, carpinteros, tallistas, carpinteros de ribera, constructores, carboneros y herreros, compaginando ambos oficios según los requerimientos.

Hay que tener en cuenta que los serrones eran los proveedores de materia prima de los demás y que estos, a su vez, si necesitaban madera y no había serrones o lo sabían hacer ellos mismos, compraban un lote de árboles (lo que fueran a usar) y lo tronzaban y serraban ellos solos para sí, ahorrándose el dinero que hubieran tenido que pagar por ello .

Muchas veces porque no tuvieron otra alternativa para sobrevivir en un medio subdesarrollado, sobreexplotado y, hasta cierto punto y en cierta medida, pobre en relación a la cantidad de personas que se sustentaban en él. De ahí que muchos cántabros durante la segunda mitad del siglo XIX y prácticamente todo el XX engrosaran el proletariado minero y fabril para ganar un jornal fijo, complementando con su nuevo empleo la explotación agrícola o que definitivamente abandonaron las tareas del campo, emigrando a las ciudades para siempre, dentro de un proceso total de terciarización de la sociedad. Punto y aparte fueron los miles que emigraron al extranjero.

A) Artesanos:

En muchos pueblos de Cantabria, sobre todo en las zonas de Cabuérniga y Campóo, ha habido siempre buenos artesanos de la madera que han sabido labrar y tallar muy bien diferentes tipos de yugos, para uncir el ganado de tiro; hacer albarcas, para poder caminar perfectamente sin mojarse por terrenos embarrados; astas, para las herramientas para trabajar la tierra; y utensilios para amasar la harina, para hacer el pan de trigo y de maíz, y para la elaboración de



Haciendo tarugos en Mogrovejo. 1945. Museo Etnográfico de Cantabria. Colección Bustamante.

productos derivados de la leche; objetos necesarios en la vida diaria tradicional del mundo rural. Muchos de ellos fabricaban aperos de labranza durante el invierno, que luego vendían de manera ambulante por los pueblos de Castilla.

En el presente, la mayoría de los que quedan hacen su labor de cara al turismo, pues sus piezas son vendidas como recuerdos u objetos de decoración. En relación a esto, hay que significar la fabricación en miniatura de albarcas, cebillas, zapitas, colodras y otras piezas del universo agrícola montañés. Y, cómo no, barcos a escala, tanto antiguos veleros como modernos pesqueros; existiendo verdaderos artistas de esta modalidad en localidades como El Astillero y Suances.

B) Carpinteros y ebanistas:

En el pasado la mayoría de las cosas se fabricaban en madera, por lo que hubo muchos carpinteros y gentes, que sin serlo propiamente, trabajaban hábilmente la madera para cubrir sus necesidades diarias. De esta manera, en muchos pueblos se hacían los arados para cultivar la tierra, los pesebres de las cuadras, los carros para el transporte, los muebles para el hogar y las puertas y ventanas para las casas, las cabañas y los invernales. En muchas cuadras se tenía el taller de carpintería, con el banco de carpintero y las herramientas, y se trabajaba en las horas que quedaban libres después de arreglar el ganado.

La fabricación de muebles en maderas nobles por encargo fue una industria importante que normalmente no se ha tenido en cuenta, y, sin embargo, dio ocupación a estos carpinteros y ebanistas rurales de los que se está hablando. Hay que pensar que la población campesina no iba a una mueblería para comprar una cama, una mesa, un arcón o unos armarios; simplemente acudía a aquel vecino que sabía cómo hacerlo y que le resolvía el problema.

C) Tallistas:

Nos referimos con tallistas no sólo a un simple artesano que pueda hacer piezas talladas, sino a verdaderos profesionales de la talla y la escultura que en Cantabria durante siglos hicieron esculturas, retablos para iglesias y tallas para adornar salones. La mayoría de dichas esculturas fueron de cariz religioso, ya



La artesanía popular en madera se adapta a los nuevos tiempos: escudos de equipos de fútbol junto a estelas cántabras.

que fue el clero quien más se dedicó a encargarlas para templos y capillas, y familias pudientes devotas del cristianismo; aunque, por supuesto, también hubo tablas ornamentales con escenas cotidianas de la vida en el campo, de caza y con paisajes bucólicos.

Los más diestros de ellos se especializaron de tal modo que emigraron como maestros a otras tierras para ejercer en exclusiva como tales, no sólo por toda España sino también en otros lugares del antiguo imperio español en Europa y América.

En el presente, algunos se han adaptado a la demanda de los más jóvenes y tallan los escudos de los equipos de fútbol de Primera División

D) Carpinteros de ribera y calafates:

Cantabria, al ser una comunidad costera, siempre tuvo necesidad de embarcaciones, tanto de pesca de bajura y altura como mercantes, de guerra y de recreo. A parte de los astilleros para grandes buques, han existido otros

pequeños de carácter familiar donde los carpinteros de ribera y calafates locales han construido y mantenido, de una manera artesanal durante centurias, todas las embarcaciones menores del litoral cantábrico.

Prácticamente en todos los puertos montañoses ha habido estos astilleros, pero su paradigma, quizás, es la Bahía de Santander, con lugares como Pontejos, Pedreña y el mismo Santander, ciudad donde hasta hace muy pocos años se construyeron barquías, botes, traineras, pataches y merluceras completamente en madera y a mano. En Pontejos continúa en el presente esta tradición, siendo uno de los pocos lugares del Cantábrico y Galicia en la que persiste.

De esta actividad de siglos se resintieron los bosques litorales y los montes cercanos a la costa, lugares de aprovisionamiento de la materia prima para tal actividad.

E) Carboneros:

Como ya se ha explicado, la necesidad de carbón vegetal de encina o roble y de leña como combustible para las ferrerías y los propios hogares fue inmenso en toda Cantabria, y de manera especial en el centro, sur y este de la región; aunque actualmente sólo queda esta tradición en San Miguel de Aguayo y Villaverde de Trucios, como ya se ha señalado.

En muchas localidades el carboneo y la tala de árboles fueron de la mano; en ciertas ocasiones se cortaba para madera, en algunas para leña simplemente y en otras para fabricar carbón. Había serrones que eran carboneros y viceversa.

F) Constructores:

Los edificios del campo cántabro se construyeron hasta los años 1960 (década en la que aparecieron otros materiales más modernos, como el bloque prefabricado) con materiales locales, piedra y madera. Columnas, postes, vigas, cabrios, ripias y tillos de suelos fueron hechos por simples canteros que ejercieron también de carpinteros, y serrones que ejercieron a su vez de constructores y ayudaron en las labores de edificación a albañiles y canteros.



Sin olvidar las ocasiones en las que ganaderos debían construir o reparar una cabaña o una cuadra y lo hacían todo ellos solos, tanto la labor de la madera como la de la piedra. Es la polivalencia en los oficios de la población rural cántabra, por simple y pura necesidad, de la cual ya se ha hecho mención.

G) Herreros:

Dentro de los profesionales de la ferrería hubo en Cantabria dos grupos, los ferrones de las grandes fundiciones y los herreros de fragua. De los segundos hubo muchos y muy diseminados por la geografía regional, prácticamente cada pueblo un poco grande tuvo el suyo. Se dedicaron a fabricar las hojas de las herramientas de uso agrícola (hachas, dalles, azadas, etc.), a herrar los animales y, en algunos casos, al forjado de verjas y rejas para las casas.

Los herreros necesitaban comprar carbón vegetal para alimentar su fragua y vender sus productos, por eso la doble relación de oferta y demanda con los serrones. Incluso hubo herreros que fueron carboneros, pues subían al monte a talar y ellos mismos fabricaban el combustible que necesitaban en carboneras hechas en el mismo lugar a tal efecto.

Cuando descendió la producción y ésta dejó de ser rentable porque la gente ya no compraba, por falta de necesidad, esos objetos, algunos herreros se marcharon a trabajar al monte porque era lo único que había. También hubo herreros a tiempo parcial, esto es que eran ganaderos o serrones, o las dos cosas, y trabajaban según los pedidos en su fragua.



Cuevaneras de Guzparras en el mercado de Selaya. ca. 1940. Museo Etnográfico de Cantabria. Colección Valvanuz.



IV. TESTIMONIOS

Las siguientes encuestas orales se realizaron entre el otoño de 1.999 y el verano de 2.003 en las casas particulares de los protagonistas. Metodológicamente, se utilizó la entrevista semi-rígida con final abierto, siguiendo las pautas marcadas por Hammer y Wildasky, pues da más libertad al investigador y el encuestado se siente más cómodo.

Se ha de reseñar la dificultad que hubo para encontrar comunicantes idóneos para las entrevistas del presente trabajo, a pesar de ser Cantabria cuna y residencia de muchos obreros forestales y de otros trabajadores de la madera. De todas formas, se consiguió, gracias a la gente que participó en ellas, una visión global del tema tratado, las particularidades de cada zona de nuestra región, detalles específicos del oficio y sus relaciones con otros, y la realidad y la dureza de la vida cotidiana en el campo montañoso en los años del subdesarrollo, narrado todo en primera persona.



Mapa de referencia.

1. Entrevista a Íñigo (padre)

Nombre: Íñigo López García,
«Íñigo (padre)».

Fecha de nacimiento: 8 de
febrero de 1924.

Localidad: Arredondo.



Pregunta: -Háblame un poco del trabajo de serrón

Respuesta: -El trabajo es muy duro, durísimo, yo creo que el peor trabajo que se puede encontrar. Es hasta peligroso desmochando los árboles. Y empiezas de mañana y no terminas hasta que llega la noche.

P: -¿Es a destajo?

R: -Todo es a destajo.

P: -¿A qué edad se empieza, porque si es un trabajo tan duro no se empezará de crío?

R: -Se empieza joven, realmente se empieza de 16 ó 17 años. Este trabajo es duro, pero duro, la gente que sale a ello va cogiendo fuerza, mañas, al trabajar, al menos corporalmente mejor.

P: -¿Por qué empezaste a trabajar de serrón?

-
- R: -Por mi padre.
- P: -¿Lo fue también tu padre?
- R: -Sí, menos, pero serraba también.
- P: -¿Era por encargo de vecinos?
- R: -Sí, para hacer una cabaña, unas tablas para esto, para lo otro. Vas empezando, vas siguiendo, vas siguiendo...
- P: -¿Eran vigas lo que hacían más?
- R: -Sí, sí, las cabañas enteras. Empezabas, como dice el otro, por un poste y terminabas por el tejado. El trabajo ese es muy duro, no voy a decir otra cosa, para mí es el peor. No hay hueso que no trabaje.
- P: -¿Trabajabas en cuadrilla?
- R: -Éramos dos, tres, dos generalmente.
- P: -Dos son necesarios para la herramienta
- R: -Sí, para la herramienta lo mejor es tres, para serrar.
- P: -¿Cómo se ponen, dos abajo y uno arriba?
- R: -Sí, el de arriba tiene que saber un poquitín la madera que da, porque si le da lo que no pueden bajar los de abajo...
- P: -¿A la hora de serrar el que más sabe, dónde se coloca?
- R: -Arriba, es el que mejor da la serrada. Si les das un poco más de la cuenta, el de abajo se acuerda de su abuela porque cuesta mucho serrar. El de arriba ayuda mucho, tiene que ayudarle un poco a subir la sierra y él ayuda a bajar. Cuando el de arriba da para bajar aprieta. En el momento que coges un poquitín el madero ya va cogiendo aire y te cuesta mucho menos subirla. No es recto, es sacándola un poco para afuera, la sierra tiene que pegar en el madero cuando baja.
- P: -Es como una ola, como un rizo; al bajar va cortando y al subir no.
- R: -También hay buenos golpes a la cabeza si los de abajo se enfilan.
- P: -¿Hay muchos accidentes?
- R: -No, no, golpes sí. En el monte no hay problema porque un árbol da igual si cae para aquí o cae para allá, no es lo mismo cuando estás al lado de una casa para tirarlo porque es muy peligroso, pero en el monte da igual porque el serradero se hace donde esté mejor para hacerlo.

P: -¿Qué se busca, que esté en cuesta?

R: -Sí, que cueste poco subirlo. Hay que cavar para que se pueda serrar bien.

P: -¿Hay diferencia de una madera a otra, cuál es la más dura?

R: -Bueno, duras son todas, pero hay unas que se cierran más que otras, al serrar se aprietan y a esas hay que meterlas mucha cuña para que no se te ajuste la sierra, si no no sube. ¡Todo es parecido!

P: -¿Qué tipos de madera?

R: -Roble.

P: -¿Roble la mayoría?

R: -Roble, haya, fresno... fresno, yo creo, que es el peor que se sierra. Y el chopo, ¿eh?. Te voy a decir una cosa, la alisa para madera no vale nada, es muy buena para cerramientos de fincas porque no se pudre. Lo mejor es el roble y el castaño, el castaño para tablas es lo mejor que hay y el roble para viguetas, cabrios y vigas. El principal es el roble.

P: -¿El chopo?

R: -A ese como le de por apretar...¡ojo!

P: -¿Utilizabais para las cabañas también el chopo?

R: -No, ese es para pasos de escalera.

P: -¿Para cosas de interior?

R: - Sí, de interior y para los retablos de las iglesias, para hacer una cabaña no vale.

P: -¿Por qué zonas estuviste?

R: -Por aquí todo.

P: -Toda la zona de Arredondo. ¿Ibais también para Soba?

R: -No, en Asón estuve bastante tiempo, en Peñas Rocías.

P: -¿Y en la zona de Ramales?

R: -No, había otras cuadrillas.

P: -¿Te acuerdas de alguna otra cuadrilla de por aquí?

R: -Un señor que ya se murió, Manuel Amilibia Sarasola.

P: -¿Era de Arredondo también?

R: -No, era vasco, vino aquí y se casó.

-
- P: -¿Para la zona de Matienzo, del monte Cruz Uzano?
- R: -Eran otros, en cada pueblo había una cuadrilla.
- P: -¿Había algún aserradero en Ramales?
- R: -En Gibaja, pero mucho después.
- P: -¿Hasta cuando estuviste trabajando?
- R: -Estuve unos años, pero lo dejé pronto. ¡Hombre!, luego iba por un vecino.
- P: -¿Encargos?
- R: -Sí.
- P: -¿En general, en qué años dejaron los serrones de trabajar?
- R: -En los años 50, después se acabó, era muy duro.
- P: -¿Era por contratas?
- R: -Para esta cabaña, para la otra, para esto...
- P: -¿La madera era de otra persona?
- R: -Sí, serrábamos donde lo habían comprado o como sería.
- P: -¿Cuál era el proceso, con qué cortabais?
- R: -A tronzador.
- P: -¿Y luego los desmochabais con el hacha o como era?
- R: -Primero hay que darle un pique por el lado que quieras que caiga, después hay que tronzarle a la medida que tengas, cuatro metros, cinco metros, tres, eso depende la medida que tengas para hacer la madera. Entonces hay que labrarlo.
- P: -¿Se labraba con el hacha?
- R: -Sí, el mismo hacha tiene dos bocas, una de hacho y otra de hacha. El hacho es para cortar y el hacha para labrar, son diferentes. Yo la tengo, esa la tengo guardada.
- P: -¿La guardas desde entonces?
- R: -Sí, esa la tengo, la otra herramienta no. Está ahí.
- P: -¿Lo serrabas en el mismo monte?
- R: -Sí, hacíamos un serradero con unas maderas y sujetábamos el made-ro con unos ganchos.
- P: -¿Cómo son esos ganchos?

R: -Los hay así en forma de «C»; y otros con un diente para acá y otro para allá. Los que traban la madera que va a ser para serrar tienen que ser distintos, unos en una mano y los otros a la otra.

P: -¿Y eso por qué?

R: -Porque uno traba el serradero por la derecha y la madera por la izquierda y el otro al revés. Son dos ganchos distintos, tiene que haber de las dos manos.

P: -¿Influye algo la luna?

R: -Sí, mucho, la madera en menguante; si quieres que la madera sea para casa o para un vecino eso, en menguante.

P: -¿La mejor luna?

R: -Para la madera de haya, de hornija, que no se mete el hacha porque si metes el hacha ya no hay nada que hacer. La hornija es un árbol derecho que no hay que quitarle la piel; ese le cortan en el mes de mayo, en el menguante de mayo y se deja secar. Se queda duro, duro que no hay clavo que entre que no se doble. Tiene que ser en el mes de mayo o a últimos de abril subiendo la savia, tiene que ser subiendo la «sangre» y en la luna, si es en creciente no hay nada que hacer. El haya es haya grande grande y la hornija es el haya joven, delgada. Hay sitios que igual hay roble para una cabaña, para unas viguetas, un cabrio y tal, pero no llega; entonces se corta una hornija para hacer el poste y se deja secar, a últimos de abril o mayo, en menguante, cuando empieza a subir la savia, y esa no se pudre nunca y no se le quita la corteza, porque si le entra el hacha se fastidió.

P: -¿Se trabajaba en el mismo monte o se bajaban los troncos abajo?

R: -Casi se hacía donde se cortaban porque después se manejaban mejor para llevarlos.

P: -¿Cómo se llevaban?

R: -Al hombro, la mayoría a cabañas de estas y se juntaban para llevar las vigas, cuatro, cinco, seis o diez si hacen falta.

P: -Eso pesa mucho.

R: -Se hacía, se trabajaba; entonces había gente en el pueblo, hoy no hay nada. A veces al lado mismo de la cabaña.

P: -¿Ayudabais a construir la cabaña?

R: -No, eso era cosa del dueño. Se cortaba madera por el encargo, se llevaba y ya está.

P: -¿Han venido aquí a trabajar serrones de otros lados?

R: -Sí, aquí vinieron tres a un monte, a Hoyo Negro.

P: -¿De dónde eran ellos?

R: -Cabuernigos; uno se llamaba Fonso, el mayor, que le llamábamos «el viejo»; el otro era José y el otro Julián, que se casó en Bustablao. Y José se casó en Riba.

P: -O sea, que vinieron y se quedaron.

R: -Dos se quedaron. Después vino otro hermano que se llamaba Vicente.

P: -¿Esta gente venía igual, al encargo?

R: -Ajustaban el monte a cortar y a hacer traviesas, porque de antes era mucha traviesa para el tren, de roble. Esos estuvieron mucho tiempo

P: -¿Se quedaban en alguna cabaña a vivir?

R: -No, esos bajaban a dormir aquí, a mi casa. Les hacía mi madre la comida y se la subía yo o mi hermano. Después se la hacía mi mujer.

P: -Explícame lo de la leña, que me han dicho que no se podía coger porque era del propietario del árbol; que si el lo deja sí, pero si no no.

R: -Eso es particular, cuando vas a un sitio tienes derecho a la coscoja.

P: -¿La coscoja?

R: -La piel del árbol y lo que quitas para hacerlo derecho.

P: -Cuéntame lo de las cintas.

R: -Para serrar hay que usar unas cintas. Esas cintas se hacen con lana, es una cuerda que lleva cuatro hilos, cuatro hilos por lo menos, si no son seis cuatro por lo menos. La coges de una esquina y la empiezas a dar vueltas a un hierro y ella se va para arriba, para arriba, para arriba, la doblas y empiezas por la otra punta «pan», «pan», «pan» y la atas. El tinte se hace con hierba, con helecho, con cosa que tinte. Se quema, lo mojas, porque se echa agua. Si son viguetas, pues a la medida que tengas, a siete, a catorce; las viguetas son de siete o de catorce. Las tablas son de dos centímetros y medio.

P: -¿La medida se toma con un metro de carpintero?

R: -Con un metro normal y vas marcando con la cinta, se usa una plomada.

P: -¿Cómo se mide la madera?

R: -La tabla por codos y la vigueta por pies.

R: -¿Cuánto es un codo y cuánto es un pie.

P: -Según, el metro tiene tres pies y medio, treinta y dos o treinta y tres centímetros, según. Yo tengo un metro inglés en pulgadas y 18 pulgadas inglesas es un pie. El codo tiene cuatro pies, pero se mide de esta manera, se mide la altura de la tabla y un costado.

P: -O sea, que se pone la tabla horizontal y se mide el costado de arriba y la cara.

R: -El costado y la caída.

P: -Eso es para la anchura, ¿y la longitud?

R: -Pues no, porque si es de treinta, treinta; de dieciocho, dieciocho.

P: -¿Para afilar las sierras?

R: -Hay limas para cada cosa, puede ser plana y redonda; se lima en diagonal para abajo, en la juntura de los dientes, los bordes; los dientes alternos, uno para acá y otro para allá, uno así y otro asao.

P: -¿Se empleaba mucho tiempo en ello?

R: -No, la costumbre.

P: -¿Había que limarlas mucho?

R: -Sí, era el descanso de la persona, de cortar más o de cortar menos, porque si no está afilada no avanzas nada.

P: -Mucho esfuerzo.

R: -Que no avanzas y de la otra manera pierdes quince minutos o veinte minutos en hacerlo, pero después adelantas el doble. Y sabiéndolo una vez lo haces enseguida.

P: -¿Las hachas vienen templadas o también hay que afilarlas?

R: -Esas hay que afilarlas con una lima en plano.

P: -Me han dicho que a las sierras se las daba sebo.

R: -Tocino...¡pero para el serrón, ja, ja, ja! Para comer en aquellos años se comía tocino, borona, alubias y poco más. ¡Eso sí, si no hay tocino no hay nada que hacer!

P: -Hay que comer bien para poder serrar.

R: -Hay que comer bien, si no de eso nada. Un puchero...El tocino que se daba a las sierras era tocino cocido, crudo no vale por la sal, la sal estropea la sierra, come el acero.

2. Entrevista a Alejandro Fernández

Nombre: Alejandro
Fernández Gómez.
Fecha de nacimiento: 18
de agosto de 1923.
Localidad: natural de
Villasevil, residente en
Penilla (Santiurde de
Toranzo).



Pregunta: -Cuéntame de los serrones.

Respuesta: -Nosotros vivíamos en la miseria, hablando en plata, en la miseria. Éramos ocho, ocho hijos y él, mi padre, se dedicó toda la vida a serrar, a tirar árboles, y yo, pues, le ayudaba también, yo iba con él a tirar árboles, a labrarlos, a serrar, con la sierra, los dos. Había veces que teníamos y otras veces que no teníamos.

P: -¿A qué montes subíais a trabajar?

R: -A los montes de por allí, de por allí cerca de Villasevil, allá en Acereda, Vejorís, los montes esos. Y alguno que mandaba por allí: «oye que hay que tirar ese árbol», pues que hay que tirar ese árbol; «que tienes que serrarlo, que tienes que hacer tabla, que tienes que hacer viguetas», pues lo hacíamos todo, todo.

P: -¿Qué tipos de árboles eran?

R: -Robles, la mayoría de ellos robles. Y aquí cuando serrábamos para la casa era de alisa y hay que cortarlo en su luna, hay una luna para la alisa que es la menguante de mayo, porque hay una época para cortarla.

P: -¿Te acuerdas de cada luna más o menos?

R: -Los árboles estos otros es en luna menguante, en luna menguante, pero la alisa es en mayo.

P: -¿Y con el roble da igual que mes?

R: -Es igual.

P: -¿Y el castaño y el nogal?

R: -Sí, eso es igual.

P: -Cuéntame un poco el procedimiento que hacíais. A vosotros os decían que hay que subir a tal monte...

R: -Y hay que tirar tantos árboles y hay que labrarlos, primero tirarlos, tronzarlos.

P: -¿Cortabais con hacha?

R: -Con tronzador y después hay que labrarlos.

P: -¿Con azuela?

R: -Con hacha, con el hacha de dos bocas.

P: -Para quitar la corteza.

R: -Eso es, después él tenía una lata que echaba no sé qué, es como una piedra negra que da como tinta.

P: -¿Añil puede ser?

R: -No es añil, era otra cosa, era como cayuela. Eso se echaba a mojo y después allí mojaba la cuerda y uno agarraba de una punta y otro de otra y así tiraba y ¡tras!, y quedaba marcada la cuerda; con eso se marcaba, no había otra cosa. Con eso hacíamos eso, después lo serrábamos para tabla, para viguetas. A tanta anchura, a tanto tanto, y salía. Todavía tengo yo viguetas aquí arriba, cuando se me quemó la casa se me quemaron muchísimas, pero bueno, que las serramos nosotros.

P: -¿El trabajo era de encargo, por ejemplo alguien que iba a hacer una cabaña o una casa?

R: -Sí, tienes que tirarme este árbol, tienes que hacerme estas viguetas, tienes que hacerme esta ripia, tienes que hacerme esta tabla, pues él te encargaba y tienes que tirarlo, trazarlo y todo. Montar el serradero, se montan cuatro «pinaos» y si estaba, por ejemplo, un «terreplén», mejor; se hacía un poco valle por bajo, un poco torco, así para meterse debajo. Contra una cuesta era mucho

mejor hacer el serradero, ¿sabes? Nos poníamos uno arriba y otro abajo, ¡y venga candelero!

P: -Lo de estar arriba o abajo tiene su cosa porque creo que uno tira más que el otro.

R: -¡Coño, el de abajo!, trabaja mucho más. Ya te digo que si el de arriba no te ayuda, te mata. Ahora, si te ayuda así, ¡ras!, te hace así, ¡ras!, tú la das bien. Pero como te la encare, te revienta. Él empuja como para fuera, y tú ya tiras para él. No quisiera nada más que lo vieras, es un trabajo terrible.

P: -¿A qué edad empezaste tú?

R: -¿Yo?, empecé ya...tenía veintitantos años.

P: -O sea, que hay que estar bien hecho.

R: -Sí, sí. No, no, un chiquillo no puede, no, no, no, es un trabajo muy duro. Porque mi madre decía a mi padre: «anda, que estás enseñando a todos por ahí, a todos los vecinos los enseñas a serrar y a los hijos no los enseña nadie»; «para que los voy a enseñar si es un reventadero, esto es un mata hombres»

P: -¿Había mucha gente que se dedicara a ello en el valle de Toranzo o era gente concreta?

R: -No, no, no había. Había otros aquí en Iruz, Emilio el serrón que llamaban. Por aquí no había más, gente contada. Ése y mi padre, no había más. Y «el Zorro» en Corvera.

P: -Me han dicho que venía gente de Cabuérniga y de Liébana.

R: -Sí, algunos venían de por ahí; claro, si no dabas a basto, pues siempre buscaban de otro sitio.

P: -¿Influyen las inclemencias del tiempo en el trabajo del monte?

R: -Si está seco mucho mejor, pero si hay que trabajar hay que trabajar, no sirven historias. Había que trabajar independientemente de cómo hiciera, había que ir por narices, nada más, pues eso. Ya hace bastante que se ha terminado, ya no se hace nada de esto, como ya hay motosierras y máquinas de serrar ya no es igual que antes, porque hoy con una motosierra de esas ya te labras un madero y ya ni hachas ni nada. Y antes no, había que hacerlo todo a puro mano, con el hacha. Hoy no, y para tirar un árbol tampoco, antes con el tronizador y

hoy con la motosierra tiras un árbol, pues, en nada, claro.

P: -¿Te acuerdas de alguna anécdota o alguna cosa curiosa que te pasara trabajando con tu padre?

R: -Pues a mí nada, porque yo he trabajado poco en esto, yo he estado casi siempre por ahí cuidando vacas y eso. Pero esto lo aproveché bien, lo aproveché bien aprovechado. Mi padre ha enseñado a cuatro o cinco de Villasevil y otro de Santiurde, de La Molina, sí, sí, ha enseñado a unos cuantos. Y era cuando decía mi madre: «oye, pues enseña a un hijo, porque para aquí., porque para allá, y luego pueden hacerlo ellos».

P: -Me dijiste el otro día algo que pasó de una apuesta entre «el Zorro» de Corvera y tu padre.

R: -Porque bajaban de la cabaña de arreglar las vacas y los pesqué hablando y no me enteré de nada y teníamos el madero puesto en el serradero y, claro, él ya se marchó, «pues bueno, hasta luego, no sé qué»; «hasta luego». Bueno, nos pusimos al madero, «pin pan», «pin pan». «Oye, coño, que me cago en la leche, ¡joder!, ¿pero qué pasa?». Y «ras», y él no me hacía nada y no me ayudaba y no me ayudaba, y «ras» y «ras», ¡joder! Y claro, me pegué una soba de estas de aquí te espero. Y cuando fue el tío le pesqué yo hablando y dice: «¿qué, no has podido con él?». Ya habíamos terminado el madero. Y dice: «no, no, y tiene, tiene y vale, vale». ¿Vale, vale? Y digo: «¡ah, amigo, ¿qué queríais, joderme entre los dos? Me las he llevado todas». Él no hacía más que encararmelas y yo llevarlas para abajo hasta que salió el madero entero. Entonces estaba yo fuerte, recién venido de la mili, entonces tendría yo 22 ó 23 años, estaba yo en la flor de la vida, coño, no es como hoy que tengo 77 años ya, ¡joder!

P: -¿Cómo empezó tu padre a trabajar en el monte, era tradición en casa?

R: -Sí, sí, de toda la vida. Mi padre era serrón y hacía de todo, iba al río y era un de aquí te espero para las truchas y salmones. Hacía de todo, el hombre, de todo. Y te voy a decir que no comía, no comía, lo que hacía es beber mucho y yo también bebía entonces mucho. Y a él le mantenía la bebida, en aquellos tiempos no había que comer. Éramos ocho y ellos dos diez, ¡joder! Por las noches a lo mejor venía un poco «calientín», con el tiempo de la torta de maíz y eso, y se metía una tortuca y lo dejaba por ahí y por la mañana estaba-

mos a ver dónde había dejado el cacho torta, no lo comía él y lo dejaba e íbamos como culebras a comerlo del hambre que teníamos. ¡Ay, qué putas las pasamos, compañero, joder!

P: -Eran malos tiempos.

R: -Las pasamos de aquí...y muchas noches se cenaba a lo mejor arenques, un arenque le partían para tres, la cabeza, el medio y la cola. Hoy me toca a mí la cabeza, hoy me toca a mí el medio, hoy me toca la cola. Mañana, no, hoy me toca a mí esto porque ayer yo comí eso y nos engarrábamos en casa porque no había que comer, ¡joder! Las pasamos negras.

P: -¿Teníais ganado?

R: -Tres o cuatro vacas y lo demás aparcería. Tenía con un señor que era de ahí, de Castañeda, don Felipe Lloreda se llamaba. Y después en Villasevil había otro que tenía vacas en aparcería y mi padre, pues cuando paría una cría, si tenía dos, una era tuya y otra mía, y a las crías las tenían más cuidadas que a las otras que iban al monte. «¡Mira fulano que las crías de él las tiene no sé qué y las otras las echa al monte!» Pues se deshizo de ellas porque la gente era muy mala gente y se quedó sin ellas y así fue de él y de las de él.

P: -¿Recuerdas algo más?

R: -Que las hemos pasado negras, muy negras, sin comer y había que tirar y yo también he tirado muchos robles sólo, muchísimos, sin ayuda, a hacha y a hacha, con un serrote, con lo que fuera. En Villasevil había un cagigal, ahí donde está el campo de fútbol, ahí había un cagigal. Mi padre estaba con uno de Acereda, un tal Machaco, y estaba un señor de ahí, no me acuerdo como se llamaba, y le dicen: «quítate de ahí que te va a caer», no se quiso quitar y le machacó el roble que tiraron.

P: -¿Le mató?

R: -¡Le mató!, sí, sí, sí, fue muy gorda, ¡joder!, «que le hemos dicho que se quitara que caía el árbol y le cayó encima». Ahí tiraron muchísimo, hoy no hay nada, ¡qué arbolado había! Eso lo tiró él con el otro, y yo también.

P: -Me imagino que cuando plantaron los primeros eucaliptos se fue bastante del trabajo.

R: -Sí, pero mi padre no se dedicó a eso.

3. Entrevista a Lalo y el Alcalde

Nombre: Agustín Ortiz Lazagabaster, «el Alcalde».

Fecha de nacimiento: 22 de agosto de 1936.

Nombre: Gerardo Ortiz Lazagabaster, «Lalo».

Fecha de nacimiento: 19 de noviembre de 1937.

Localidad: ambos naturales de Cueva y residentes en Penilla (Santiurde de Toranzo).



Pregunta: -Yo quería que me hablarais de vuestro padre, que fue el que estuvo de serrón.

Agustín: -Mi padre trabajó con Agustín el tabernero, sí, con el que más.

P: -¿Tu padre era de Cueva?

A: -Mi padre era de Cueva.

P: -¿Agustín el tabernero de dónde era?

A: -Era de El Soto.

Gerardo: -Era de San Martín, el padre era de San Martín, pero tenían la tienda de los de El Soto, de Los Martínez esos que tienen el pienso y todo eso.

Primero tiraron todos los robles que había aquí en Roseda, en Rutrabe. Todos esos bosques los tiraron para Agustín. Los de Roseda los tiraron mucho Remigio y Manolo, los de Iruz.

A: -Sí, pero él estuvo con ellos.

G: -Cuando hacían las traviesas del Norte.

P: -¿Las traviesas del tren?

G: -Sí.

P: -O sea, que cuando iba a trabajar al monte era por encargo de otra gente.

A: -Ellos estaban al mando de Agustín, diría yo.

G: -Hacían las traviesas para el tren, lo bajaban luego a la estación de El Soto y allí embarcaban todas las traviesas. Las había del Norte y algunas eran para el de aquí, para el de Astillero-Ontaneda, pero menos.

P: -¿Sobre qué año fue eso?

G: -El 48 o por ahí.

P: -¿Hasta qué año estuvieron trabajando aquí los serrones?

A: -Hace cuarenta años bajamos aquí a Penilla, entonces él ya no trabajó la madera; 45 años diría yo.

P: -¿Siguió habiendo gente que hacía de serrón o después no?

A: -No.

G: -Primero venían de Potes, que fue cuando tiraron todo lo de Roseda, arriba de donde está la cueva Piz, aquello era todo bosque entero y eso lo tiraron los de Potes.

P: -¿Los que venían de Potes se quedaban todo el tiempo?

G: -Se quedaban en una cabaña, en el pajar, en la cabaña de Rosaura. Allí se quedaban en el pajar, hacían alubias y tocino y cuando venía el día, a trabajar, a serrar, a tirar los árboles. Después los metían en el caballete y allí cogían la sierra esa grande e iban haciendo las tablas.

A: -Allí lo deshilachaban y a hacha también.

P: -¿Para marcar el tronco cómo lo hacían?

A: -Con una cinta.

G: -Con una cinta y añil.

A: -Cogían la cinta, tiraban y quedaba marcado.

P: -Me dijo Alejandro que lo hacían también con otra piedra, pero que no se acuerda cuál era, ¿lo sabéis vosotros?

A: -No, tenían una lata y lo mojaban con agua y después tiraban del centro y quedaba marcado, y por ahí es por donde cortaban.

P: -¿Cuándo venían cuadrillas de fuera era porque no había suficiente gente aquí para esto?

A: -Había gente que no se dedicaba. Y entender, en la madera, los de fuera entendían más.

P: -¿Qué los de aquí?

A: -Yo pienso que sí.

G: -De la parte de Liébana eran siempre los serrones. Habían venido y se habían casado aquí en El Soto, que es donde había serrones. Tomás el serrón era porque había sido serrón en su tierra, lo que pasa que aquí él se dedicó a comprar madera, pero ya al trabajo cuando vino aquí no, porque Tomás el serrón era de Liébana y de aquí de Iruz eran tres, el padre, Emilio, y los dos hijos, Remigio y Manolo. Incluso cuando la guerra estuvieron aquí metidos.

P: -¿Escondidos?

G: -Sí.

A: -Y no hay que olvidar a Pedro Campano.

P: -¿De dónde era Pedro Campano?

A: -De Escobedo de Villafufre, de esa zona. Y muy trabajador.

P: -¿Vuestro padre estuvo siempre trabajando en el monte o tuvo sus vacas?

A: -Él tenía sus vacas e iba a temporadas.

P: -¿Vosotros le ayudábais en el monte?

A: -Le llevábamos la comida y traíamos para acá leña.

G: -Cuando tiraron el bosque de Los Hoyos estuvo mucho tiempo tirando y le llevaba la comida y luego volvía cargado de piñas, si eran pinos, que había veces que estaba mezclado pino y roble. A veces tiraban roble y a veces tiraban pino, cuando tiraban los robles, pues de la labra de eso cargado con el coloño de la leña.



A: -Entonces se usaba, la leña se miraba muchísimo, para hacer la comida no había otra cosa. La leña no se la daban a todos.

G: -Estos de Iruz me daban a mí la labra de eso porque les llevaba mangos para las hachas y cosas que tenía mi padre de fresno. El fresno se cortaba siempre en el primer menguante de enero, que es el mejor para la madera, toda la madera, tengo entendido, menos la alisa.

P: -Me dijo Alejandro que la alisa se cortaba en la luna de mayo.

G: -El roble, el fresno y todo eso es el primer menguante de enero la mejor.

A: -El primer trozo de abajo del árbol para hacer colleras, el segundo trozo ya no es tan bueno, no tiene la correa que el otro.

P: -¿Esa parte alta que decís vosotros, para qué la utilizaban?

G: -Para hacer rastrillos si no tenía nudos. Las colleras tenían que ser machos.

A: -Porque el árbol del fresno hay macho y hembra. La hembra tiene semilla y el macho es más fino y tiene la hoja más morada.

P: -O sea, que dependiendo del sexo sirve para una cosa u otra

G: -Por ejemplo, la hembra para armar colleras no valía, tenía menos correa y se rompía, tenía que ser macho. Luego tiene la piel más recia la hembra, el macho más fina y dobla muy bien. Hay que esperar a la luna de enero, tirar el árbol al suelo y esperar a que se quede un poco mustio.

P: -¿El tronco le trabajaban allí mismo en el monte o lo bajaban aquí?

G: -El tronco se bajaba a casa y luego le abrían con unas cuñas y le hacían trozos, si era para colleras a la medida de la collera; si era para astas, pues, a la medida del asta, astas de dalle.

P: -¿Cómo lo bajaban del monte?

G: -Al hombro, porque no se podía bajar a rastras con un animal porque si fastidiaban la piel, ¡adiós!.

A: -Había que conservar la piel como estaba, porque un golpe que tendría ya no valía; por ejemplo, para colleras, a la hora de doblar ya no valía, partía. Tenía que ser con la piel completamente sana.

P: -¿A parte de las traviesas, había encargos particulares para hacer vigas

para casas, tillado y cosas así?

A: -Sí, pero eso no era serrado, eso era labrado todo a hacha.

P: -Les daban las medidas y lo iban haciendo.

A: -Lo iban haciendo y todo era labrado a hacha. Se iba quitando lo malo del roble, que es la albura que se llama, que lo llamamos nosotros, que es lo de fuera, la piel y un poco más de la piel, hasta el corazón; el corazón ya se ve, lo de fuera es más blanco.

P: -Es lo que hay entre la corteza y la madera.

G: -Es una capa que no vale, por ejemplo, si no se la quitas empieza a picarse, se apolilla y queda el corazón sano, lo bueno no se apolilla; lo de dentro si está cortado en buen tiempo, en buena luna, no se apolilla nunca.

P: -¿A la madera cortada le daban algún tratamiento?

A: -Ahí no había tratamiento ninguno.

P: -¿Lo dejaban secar en algún lado?

A: -Lo único que se podía hacer era meterlo en un regato de agua, si tenía que secar un poco rápido, para que la corriente se llevara la savia.

P: -¿Ese agua no le afecta?

G: -No. Por ejemplo, la madera de castaño para hacer muebles. Mi padre cortaba a lo mejor unos cuantos castaños porque él hacía marcos de puertas, ventanas, todo eso lo hacía él en casa.

P: -¿Carpintero también?

G: -Sí, que éste tiene todavía parte de la herramienta.

A: -Cinio Cebada le hizo a mi padre un gabinete de madera de castaño y ahí está, y ese durará, yo pienso, que toda la vida.

G: -Mi padre hizo una cuadra nueva, allá en Cueva, y lo hizo todo él entero, puertas, ventanas, todo. Hizo para comer por delante, que antes no se conocía, no es como hoy que cualquiera para con el tractor, entonces no se conocía el echar de comer a las vacas por delante, había que entrar entre ellas a echarlas la comida. Mi padre lo hizo todo, las pesebreras...

A: -Tengo una masera de castaño de una pieza, ¿sabes lo qué es?, para amasar la torta. Esa la hizo él y la paleta también está. La hizo toda de una pieza y sacado todo lo de dentro con azuela.

P: -¿Eran también carpintero los otros serrones que conocéis?

G: -Pienso que se dedicaban solo a la madera, porque estos de aquí de Iruz, era el padre y los dos hijos, siempre estaban en el monte.

P: -Creo que hay una manera especial de afilar las sierras.

G: -La sierra, la sierra de mano, el tronizador y todo eso lo terciaban, había un terciador para darle cabida, si no no corre.

A: -Un poco más ancho, que haya espacio entre los dientes.

G: -Había dos clases de terciador, uno que era como un alicate y otro que era fijo, porque era como una pletina que llevaba unas muescas, cada muesca era una medida; y ese le cogían, le metían en la muesca así para bajo, iban torciendo, le daban vuelta y hacían la otra fila con el mismo movimiento porque si te pasabas un poco ya iba para el otro lado.

A: -Sin embargo, el otro para el serrote le regula y sobre ese van todos. Pero ese que dice mi hermano es, más bien, para la sierra.

P: -¿Se sacaba filo a los dientes?

A: -Sí, con la lima.

G: -Además, tenían que estar limando mucho las sierras, lo mismo que las hachas de dos bocas.

P: -¿Por qué utilizaban las hachas de dos bocas y no las normales?

G: -La de dos bocas era una que era más ancha y la otra para cosa de nudos y eso.

A: -Para desnudar.

G: -Para quitar los nudos era la boca más pequeña.

A: -El peto.

G: -Era como un peto, pero era otra cosa, no cortaba tanto, no gastaba tanta madera.

A: -El peto es más estrecho y para desnudar da más seguridad.

G: -Por eso la usaban de dos bocas. Yo no sé cómo entonces podrían templar el acero, porque eso era todo hecho a fragua.

P: -¿Eran de herrero?

G: -Sí, de herrero.

A: -Aquí en La Prada había un herrero y había otro, todavía le hay, el her-

mano, el hijo y el nieto en Iruz.

P: -O sea, que había uno en Puente Viesgo y otro en Iruz, ¿sabéis si había alguno más por Santiurde o por ahí?

A: -No, yo pienso que los más cercanos eran estos de Puente Viesgo, el de La Prada, y el de Iruz.

P: -¿Las hachas de dos bocas tenían el mango más largo?

A: -Sí, sí, pero muy largo tampoco, exagerado el mango no es porque se domina mal.

P: -¿De un metro o así?

A: -O un poco más.

P: -¿Os acordáis de alguna anécdota que le pasara a tu padre o a los que trabajaban con él?

A: -Que estaban cargando los obreros la madera en la estación de El Soto y había unos cuantos obreros y entre ellos había uno limpio. La gente que estaba trabajando estaba pringada porque a la madera hay que cargarla empujando, hay que agarrarla con palancas y hay que arrimarse y tal. Entonces, llega el amo, Manuel el largo que le llamaban, y había uno que estaba sin marcharse y dice: «¿coño!, mira éste que curioso, que curioso tú, mira. ¡Mañana no vengas!»

G: -Había que mancharse.

A: -Había que dar el cayo y, claro, los hombres estaban todos pringados porque había que cargar la madera a los vagones y aquel hombre, pues, estaba limpio porque no se manchaba de trabajar.

G: -Yo me acuerdo una vez que estábamos ahí en Rutrabe, que estaba mi padre labrando un roble, cortó una quima, que se conoce que estaba haciendo fuerza sobre el suelo, y al cortarla se giró el madero, estaba encima en un puente en un regato, y se giró el madero y él vio que se vencía y lanzó el hacha para no cortarse con el hacha, con tan mala suerte que cayó el hacha así pinada, con el mango para arriba, con el corte para arriba, y fue caer con el pie en el hacha y se cortó el pie; el hacha pasó la bota.

P: -¿Se recuperó?

A: -Sí, sí, pero estuvo mucho tiempo con el pie mal. Es que fue una putada impresionante.



G: -El calzado que se usaba entonces eran las botas de cuero con tachuelas, entonces no las tendría puestas porque eran malas para trabajar la madera.

P: -¿Qué calzado se llevaba, subían con albarcas?

A: -Sí.

G: -Con albarcas y zapatillas. Lo que pasa que en el monte, cuando no llovía, se quitaban las albarcas y se quedaban en zapatillas, y ese día estaría en zapatillas porque con las otras botas no le pasaría porque las tachuelas no dejan entrar.

P: -¿Sabéis algo más de las herramientas?

G: -Lo que es toda la cosa de carpintería, toda se hacía a mano.

A: -Tenemos garlopas y cepillos para hacer las canales de los marcos y todo eso; no se usan pero ahí están.

P: -Tendría un banco de carpintero.

A: -Sí, sí, el banco de carpintero hasta hace poco estaba por ahí, ahora ya no, se abrió al medio y ya no.

P: -¿El banco le hizo él también?

A: -Sí, ese le hizo él, con el torno y todo.

G: -Lo único que tenía de hierro era el usillo.

P: -¿Para hacer las ventanas utilizaba puntas de hierro o usaba espárragos de madera y cola?

G: -Todo de madera, pero todavía no había cola o por lo menos no la usaba.

P: -¿Era sólo el espárrago y a presión?

A: - A presión y bien ajustado y una cuña al final.

G: -Hoy con las máquinas lo ajustan hasta bien, pero entonces, amigo, no había máquinas.

P: -¿Era muy difícil?

A: -Difícil, pero había que tener buena idea.

P: -Más cabeza que otra cosa.

A: -Claro. Lo que es curioso es que mi hijo también es carpintero, sigue la tradición de alguna manera.

P: -¿A las cuñas grandes que se usaban para abrir los troncos les daban

con una maza normal o era otra especial?

A: -Normal, yo creo que la que había allí era de dos kilos o así.

G: -Pero las hay mayores.

P: -¿Qué maderas son las más duras y cuáles las más blandas a la hora de trabajarlas?

A: -La acacia, la encina y el roble es lo más duro diría yo.

G: -El más duro, lo que pasa que hace un siglo que por aquí no se ven, es el tejo. Eso es durísimo, es una de las maderas más duras que hay, lo que pasa que para encontrar un tejo es muy difícil, lo que es aquí en la provincia de Santander hay muy pocos.

P: -Por lo que me habéis contado había mucho bosque autóctono de roble y de encina y cosas así.

G: -Lo que es roble y castaño sí, más roble.

P: -O sea, que fue en los años 40 y 50 cuando se cortaron todos y se hizo «prao» y eucaliptal.

G: -Lo que valía para «prao» «prao» y lo que no, monte de eucalipto. Parte eucalipto y parte pino, pino poco. Ahora, hay todavía donde se cortaron los robles, en la parte de Rutrabe, que está roble y castaño. Eso lleva muchos años, el roble tarda cien años en estar un poco en condiciones.

P: -¿Está creciendo?

G: -Está creciendo, hay bastante, lo que es de Rutrabe y arriba, lo que tiene el tío Antonio en El Bardalón, también hay de castaño y roble; no es que sea exagerado de ello.

P: -Trabajaron con maderas nobles porque el eucalipto lo tiran los tala-dores y eso no tiene secreto.

G: -El eucalipto para la afea de mina y ahora para las papeleras.

A: -El eucalipto también se utiliza para maderas y tabla.

P: -Sí, pero eso lo hacen los leñadores normales con motosierras o en serrerías. ¿Sabéis algo del molino de El Soto, que allí también cortaban made-ra aprovechando la corriente del río Pas?

G: -Ese también tenía sierra y ahí bajaban la madera y hacían carros.

A: -Hacían las ruedas y todo, la caja del carro y todo. Y el hierro.



G: -Tenían una fragua y lo hacían ellos todo. Ahora queda el hijo pero ya no trabaja. Pero Victor Ordóñez, Victor el molinero que le llamaban, que tenía el molino y la sierra y hacían los carros.

A: -Ahí serraban también madera la gente, los vecinos. Era la única sierra por aquí.

G: -Y los Ibáñez en Puente Viesgo.

A: -Pero más tarde, yo pienso que era más antigua ésta de El Soto.

4. Entrevista a Tivo

Nombre: Primitivo González Ferrero, «Tivo».

Fecha de nacimiento: 10 de abril de 1928.

Localidad: Correpoco (Los Tojos).



Pregunta: -Tu padre fue herrero, ¿trabajaste tú también de eso?

Respuesta: -Sí, pero como había poco trabajo no compensaba la cosa de trabajar en ello y lo dejamos y nos pusimos a cortar madera. También trabajé la piedra, la tapia de fuera de la casa de la hija en Renedo de Cabuérniga la hice yo.

P: -¿Las herramientas las hiciste tú?

R: -Sí, las hachas y todo.

P: -¿Cuándo empezaste con los árboles?

R: -A los 26 años o por ahí.

P: -¿Dónde has estado cortando?

R: -Por toda Cantabria, en Burgos también; en Resconorio, un pueblo que hay en El Escudo, que íbamos para allí por el Saja a Reinosa y Polientes y entrábamos por abajo; en Reinosa, por Campóo y los montes del Saja, en Los Tojos. Estuvimos qué sé yo de años cortando a mano, con tronizador y con hachos. La madera la sacaban en rollos para la sierra y así nos tiramos trabajando para varia gente, para La Forestal, para Mantilla; nos tiramos lo menos seis años o más cortando a mano y después ya empezaron a venir las motosierras y era un poco más de alivio, pero también es costoso porque esas motosierras pesan bastante y si,

por ejemplo, eres torpe y no caen siempre en buenos sitios, pues hay que tener cuidado porque se puede botar. Yo nunca me corté.

P: -Pero ha habido accidentes.

R: -Sí, sí, a mano nunca, pero con la máquina sí, sí. Yo estaba cortando un lote de madera, que se había quedado un muchacho de Saja que se llamaba Ito, y al cortar una raíz, y ya sabes que la raíz saca un «sombbrero» grandísimo, y según la corté, pues, rodó y por detrás me cogió y me rompió un brazo y la pierna izquierda. Estuve cinco meses en el paro y la rehabilitación tres meses largos. A uno de Polaciones que estuvo conmigo también lo cogió una raíz, a ese lo apañó más y estuvo más tiempo de baja.

P: -¿En Polaciones estuviste cortando también?

R: -En Polaciones estuve cortando una subasta que la habían ajustado unos muchachos para mi cuenta y los había roto unas hayas la máquina y lo dejaron y se fueron; y fuimos nosotros para acabar de cortarla, que era para La Forestal.

P: -¿Vosotros cortabais la madera en luna menguante?

R: -No, no, no, allí cortábamos la madera cuando hacía falta. Íbamos echando hostias, no mirábamos luna ni nada. Y para lo que era la madera era mejor, la madera que es para un mueble mejor con luna y si no hay que tratarlo. ¡Hombre!, ya le dan un tratamiento, después de seco, que es lo mismo y no coge polilla. Es mejor cortar en menguante y te voy a decir que en los meses con «R», de octubre a últimos de abril, si no hay que meter los troncos en el río para que el agua se lleve la savia. A nivel industrial da igual cuando se sierra por el tratamiento que le dan a la madera.

P: -¿Qué tipo de madera cortabais más?

R: -La mayoría era más casi haya que roble, pero también cortábamos chopos de la carretera, plátanos, «ecálitos».

P: -Me has enseñado mangos de dalle, rastrillos y otras piezas que haces tú de artesanía, como yugos y albarcas, ¿con quién aprendiste?

R: -Lo aprendí de joven, con un vecino de Correpoco que se llamaba Antonio Ruiz Somavilla, que está casado en Viaña. También lo hacía el difunto mi padre cuando vino aquí, porque mi padre era de Ontoria y hacía la carretera a Barcena Mayor entonces, estuvo haciendo la carretera, se tropezó con mi

madre de casualidad y ahí tuvo los hijos. En la fragua, que él vino de herrero a la carretera de Barcena Mayor. Él crió los hijos y luego empezó a hacer rastrillos, porque la fragua le daba poco, y empezó a cortar mangos, a hacer mangos para rastrillos, para azadas...

P: -¿Eso de qué madera lo haceis?

R: -Avellano y salce también. Hacía palones también, palones que valen para las chismas para coger angulas y esto.

P: -Redeños.

R: -En La Acebosa, cerca de San Vicente de la Barquera, cortamos un «ecálito» grande, ¡grande era!; tenía dos sesenta de diámetro y 25 metros de largo el tronco. Hicimos dos quillas, que estuvimos una semana entera haciéndolas, las hicimos de «ecálito» porque no se pudre debajo del agua. También cortamos otro «ecálito» también de 25 metros pero de uno ochenta y cinco de diámetro.

P: -¿Eso a sierra?

R: -A sierra y a hacho, labrándolo a hacho y serrándolo a sierra de serrón.

P: -¿Os pondríais tres con la sierra?

R: -Tres, dos abajo, un hermano mío, Paco, y un hombre que le llamaban Chano el de Barcena Mayor, y allí nos tiramos una semana entera.

P: -¿Tú te ponía arriba?

R: -Sí, yo me ponía arriba, yo los bordeaba, yo los labraba y ellos me cortaban la madera hasta la línea que marcaba la cuerda.

P: -Explícame lo de la cuerda.

R: -La cuerda la hacíamos de lana, la hacía yo con lana de oveja.

P: -¿Con una plumada?

R: -Sí, se quemaba un poco de hierba para hacer el tinte y después se mojaba la cuerda, se metía en el tinte y se untaba bien la cuerda y se tiraba un poco para que no sacara mucho tinte, para que al pegar la cuerda que no saliera borrón ni nada. Marcabas las líneas bien y a serrar.

P: -Me imagino que para serrar las quillas de 25 metros tuvisteis que hacer un caballete enorme.

R: -Un caballete que manda cojones, porque eran dos vigas que se ponían encima del chisme. Había allí «ecálitos» para cortar lo que hiciera falta, había

comprado el dueño, el que mandaba las vigas, un lote de «ecálitos» y lo que no hacía falta lo cortábamos para ponerlo allí.

P: -¿Dónde lo hicisteis?

R: -Contra la vía del tren, que había un vallejo grande. Cortamos dos bastante buenos, los arrimamos allí para hacer las pinadas; después de labrar, dándole vueltas lo llevamos hasta los varales y a serrar. Al arbolón lo tuvimos que amarrar con una cadena para que no se nos troncase al serrarlo. También hicimos las varetas, las tablas que van entre las costillas del barco. El amo de las quillas, que las llevaba a San Vicente, todas las tardes estaba allí dándonos la lata y un día le dije: «a ver si un día traes un poco para merendar, no nos jodas». Sí nos trajo algo, sí. Pero para eso el de La forestal era muy malo, a uno que se desvió un poco de la línea al serrar, que estropeó una tabla, le echó. Después trabé para Astilleros Pompeyo.

P: -¿Para Astilleros Pompeyo en Santander?

R: -Sí, en el taller de Pompeyo estuvimos lo menos 20 ó 30 días para hacer quillas, nada más quillas. Y el amo decía: «tuve aquí unos obreros de Portugal que traían una sierra de arco y como tenía poco recorrido tardaban, para labrar eran unos inútiles; así que me fastidiaron aquello y yo me quemaba la sangre con ellos porque no me resolvían nada». Allí hacían el morro de los barcos de madera de fresno, las proas eran de fresno porque dobla muy bien. Mojaban la madera para poder darle forma y luego la calentaban al fuego para que no la perdiera.

P: -¿Cuándo estabais serrando, lo hacíais de una vez?

R: -De un tirón; metíamos los tres hilos, le cambiaba el cabezal un poco para atrás para meter la sierra y después le dábamos hasta que salíamos al otro lado.

P: -¿Tú te ponías arriba e ibas pisando el tronco?

R: -Sí, pisando el tronco.

P: -¿No queda un poco al final, no casca un poco lo último?

R: -Sí te queda un poco, está lo justo donde apoya la viga, no había que arrimar para no picar el caballete.

P: -¿Eso va roto?

R: -Eso le dábamos con el hacho y cascaba bien.

P: -¿Cuándo ibais a trabajar fuera, cómo lo hacíais, estabais unos días allí, volvíais a casa durante el fin de semana?

R: -Cuando íbamos a mano con el tronzador, por la parte de Bárcena Mayor, nos quedábamos en un invernadero y ahí a pecho todos los días. Éramos cinco en aquella vega cortando hayas y robles, y venga todos los días.

P: -¿Qué comíais?

R: -Pues tocino y alubias. Nos quedábamos en el invernadero y la mayoría lo teníamos en el invernadero para cuando nos veníamos a quedar allí. Después, cogíamos la olla con las alubias que íbamos a poner y al monte; poníamos las alubias allá, uno siempre estaba al tanto de ellas para echar la vista un poco que no se quemaran, y los otros «pin pan» hasta la hora. Y el tocino una vez llevaba, para mi cuenta, mucho tiempo y bajamos una tarde que nos bajamos para casa y resulta que el tocino ya estaba como si estuviera un poco rancio de estar mucho tiempo allí colgado, y uno de los muchachos que había allá lo comió y se puso los labios que no podía ni comer. Estaba atrasado. Pero tenía catorce centímetros de gordo el tocino, yo cogía el hacho y, en una cepa que había allí, le pegaba un viaje allí igual que el machete.

P: -¿Cortabas el tocino con el hacho?

R: -Salía una tajada de la hostia. Freía un torrezno para comer detrás de las alubias y la grasa que quedaba, pues, lo echábamos a las alubias para guisarlas.

P: -Un trabajo duro.

R: -Un trabajo duro y malo, un trabajo bravo, no había otra cosa.

P: -¿Cómo hacíais el ajuste con el amo, en metros cúbicos, en estéreos?

R: -Sí, empezamos a cortar, que después lo empezaron a subir, pero muy poco a poco.

P: -¿Recuerdas a cuánto os pagaban?

R: -Nos pagaban a 30 pesetas el metro cúbico, 30 pesetas.

P: -Tanto hacíais, tanto cobrabais.

R: -Tantos metros, tantas pesetas. Nosotros íbamos cortando la madera y lo íbamos midiendo y al final lo íbamos cubicando. Lo cubicaba yo todas las noches, después de que estaba la subasta hecha entera hacía yo la cuenta, en la libreta tenía allí en cada hoja los metros que tenía, sumaba todos aquellos metros

en una hoja para cobrársela al amo de la madera . A 30 pesetas los metros que fueran, a 30 pesetas cuando yo empecé.

P:- ¿A la hoja de la sierra le dabais tocino o no?

R:- No le dábamos nada, el tocino era para nosotros. Estaba el acero fino, blanqueaba que era la hostia, había que sobarlo fuerte. El tocino era para nosotros, para el tronizador nada.

P:- ¿Afilabas tú también?

R:- Sí.

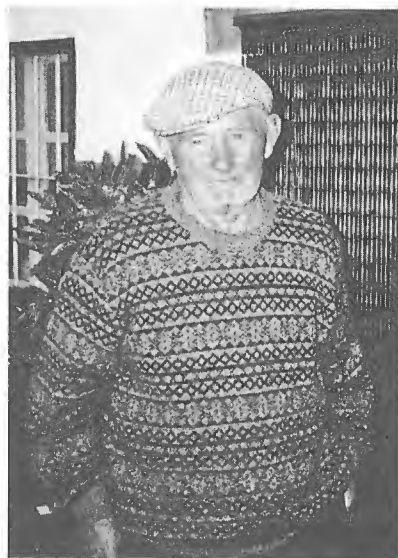
P:- ¿Qué lima tenía?

R:- Era una lima plana, con los cantos redondos, que era de tamaño mediano.

P:- ¿A la sierra también?

R:- Sí, a la sierra la limábamos con otra clase de lima, era una media caña que iba en bombeo, bombeada; tenía una plana y otra media caña por detrás.

5. Entrevista a Joaquín Osoro



Nombre: Joaquín Osoro Soberón.
Fecha de nacimiento: 18 de agosto de 1921.
Localidad: Santa María de Aguayo.

Pregunta: -Quería hablar contigo un poquitín de esta zona, de Aguayo, del aprovechamiento del monte, porque me han dicho que tú, a parte de haber sido carbonero, también hacías mangos, "palillos".

Respuesta: -Sí, sí, cuando el carbón iba mal, que se vendía flojo, pues hacía palillos.

P: -¿Los hacías de avellano?

R: -Sí, todo de avellano, el carbón no, el carbón era todo de haya, roble también, pero como aquí el roble no hay mucho, aquí hay más haya que roble.

P: -¿Cuando empezaste a trabajar?

R: - ¡Huy, huy!, de niño, porque éramos cinco hermanos y era el mayor y era por ayudar a mi padre algo, a cargárselo, a traérselo aquí. P.: -¿Aprendiste de tu padre?

R: -Claro, es una cosa que viene de antiguo, aquí es de siglos.

P: -¿En casa tenías ganado?

R: -Se sembraba algo, ganado no teníamos, yo creo que nada, una vaca o

dos, se sembraban patatas, algo trigo, habas. Ya no hay nada, ya se compra todo. Cuando aquello, cuando no había dinero para comprarlo, había que apretar. Ya no se siembra nada, nada, nada, ni una tierra de nada, ni un huerto, ni es que un huerto, y se sembraban de antes los huertos, huertos pequeños para sembrar unas patatas para el verano. Eso ya todo terminó.

P: -¿De quién era la madera que se cortaba, era comunal, era propia o se compraba?

R: -¡Lo compraba robado!, se puede decir que como robado. Había que mirar que no viniera el guarda y te pescara. Venía el guarda y te pescaba, bueno, era un pobre hombre, en aquellos años, también, la paga sería muy estrecha, muy poco.

P: -¿A ese hombre se le "untaba"?

R: -Le dábamos un duro igual, si se arreglaba con un duro no estaba mal. Algunas veces pedía más y, ¡coño!, que no podemos más, que tal, y bueno, él marchaba. Lo malo era la Guardia Civil.

P: -¡Esos eran peores!

R: -Esos te la jugaban, esos te la daban. Y no se te ocurriera decir: te voy a dar tal... ¡por Dios, por favor, que tal!; no, no,no, el monte tal, tal, tal, fulano de tal. Pues entonces las cosas no eran como ahora, te venía el Ayuntamiento con dos o tres mil pesetas de multa, ¡y era bastante!, era bastante porque no lo sacábamos nosotros de carbón..

P: -¿Fue en los tiempos de la postguerra?

R: -Claro.

P: -¿Se hacía carbón todo el año o había épocas determinadas?

R: -Más bien en invierno se cerraba un poco, porque aquí el invierno era muy malo, era de mucha nieve. Ya hace unos años que no nieva como en aquellos años, menos, primero era de órdago, esta puerta la tapaba casi de nieve. Se hacía más en la primavera, el verano y así. De sesenta vecinos, que entonces decían que había noventa y ahora no hay sesenta vecinos, todos al monte, unos a palos, otros a carbón, otros a leña, otros a vender leña, a llevar leña a Campóo. Un carro leña para sacar doce pesetas. De haya, de lo que fuera, que había que cargar el carro de leña, con parejas de bueyes, no había los tractores que hay ahora.

P: -¿Qué herramientas se utilizaban para cortar la madera en el monte aquí?

R: -A hacha.

P: -¿Se usaban tronzadores?

R: -No, porque la leña de nosotros no era gordo.

P: -¿Para el carbón igual?

R: -Para el carbón igual. Aquí había gente que se dedicaba a hacer albarcas, y claro, ibas al monte a hayas.

P: -¿Dónde se vendían, en Reinosa?

R: -No, no, se vendían en Pesquera, en una casa que la llaman del tío Pancho, que había un molino allí, y la gente de aquí vendía allí las albarcas y cargaban la harina; si tenías dinero, bien, y si no tenías dinero, también te fiaba. También se vendían por las casas.

P: -¿Para cortar las hayas y los avellanos, se guardaba la luna?

R: -No, no, no se guardaba ninguna luna, cuando venía la época de hacerlo, hacerlo y nada más. No se guardaba ni luna, ni menguante, ni creciente, ni nada, se hacía seguidamente. Después de la guerra, cuando andaban los camiones con el carbón, aprovechamos un poco.

P: -Los gasógenos aquellos.

R: -Yo estuve en el monte de Saja, allí estuve con uno que se llamaba Pepe, que ya se murió.

P: -¿En los años cuarenta, cuánto valía el carbón?

R: -Un saco cinco pesetas, un saco pequeño de 18 ó 20 kilos.

P: -¿Cómo se vendía?

R: -Por las casas: oiga, fulana, ¿quiere carbón?, sí, no, andando. Bueno, pues descargabas, te daban las cuatro o cinco pesetas y andando. Que no se podía vender todo, que era muy difícil, que era muy difícil poder vender el viaje, pues tenías una casa de confianza y lo dejabas allí, y a los 8 ó 10 días volvías allá a repetir, a ver si lo vendías todo. Si lo vendías, ya volvías contento a casa.

P: -¿Qué tipo de hacha se usaba, era un hacha normal o de dos bocas?

R: -El que usaban para las albarcas se llamaba hacho, de dos bocas, para las albarcas. Nosotros para el carbón usábamos un hacha corriente. Para las albarcas hacho e, incluso, tronizador, porque era un hacha muy grande y era para

aprovecharla mejor, para no darla tantos cortes, a nosotros nos daba igual, nos valía todo. ¡En buena hora que no había motosierras!

P: -¿Cuándo se acabó lo del carbón, en los años sesenta?

R: -En el año 1962 el último que hice yo aquí, que fue para el Ayuntamiento. No se hizo más, después sólo cuando la feria. Ya la gente terminó de hacerlo, ni encontrabas quién lo haría porque la vida cambió mucho, ya la gente se dedicó a vacas de leche.

P: -¿Primero eran de carne, de raza tudanca?

R: -Todo era tudanco, después la gente se dedicó a la leche, a tener 6, 8 ó 15, 20. Se dejó el monte, se dejó el *prao*, se dejó todo.

P: -¿Lo de las ovejas era de siempre o es cosa de hace poco? Porque aquí siempre hubo mucho ganado, yeguas también.

R: -No, de siempre, de siempre, siempre lo hubo y lo hay, vacas de carne, yeguas y ovejas. Cabras aquí sólo las tiene un señor, Luisín.

P: -¿Cómo se transportaba la madera que se cortaba?

R: -No se bajaba a ninguna parte porque se hacía en el mismo monte, donde se hacía la leña se hacía la hoya. Lo único cuando ya estaba hecho, entonces ibas con el carro y la pareja, con carro y pareja, se traían aquí hasta que anochecía y cuando anochecía a guardarlo, mirando que no viniera nadie, que no viniera la Guardia Civil, a escondidas, y "pin" "pan", "pin" "pan" para allá abajo, callandito, no había coches como ahora, bajábamos el difunto mi padre y yo, que me echaba a dormir, hasta Bárcena, y ni un coche, ni uno de Pesquera a Bárcena. De aquí a Pesquera no habla carretera, era camino de carros.

P: -¿Cuándo estabas en el monte, bajabas a dormir casa o te quedabas allí?

R: -Allí en una cabaña, en una choza pequeñuca, hacías incluso fuego dentro, frío no pasabas aunque nevara o lloviera, frío nunca se pasaba. Mojarse uno, muchas veces.

P: -¿Qué clase de calzado se usaba?

R: -Albarcas y chanclos de goma, albarcas de madera. Después era ya una broma con las botas altas.

P: -¿Cuál era el menú en el monte?

R: -¡Ay, Dios mío!, muchas patatas, patatas, carne poco que no había, algo de vino, poco vino también porque la cosa no daba, alguna tortilla que se hacía

y alguna cosuca así, un poco pan. Mal, mal, mal, ahora sobra mucho más, entonces no había ni pan, y ahora tengo unos sacos de pan para los perros y ni lo comen, dicen que no lo comen, y me quedo yo mirando y digo: este saco de pan lo llevo a coger yo en el monte...

P: -¿Cómo es el proceso para hacer la hoya?

R: -Se hacía una llanura y allí se echaba una "camá" de ramas, pero no con hoja, porque si no no cuece, queda crudo, se quedaba cruda la madera. Una "camá", una "ramá" buena, nosotros llamamos la "ramá", una "ramá" buena. Da igual "ramá" que "camá".

P: -¿Entonces se ponen los troncos verticalmente?

R: -Eso es, que no toquen el suelo para nada. Y luego lo tapamos con cespedes, el campo para dentro y la tierra para fuera, bien colocadito, bien tapado, bien, bien, bien, y después se prendia y a esperar y a los cinco, seis días, quedándose uno en el monte ya por miedo.

P: -¿Las carboneras explotaban?

R: -No, no, no, eso que decían en la película "Tasio" que se había quemado un hijo, no, eso es incierto, no hay nadie que se pueda quemar. Yo he estado por encima del chandorro pa riba y pa bajo y no me ha pasado nada, hombre, puedes meter un pie. Cuando vi la película "Tasio" que se había quemado un chaval y tal, dije eso es mentira. Chandorro es cuando está cociendo, lo llaman chandorro desde aquí hasta Valderredible. Aquí tres, cuatro familias lo hacían nada más. Cuando hubo aquí una subasta grande para El Gorgollón en Pesquera vinieron los vascos. Vinieron aquí unos vascos, aquellos hacían eso, hacían la corta, hacían la madera, lo corto, lo delgado, lo más eso lo hacían carbón. Hacían el carbón vascos y nosotros descendemos de vascos, el apellido Osoro es vasco.

P: -De vascos que vinieron en el pasado y se casaron aquí, pero el apellido Soberón es cántabro.

R: -Si, pero Osoro es guipuzcoano.

P: -¿La madera para casa, para hacer las vigas, las viguetas, los tillos, las ventanas, todo esto, lo haciais vosotros también?

R: -¡Hombre!, aquí también había algún carpintero, estaba el tío César. Este balcón lo hizo mi suegro, carpintero también, había gente, no es que se

dedicaría a la carpintería pero para asunto de casa lo hacía todo él.

P: -¿Tenía banco de carpintero?

R: -Sí, sí, lo tenía aquí mismo, donde tengo yo ahora la cocina, aquí trabajaba él, tenía toda la herramienta, pero trabajaba nada más que para él, ¡hombre!, si le buscaba un vecino para algo, para una casa, para una viga, también iba.

P: ¿Y algún herrero?

R: -Había una fragua en la casa de Palacio, hace ya muchos años, el tío Paco Negrín, ese era un hombre con una barba terrible y no es que se dedicara mucho a la fragua, ¡hombre!, alguna hacha. Ése se dedicaba mucho a hacer albarcas, hacía tres pares de albarcas al día con hacha y legra.

P: -¡Vaya máquina!

R: -Tres pares de albarcas al día, ése era... ¡Bueno!

P: -¿El carbón que usaba, lo hacía él?

R: -No, se lo dábamos nosotros, le dabas para arreglar una hacha desarreglada, una vez me la jodía, otra me la hacía bien, je, je, je, hágamelo bien que me cago en tal. Le pagabas lo que querías, no te ponía precio. Él hacía albarcas para vender con el burro por Campóo, a La Costana, a Villasuso, a Monegro, a todo por ahí a vender albarcas. No eran albarcas modernas, ni guapas, ni bien, porque había quien las hacía mejores y más guapas; mi padre hacía albarcas, tardaba, pero muy bonitas. El tío Ezequiel tiene todavía un par de albarcas que le hizo mi padre a su padre, las tiene conservadas. Mi padre hacía pocas, pero las hacía muy bien, no tenía mucho tiempo porque no podía pararse a hacerlas; incluso muchas veces en el monte, cuando cocía el chandorro, si no tenía nada que hacer, igual se dedicaba a hacer unas albarcas allí, pero no tardaba un día, tardaba dos días o tres. Pero este hombre, Negrín, hasta tres pares diarios.

P: -¿Cuándo venían las cuadrillas forasteras de serrones a cortar árboles, cómo era la relación con ellos, era buena o había pique porque eran de fuera?

R: -Bien, bien, bien, aquí venían a ese monte, hubo varias cortas, ya venían con parejas, pero no había ninguna porque ya venían ellos con la herramienta completa, con tronzadores, sierra y tronzadores.

P: -¿Se quedaban a vivir en el monte?

R: -No, se quedaban en alguna casa en el pueblo, aquí tenían la pareja y

todo, guardaban los bueyes en las cuadras de los vecinos. Después de tirarlo, arrastraban la madera con las parejas de bueyes que lo bajaban al pueblo. De la madera que ellos tiraban lo cogíamos nosotros para hacer carbón, el guarda no podía decirnos nada, ellos aprovechaban lo bueno, los maderos gordos, y dejaban las podas y lo que quedaba lo aprovechábamos para hacer carbón, buen carbón. El guarda no decía nada porque no era de él, que ellos habían pagado la subasta, la leña era de ellos pero no la querían para nada, llevarlo les costaba más que dejarlo para el pueblo.

P: -¿Cómo hacíais los palillos?

R: -Los palos se cortaban de un metro y nosotros los "aplomábamos", los cortábamos que quedara "aplomado", recto, bien "aplomado", bien cortado, y después había que raerlos hasta que quedaban blancos. Hubo una temporada que me coloqué en Pesquera a "aplomar" palillos para uno que se llamaba Cayón, que tenía la corta siempre un abogado de Reinosa, Tejero. Cuando aquello ganaba perras por cada coloño que "aplomaba", había que colocarlo, amarrarlo, bien limpio todo, por cada coloño ganaba tres duros.

P: -¿Con qué se hacía la raedera?

R: -Con un dalle viejo.

P: -¿Cuándo fue eso?

R: -Después de la última carbonera, últimos años sesenta, primeros setenta. Venía la gente, uno traía veinte coloños, pues veinte y a cobrar a Pesquera, y yo a lo mío, a "aplomar".

P: -¿Con tanto avellano, hacíais cestos?

R: -Aquí no, eso en Somballe. Había un cantar que dice:

"En Rioseco hacen albarcas,
en Aguayo carbón,
en Santiurde los garrotes
Pesquera se lleva la flor."

Pesquera lleva la flor era por el tío Pancho, que tenía la fábrica de harina,

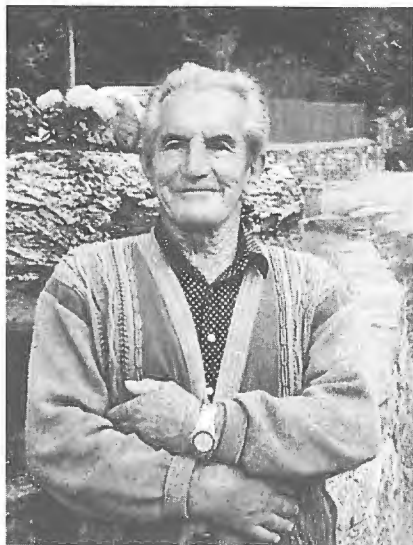
tenía un comercio grande, claro, todas las albarcas, todas las cosas, eran para allí. Por eso se llevaba la flor de ello, el pago, Era muy buen hombre porque si alguna vez te faltaba el dinero te lo daba. Tenía la fábrica de harina y debajo la cantina. Esas cosas que yo he pasado que no vuelvan más, el trabajo en el monte es lo más duro que hay, que no vuelva más, porque ahora se vive muy bien.

6. Entrevista a Manuel Casares

Nombre: Manuel Casares de Cos.

Fecha de nacimiento: 27 de febrero de 1925.

Localidad: La Lomba.
(Hermandad de Campóo de Suso).



Pregunta: -Yo quería que me contases de la gente que trabajó aquí la madera, de los albarqueros, de los que hacían carbón.

Respuesta: -Aquí había un albarquero que cortaba el abedul en el men-
guante de enero, que es la mejor madera que hay, y entonces, durante el invierno hacía albarcas, las bajaba a Reinosa, otras de encargo...y cosas de esas.

P: -¿Cómo se llamaba este hombre?

R: -Gerardo Ortega, de aquí mismo de La Lomba. Pues, entonces, que ahora no se usan albarcas, han desaparecido casi totalmente, muy pocas, la ronda de mozos. Otra cosa que no se llevó nunca, porque yo canté en una ronda y se llevaban alpargatas blancas de esport y no se llevaban albarcas. Ahora llevan albarcas, ¿por qué?

P: -Me hablaste de tu familia...

R: -El abuelo de la mujer, y su hermano también, durante el tardío, en septiembre o así, iba a un sitio que llamaban La Collaría, sacaba cepas de «berezo» con un azadón, hacía un hoyo y lo tapaba, lo prendía y se bajaba. Y otro día al amanecer iba allí a ver si se quemaba o no se quemaba y eso lo usaba él duran-



te el invierno para arreglar azadones, «prisiones», cincuenta mil cosas, azadillos para cavar el trigo, muchísimas cosas. En la fragua que tenía él, él era herrero.

P: -¿El carbón que usaba lo hacía él?

R: -Lo hacía él mismo el carbón. Cortaba las cepas, hacía un hoyo y después con un saco lo bajaba, como 5 ó 6 kilómetros a cuestras con el saco. Todo a mano, ahí no había ni burros ni nada.

P: -¿Había gente que trabajaba la madera?

R: -La madera se solía cortar en la menguante de enero, que es la mejor madera que hay para hacer carros, había ruedas de carros que no llevaban ningún hierro, era en cambones.

P: -¿De qué madera la hacían?

R: -De roble y todo de roble.

P: -¿Esos carros los hacían aquí en La Lomba?

R: -Sí, bueno, en todo el valle, porque no había otros medios, no había otra forma.

P: -¿Cómo se hacían las subastas de madera?

R: -No, no, se iba, se iba, no había tanto cuento como ahora, porque ahora el ICONA te machaca porque se creen que los montes son de ellos y los montes los han hecho la tierra y los pueblos, ICONA nada. A mí una cosa que no me gusta nada es que si usted tiene una finca y está molestando un árbol, un fresno, y para tirarlo tiene que pedir permiso. Y antes ibas, le tirabas y a otra cosa mariposa.

P: -¿Cómo eran las subastas aquellas?

R: -No había subastas, sí había subastas, pero, en fin, cuando los árboles eran muy grandes y eran pujas en el ayuntamiento a ver quién era el que daba más, mil, dos mil, tres mil...pero era una puja. Pero, por ejemplo, para tirar un árbol, eso no hacía falta, le tirabas tú porque no te daba patatas a la orilla del árbol y, entonces, le cogías y le cortabas.

P: -¿Entonces, para toda la madera que se usaba para la casa, para vigas, para cabrios, para ripia?

R: -Se hacía para la casa, cada uno cogía lo que más le gustaba.

P: -¿Qué madera se daba por aquí?

R: -Para la ripia roble, porque es la madera por aquí la más dura, el roble.

Se hacía la ripia así de pequeña. Se hacían albarcas, se hacían los carros, se hacían los mangos para los azadones.

P: -¿Eso lo hacíais de salce?

R: -No, no, por ejemplo, las cebillas para atar las vacas son de fresno. Lo mejor es el roble, el haya es buena para armarios, se trabaja muy bien, es muy dócil.

P: -Sé que aquí en Campóo se hacía carbón para las fraguas y para las casas también.

R: -Yo no me acuerdo, sólo me acuerdo del carbón que hacían los herreros para trabajar después por el invierno. Para vender carbón no, no lo llegué a conocer. La gente iba a Barruelo, a Palencia, a por el carbón de piedra porque allí hay minas. Pero primero los herreros de aquí, el de Naveda, otros, lo hacían ellos mismos en el monte.

P: -¿Venía gente de otros lados a cortar?

R: -No, cada uno tiene su terreno, cada pueblo tiene lo suyo. Hay unos sitios que de ahí para arriba, para los picos, ya es del ayuntamiento; de ahí para abajo son del pueblo. Aquí venían ovejas, de antes, de Ciudad Real, de Cáceres; vacas, las llamábamos «bajucas», de Carmona, Puente Nansa, de todo, y otra cosa que desapareció, ¿por qué?: ¡por la política! Muchísima gente se ha tenido que quedar allí y ha tenido que vender el ganado. Yo tengo amigos que no pueden tenerlo en casa y ¿qué han hecho?, pues, quitarlas.

P: -¿Qué herramientas usabais con la madera?

R: -El hacho, el hacho con dos bocas y el tronizador para tirarlo, uno de un lado y otro del otro. Se daba el pique con el hacho, se tiraba con el tronizador y se labraba con el hacha.

P: -¿Había buenos labrantes?

R: -Bueno, sí, sí, había buenos; tenías que hacerlo por narices. Se tiraba el árbol allí y a fuerza de cuñas y y palancas y cosas se ponía en el caballo; se ponía uno arriba y otro abajo para serrar. ¡Durísimo, durísimo y el tirarle más! La sierra aquella había que untarla con tocino. Y los serradores que solían venir aquí eran de «Poblaciones», porque en Campóo no había serradores, eran más del valle de «Poblaciones». Y, entonces, comían nada más que fréjoles, tocino y vino, ¡no había más! Y venga sierra, de sol a sol. Solían venir de esa zona, del



valle de «Poblaciones».

P: -¿Y para transportar la madera?

R: -Se tiraba el árbol y allí se serraba porque no se podía llevar a otro sitio, porque el árbol era gordísimo, ¡ya verás, claro! Había que hacer vigas, viguetas, lo que fuera, lo que haría falta. Se solía dar lo que necesitabas para hacer una casa o una nave, bueno, cuadra; entonces no había naves, vinieron después, para hacer una cuadra. Y allí se trabajaba, y después se llevaba en carros.

P: -¿Esos carros eran de carreteros o de gente normal?

R:- De gente normal, del mismo dueño del árbol; llevaba el carro de casa a por la madera.

7. Entrevista a Cipriano el Cojo

Nombre: Cipriano García
Fernández, «Cipriano el Cojo».
Fecha de nacimiento: 16 de septiembre de 1919.
Localidad: natural de Valdeprado,
residente en Avellanedo
(Pesaguero).



Pregunta: -¿Cómo empezaste a trabajar con la madera?

Respuesta: -Yo estuve cuarenta meses en el hospital, en Pedrosa; veintitrés en cama, por esta pierna que no tengo juego, y cuando vine tenía diecisiete años y no había trabajado nunca; y luego estuve estudiando 39 meses y después de los 39 meses aprobé. Je, je, je, digo que estuve estudiando porque estuve en la cárcel 39 meses cuando la guerra; era un crío y al salir de allí no sabía trabajar porque primero en Pedrosa y luego en la universidad, en la cárcel, pues, no había trabajado nunca y estaba cojo.

P: -¿Qué trabajo había aquí, las vacas?

R: -Sí, el campo, pero no daba para estar en casa. Éramos cinco hermanos, que mi madre se había quedado viuda, y, entonces, mi hermano el que me seguía a mí y yo fuimos a tirar hayas de «estraperlo», que no dejaban, bueno, al guardia le dábamos algo para que hiciera la vista gorda.

P: -O sea, que pagabais al guardia.

R: -Al guardia le untábamos, llevaba parte de lo que trabajábamos. Y mi hermano el que me seguía a mí me dijo que tenía que aprender a serrar, porque mi hermano el pequeño bajaba con las vacas los maderos ya labrados para serrar el tablón.

P: -¿Cómo lo bajaba, con un yugo?

R: -Con un yugo y unas cadenas amarradas a las maderas. Se hacía un agujero con un barreno y se metía la cadena con una vara, un «estrabandón» se llamaba; para que no se corrieran las cadenas se daban unas vueltas. A serrar aprendí luego.

P: -¿Cómo montabais el serradero?

R: -Con una vara atrás y otra adelante con unos cabezales.

P: -¿Quién se ponía encima?

R: -Mi hermano, y yo abajo. Yo aprendí luego.

P: -¿El que se pone arriba es el que sabe?

R: -Sí, me decía: «tú tira como que no quieres coger madera», y aprendí. Después de que teníamos la madera serrada, venía uno a llevar los tablones. Después vino uno a ver a mi hermano si quería ir con él a Burgos, a Pisicedo, monte El Argayo, a serrar también tablón, y le dijo que no. Y «¡coño!, ¿y tu hermano no puede ir?», «mira, mi hermano sierra muy bien de abajo, es lo que sabe», «¿cuánto dinero quieres ganar?» (me dijo a mí), «y yo qué sé cuánto dinero quiero ganar». Y mi hermano me ajustó 42 metros y medio al mes.

P: -¿Cómo eran las jornadas de trabajo, de sol a sol?

R: -Desde que se veía hasta que no se veía, almorzábamos de noche.

P: -¿Le dabais sebo a la sierra?

R: -No, no, qué va, a la sierra lo que le dábamos era «unto de muñeca».

P: -¿Sebo nada, a la hoja nada?

R: -Eso es un cuento.

P: -Me han dicho que le daban sebo cocido, sin sal.

R: -Nosotros teníamos que trabajar «a nariz», el sebo lo comíamos nosotros.

P: -¿Qué comidas hacíais, pucheros?

R: -Comíamos alubias, unas lonchas de tocino frito, pan muy poco, que no se encontraba. El muchacho que me llevó me daba pan escondido, que no lo encontraba. Bajaba a buscarlo y no lo encontraba; y cuando había, a mí me daba una racionuca más a escondidas porque me veía flojo, para que fortaleciera, je, je. Bueno, a la próxima vez que vinimos vino a ver qué quería ganar y le dije 750 pesetas, porque no quería ir. Y dice: «está hecho»; entonces fui a Guipúzcoa a serrar traviesas.

P: -¿Era roble?

R: -Sí, sí, aquí era haya, pero aquello era roble.

P: -¿Encuentras alguna diferencia a la hora de serrar?

R: -El haya blanca se sierra mejor, la que tiene la corteza oscura esa es dura; y el roble también, de ser albar a ser de tocio, que le llaman, hay mucha diferencia. No se me olvida que con los robles había que escarbar muchas veces para que dieran la medida, porque no tenían la altura suficiente; si tenía 1,80 escarbábamos hasta que tuviera 1,90 ó 1,95 ó dos metros, para la línea del Cantábrico porque para las del Norte tenían 2,60. Estuvo encantado conmigo porque le llevaba las cuentas. La próxima vez que vino a buscarme me dijo que cuánto quería ganar y le dije: «no, me voy con mi hermano y mi tío Vicente a Navarra».

P: -¿Para ir a Navarra ya conocíais a alguien?

R: -Sí, teníamos allí a uno que le escribimos, uno que le conocía mi tío, que había estado con él en la cárcel. Fuimos allá y estuvimos una temporada buena con él.

P: -¿En Navarra cortabais también roble?

R: -Sí, para traviesas. Allí mi hermano no quiso ponerse arriba y mi tío me mandó a mí, bueno, serrábamos como nos daba la gana. Había veces, para demostrárselo a los otros, cogíamos una mano y serrábamos con una sola mano. Pero es que mi tío afilaba la sierra mucho y había cuadrillas que no la echaban abajo.

P: -¿Cuál es el secreto de la sierra?

R: -El saber.

P: -Y tenerla bien afilada.

R: -Sí, sí, tratar con ella como debe tratarse porque si trabas de repente, no. Antes de llegar los dientes tienes que tirar como para abajo y ya agarra ella, y el de arriba ya se encarga de dar madera.

P: -¿Con qué hacíais la pintura de marcar?

R: -Con helechos secos, se quemaban y sin acabar de quemarse echarles un poco de agua.

P: -¿Dónde los quemabais, en un cacharro?

R: -No, en el suelo, los amasábamos hasta que echaba como tinta, hacías

unas bolas y lo echabas en un cacharro y allí lo revolvías, metías la cuerda que teníamos, que era de lana, la hacíamos a mano nosotros, entonces la ponías, la soltabas, tirabas y marcabas. A veces de trabajar tanto, te dabas cuenta que había marcado mal. Cuando llovía tenías que marcar la línea con el hacha porque el agua lo borraba. Después de allí fui a Asturias, con mi hermano también. En Asturias estuvimos bien, pero no encontrábamos pan, nos traían pan de la provincia de León, pasando Pajares.

P: -¿En qué zona de Asturias estuvisteis?

R: -En Pola de Lena; después de allí estuve trabajando para uno que se llamaba Estrada, que tenía camiones.

P: -¿Dónde os quedabais a dormir, en casa de alguno?

R: -No, no, en chabolas, las hacíamos de traviesas pinadas y arriba poníamos unos céspedes de las camberas, los sacábamos con una pala, los poníamos para que no se nos echara el agua encima; y encima de los céspedes una traviesa arriba para aguantarlo. Así dormíamos, sobre cuatro palos; si había algún helecho lo poníamos, si no sobre los palos. No era lo malo eso, lo malo era que no encontrabas comida, era la postguerra y pasabas mucha hambre.

P: -Era un trabajo muy duro.

R: -¡Bah!, y no se ganaba nada.

P: -¿El dinero que ganabais en comparación con lo que se conseguía con el ganado, en otros sitios, en una fábrica, era igual o menos?

R: -Era mucho menos.

P: -Que no estaba bien pagado.

R: -Tú date cuenta lo que yo te dije, yo salí ganando 42 duros y medio; y después como se me dio bien y aprendí, luego ya me buscaban.

P: -¿Hasta que tiempo estuviste serrando?

R: -Hace que lo dejé sobre 32 años y empecé a los 17.

P: -Hasta el año 1968. ¿Hasta ese año estuviste trabajando con la sierra grande?

R: -Sí, sí, todo el tiempo. Además, yo serré siempre.

P: -En otras zonas me dijeron que a mediados de los años cincuenta se acabó.

R: -Yo estuve en León serrando, ahí hice el último monte. Lo que no valía para duela lo hacíamos traviesa. Duela es lo que se usa para hacer cubas. Madera especial. Lo mandaban para Alicante aquella madera. Un monte, fíjate tú, que tiramos un roble que no alcanzó el tronizador, tuvimos que tirarle con la sierra de serrar, dos por un lado, Ricardo el de Eduardo y Pepe el de tía Paula, y yo por el otro lado sólo. Fíjate tú, tenía 4,10 de circunferencia ese roble. Así, que al 1,10, que era para duela, hacía el metro cúbico; la cuarta parte, 1,10, matemático. Le echamos a rodar, era igual de una manera que de otra, y me acuerdo que avisamos a un cuñado mío y a otro, Marcelino y José, estaban hablando para hacer traviesas, y «tened cuidado que vamos a echar este madero para abajo, no sé cómo irá pero va a bajar hasta abajo». Bueno, lo echamos a rodar y había unos robles, viene, pega en un roble y «menos mal que sólo ha pegado un golpe porque si son dos nos meamos». Dio el golpe, dio media vuelta y «pin pan», igual bajaba de pico a pico que rodando; era igual, eran cuatro metros de circunferencia por 1,10 de largo, ¡una rueda!. Aquello era una preciosidad, le hicieron una pila de fotos abajo en la carretera. Hubo robles de dar hasta cinco metros cúbicos.

P: -A la hora de labrar teníais el hacha de dos bocas, ¿cómo hacíais, con el hacho cortabais y con el hacha labrabais?

R: -Es que la boca pequeña la hacíamos para dar el pique para cortar con el tronizador o con la sierra, porque muchas veces no alcanzaba.

P: -¿A la boca pequeña le llamáis hacho?

R: -Hacho era el que tenía dos bocas, para dar el pique se da con la pequeña y labramos con la boca grande.

P: -La gente de otras zonas al que llamáis hacho le llaman hacha de dos bocas y a la boca pequeña hacho. ¿Cómo hacéis para labrar?

R: -Coges el madero y le das unos cuantos cortes con la boca pequeña, porque esa no se clava; la boca grande es más delgada y al darle entra y no bota la astilla; el otro, al ser más gordo, bota la astilla. Y después que le tienes bien picado vas y «tas tas tas» a limpiar. Yo labraba muy bien.

P: -¿Las cortezas, las quimas, eso es propiedad del dueño o se la queda el serrón?, porque me han dicho de todo.

R: -La mayor parte queda allí, en el monte.

P: -Lo digo porque me han dicho que en aquellos años se utilizaba como leña para casa porque no había, y dependiendo del dueño te dejaba o no.

R: -Eso mismo, que te dejen hacerlo. Mira, eso es como ajustes la madera, y tú tienes un tanto por la madera, por metro cúbico o por piezas.

P: -¿Cómo medíais, llevabais un metro?

R: -Cogías un metro y medías la anchura, la altura y la gordura, lo cubicabas y a tanto el metro. Marcabas el tablón, lo que medía, porque cuando venían a medirlo que no se quedaran cortos al medirlo; te robaban hasta en eso, te robaban en el precio y te robaban en la medida. A mí nunca me han robado porque tuve una enganchada una vez en Pola de Lena con uno, un tal Bautista, y aquel día yo creo que me costó poco echarle mano: «usted a mí me estaba explotando en el precio pero en la medida no me explota». ¡Hostia!, él lo midió después, ¡vaya bien que midió!

P: -¿Las temporadas que ibais fuera marchabais en el otoño, después de haber hecho la hierba?

R: -Sí, después de haber recogido la patata marchábamos, en septiembre, y pasábamos la Navidad allá y volvíamos por el verano

P: -Pasabais seis meses por lo menos.

R: -Seis meses o más, por traer una perra...

P: -Me han dicho que a la hora de cortar tienes que estar pendiente de la luna, ¿es verdad o cortabais cuando podíais?

R: -Depende lo que te diga el amo, como el amo lo que quiere es vender mucho, y si dura menos mucho mejor, no guardábamos la luna. Ahora, hay mucha diferencia de cortar en una luna a en otra, el roble y el haya se deben cortar en menguante y generalmente casi todos. Y hay que mirar mucho la marea, influye mucho la marea que haya, de estar baja a estar alta la marea va mucha diferencia.

P: -¿Tanto afecta?

R: -Mucha diferencia. Tú observa una cosa, si por ejemplo tú te cortas y está la marea alta sangras mucho más, eso lo he observado yo. Hay mucha diferencia en eso, yo se cortar dos palos el mismo día y el uno ponerse «corojoso», es la polilla que le entra; pues «corojoso» y el otro nada. Así que eso depende, se ve que le corté mientras la marea bajaba y el otro no.

P: -¿Pero la marea afecta hasta aquí, tan alto, hasta estos montes de Liébana?

R: -Sí, sí que afecta, no creas. Cuando hice el monte ese de León me dio el amo diez duros de propina entonces, que estaba yo de jefe la cuadrilla.

P: -¿Cuántos erais en la cuadrilla?

R: -Hubo ocasiones que estuvimos doce.

P: -¿Todos lebaniegos?

R: -Sí, estaban dos cuñados míos, gente conocida, siempre llevábamos gente de Liébana. Por ejemplo, yo siempre estuve en familia, o con mi hermano o con mi tío, hasta que yo aprendí a afilar la sierra y todo eso. Porque, claro, yo serré siempre de arriba porque el que sierra de arriba debe ser el que afila la sierra, porque sabe si anda bien o mal. La sierra mía siempre anduvo bien, ahí está Placido, mi cuñado, que lo dijo muchas veces: «la sierra de Cipriano siempre andaba derecha». Si muchas veces la una carrera la afilas más que la otra, aquella carrera que está más afilada gana y la otra se queda atrás, se te va para afuera. ¿Entiendes? Y todo aquel que anda mucho con el trabador para abrirla la descontrola. El trabador es con lo que se tercian los dientes. Allí aprendimos practicando, las teorías no me van, a mí me va la práctica.

P: -¿Accidentes tuvisteis?

R: -Yo tuve un accidente que me rompí dos costillas. Habían estado Emiliano y Andrés sacando traviesas a cuestras, porque no entraban los machos, para tirarlas por un barranco y tenían los hombros desollados, y me dice: «oye, este madero tirarlo para allá», por una cuesta, y nos resbalábamos mucho con las corizas aquellas de goma. Y le digo yo a mi hermano: «quítate, ya le cojo yo»; coge Emiliano por un lado, yo por el otro y al bajar le digo: «ten cuidado, que si nos resbalamos tira el madero porque igual nos coge encima». Según lo digo me resbalo, me retuerzo así para tirarle y según me retuerzo me rompí las dos costillas.

P: -¿Qué otro problema había?

R: -Las peleas, que nos pegábamos.

P: -Cuéntame eso de las peleas.

R: -Una vez estábamos los tres hermanos en Vitoria trabajando, habíamos cogido un monte que le había comprado el pueblo y nosotros se lo compramos

al pueblo para hacer traviesas y parte para leña, para una tejera que había, para el horno. ¡Coño!, pues una noche me voy yo a un bar que había, que nos quedábamos jugando, y yo marché allá, agarro una chavala y ya llegó el matón, nos tenía acobardados, era gallego. Y había uno de Navarra, el pobre Urré, era fuerte pero tenía miedo. Estábamos jugando a la brisca, estábamos jugando la merienda e iban ganando y el otro empieza a guasearse y le dije yo: «oye, no te rías, que el que ríe el último se ríe mejor». ¡Coño!, cambiaron las cartas y les ganamos, y al ponerme de pie me reí, yo estaba así arrimado a un banco y me empujó y me echó para atrás. ¡Pum!, le pego una hostia, le parto el labio y los dientes de abajo, sale para afuera y me dice la muchacha: «ten cuidado que está con un cuchillo». Había un cuchillo en la mesa de estos de matar. Yo que veo el cuchillo..., ¡salí por un cristal, pies para que os quiero! Y luego decía: «vaya cojones que tiene el santanderino, ¿eh?», porque decía que se había caído de la bici, y le dicen: «no, no te caíste de la bici, fue el santanderino, te confundiste con ese»» Je, je, después tuve otra en Asturias, estaban Quirino, Moises y Vences, un hermano mío y yo, había fiesta y bajamos a comer casadiellas, que son unos dulces, estaban buenas. Le llaman a mi hermano para arriba, sube y le echan mano. «¡Cipriano, me...!». Voy yo para allá, había unos tíos y uno con navaja; bajo para abajo y viene un tío con un tranco a darme, le echo mano, le quito el tranco y le digo a mi hermano: «ponte aquí detrás de mí». Y al tiempo ese, ¡pum!, dos botellazos. Les dimos bien, bien. Ya a Quirino le vimos saltar una cerradura y que no aparecía. Digo: «vamos a saltar al cerrado para ver si está ahí». Quirino allí no estaba, había dejado allí a uno «acostado». Subimos para arriba y allí estaba y nos dice: «¡qué compañeros!»; «no, compañero tú, ¿quién nos abandonó?, ¡tú!». Y cuando íbamos para arriba digo: «tened cuidado que igual nos esperan, id tirando para adelante»; y no nos salió nadie. Al día siguiente se presentó la Guardia Civil y resulta que el sargento, capitán o lo que fuera era de Torrelavega; llegó y nos preguntó que nos pasó ayer y yo le conté todo, para que le vas a decir mentiras, yo le dije que di toda la leña que pude. Luego, los que eran de aquí de Santander, que estaban casados allí, decían que cómo «bailaban» en aquella carretera.

P: -Cuéntame como fue lo de la querida del cura de Resconorio, que tu

hijo y tu sobrino Juanito ya me han dicho algo.

R: -Esto resulta que estábamos mi hermano y yo en Resconorio y un domingo estábamos a hacha y yo llevaba 18 y él 19, siempre me ganaba, y le digo: «hacemos 20 y lo dejamos»; y dice él: «bueno, pues vale». Coño, llegan dos chavalas y se nos sientan en la traviesa, a una la veo que tiene el anillo, «¿tú cómo estás, casada o viuda?», se me acerca a mí, ¡joder!, y me dice: «yo no estoy ni casada ni viuda ni soltera»; «¡eres un caso!»; y dice: «a la noche bajas allá que el marido se acuesta luego y el marido está algo atontado». ¡Coño!, mi hermano no quiso bajar, la otra era cuñada, ¡fíjate tú!. Entonces, el muchacho donde nos quedábamos, que era cartero y se llamaba Jesús, dijo: «yo bajo con vosotros», andaba él algo con la otra. Bajamos allá, fíjate, estábamos en la cocina y tiene las habitaciones casi pegadas a la cocina y son tablas y se ve la lucera por las tablas, porque están a distancia unas de otras. Y yo digo: «yo aquí no pinto nada, yo me marchó ahora mismo»; el tío no se iba a dormir y yo venga a darle tabaco, ¡me cago en la madre que lo parió! Sabina se llamaba la muchacha y estaba casada. Marcho para arriba y me dice ella: «vete, dentro de unos días nos vamos a apartar y vamos a ir a vivir allá donde estáis vosotros»; «vale». Nos veíamos todas las noches y muchas veces nos poníamos a serrar mi hermano arriba y yo abajo, que yo me quedaba dormido y mi hermano me decía: «¡pero que haces, hombre!»; «espera, espera»; «¡me cago en la leche que lo parió!» Pues se enteró el cura, con que una mañana ahí viene y dice: «¿usted es Cipriano?»; «sí señor»; «a usted le voy a meter yo en la cárcel»; «me va a meter usted por los cojones en la cárcel, si ya sé yo dónde está la cárcel, no es la primera vez que entro, pero usted me va a decir el por qué», «anda usted con esa muchacha, va a jeringar un matrimonio»; «¡no, primero lo está jeringando usted, ¿qué se cree usted, que no lo sé yo todo o qué?, ¿qué quiere, comer pan usted sólo?». Se calló la boca y se fue, porque me lo había contado Sabina.

8. Entrevista a Bedoya y Mariano el Carbonero

Nombre: Bonifacio Bedoya Gómez, «Bedoya».

Fecha de nacimiento: 14 de febrero de 1935.

Localidad: Barrio (Vega de Liébana).

Nombre: Mariano García Vejo, «Mariano el Carbonero».

Fecha de nacimiento: 9 de septiembre de 1928.

Localidad: Vendejo (Pesaguero).



Pregunta: -¿Mariano, cuántos años estuviste en el monte trabajando con la sierra?

Mariano: -La primera vez que yo salí cumplí 18 años en la Vega de Pas, en Pandillo, haciendo traviesas para un tal Miguel Arenal.

P: -¿Os fue él a buscar a Liébana?

M: -Sí, fue por medio de uno de Polaciones, Santiago Caloca, que era el encargado, que era de Salceda en Polaciones. Y yo vine con otros dos, uno que murió y otro que está en Brasil. Era la década de los 40, cuando el hambre, cuan-

do el estraperlo, que no había pan. Nosotros estuvimos allí hasta tres días enteros sin comer pan y sin comer nada casi; andábamos a moras y a avellanas, no había comida. Nos traían el pan, la harina la traían de Espinosa de los Monteros, de la parte de Burgos, y lo hacían en unos hornos que tenían clandestinos. Claro, era cuando el tiempo del estraperlo, teníamos que bajar por la noche a buscarlo porque por el día si nos veían los guardias nos lo quitaban. Después que dejamos de serrar y eso, con un cuévano de esos pasiegos, bajábamos a buscar los comestibles por la zona aquella.

P: -¿Cuántos años estuviste trabajando en el monte?

M: -Hasta que tuve 33 años que me casé, quitando el año 52 que me rompí una pierna y estuve un año sin salir, pero los otros años todos los años salí. Salía en primavera y venía a hacer la hierba y luego volvíamos a marchar en el otoño y veníamos por Navidad.

P: -¿Unos ocho meses al año durante quince años?

M:- Sí, yo he ajusta el dinero con un hombre que te prestaba, podemos decir, no salía más que dos veces. Otras veces salí por mi cuenta o en cuadrilla, pero cuando éramos chavales ajustábamos siempre. Yo a lo que más me dediqué fue a los pinos en el País Vasco. Estuve también haciendo para duelas en Galicia, en la Sierra de los Ancares, en la provincia de Lugo; estuvimos dos de Dobres, uno de Caloca y yo. En ese monte, era un monte grandísimo, había cincuenta y tantos tíos trabajando. Trabajamos para la casa de Pedro Domecq, de Jerez de la Frontera.

P: -¿Para hacer las cubas?

M: -Era cuando mandaban las cubas con las bebidas y no eran retornables los envases y se gastaba mucho de eso. Otra vez estuve en la provincia de Palencia en la parte de Brañosera, en Vallejo, en Osera y en Los Redondos tirando una subasta de robles. Pero quitando estas veces, la mayor parte de donde he estado fue en el País vasco.

P: -Me has hablado de trabajar con pino y con roble, ¿has trabajado con otro tipo de madera?

M: -Con haya.

P: -¿Cuál es la más dura?

M: -El haya.



P: -¿A la hora de trabajar, qué vale más, el arte serrando, tenerlo bien afilado u otra cosa?

M: -Por supuesto, tener las herramientas bien afiladas. El arte, cada uno es diferente, había algunos que serrabas con ellos que era una pena, con otros no te cansabas.

P: -¿Cómo afilabas, con lima, con terciador para los dientes?

M: -Había la lima plana y había la «cola de ratón», que era tipo punzón, que era esa redonda; esa era para ahuecar y la otra para afilar. Yo no fui afilador.

P: -¿Había gente especializada?

M: -Sí, había gente que sabía bien.

P: -¿A la hoja de la sierra le dabais algo, tocino o sebo?, porque sé que había gente que le daba sebo cocido.

M: -Alguna vez le dábamos con una pelleja de tocino, pero no le dábamos mucho porque no teníamos para nosotros. Con la piel le solíamos dar una pasadina.

P: -¿Dónde os quedabais, en el pajar de alguno u os hacíais alguna chabola?

M: -Nosotros dormíamos siempre en un hotel de cinco estrellas:

Bonifacio: -De mil estrellas.

M: -Sí, porque las veías siempre encima.

P: -¿Dormíais a la intemperie?

M: -No, a la intemperie no, pero yo en cama he dormido muy pocas veces, alguna vez en el País Vasco. Pero siempre siempre dormíamos en pajares, buscábamos sitios y allí nos metíamos, gallineros y así. En la Vega Pas dormimos en una cabaña de esas de los pasiegos, ahí estuvimos bien porque había mucha hierba y era muy caliente. Ahí en la Vega Pas tengo yo unas anécdotas muy curiosas, recuerdo un día que no teníamos nada que comer y bajaron los otros dos compañeros al pueblo, era cuando estaban haciendo los túneles de La Engaña y había un movimiento..., había gallegos, portugueses, ahí había de todo. Y bajaron al pueblo y no subieron nada de comida, y sólo se les ocurre subir un garrafón de vino: «teníamos poca sed»; «¿dónde vaís con esto, hombre?. Me decía Matías: «es que yo estuve con Vicente en Navarra y decía que el

vino quita el hambre». ¡Me cago en diez, me cago en diez, no teníamos dónde beberlo! Es una anécdota curiosa, en el monte no teníamos ni bota y lo echábamos en la sarten y allí lo bebíamos.

P: -A ver Bonifacio, ¿a qué edad comenzaste tú con la sierra en el monte?

B: -Empecé a los 17 años. Antes de eso yo había estado sirviendo desde los ocho años, yo me tiré toda la vida en el monte con las vacas; que dormíamos, cuando llovía, acurrucados debajo un árbol tapados con un paraguas, en cuclillas para no mojarnos. Desde los ocho años todo el pan que he comido me lo gané. Pero yo al monte salí ya con 17 años.

P: -¿Para trabajar con las sierras y con las hachas ya hay que estar formado, ser hombre?

B: -Sí, hombre, tienes que tener un poco de humanidad porque si no puede el hacha contigo o el tronizador, que es lo que ha dicho Mariano, que de tirar de tronizador con una persona o con otra, pues andaba el tronizador sólo prácticamente, y con la otra tenías que arrastrar al compañero porque no podías. El hacha no porque tenías que defenderte tú sólo.

P: -¿El hacha para dar el pique?

B: -Sí, para dar el pique y luego para «escañar» todo el ramaje al pino para luego pelar. Yo de hacha tiré y de tronizador también, pero de lo que más tiré fue de pala para pelar, estuve más tiempo pelando.

P: -¿Vosotros hacíais vigas y cosas así?

B: -Nosotros estuvimos con pinos y con los pinos hay variaciones, los primeros años que estuvimos era todo material, eran pinos grandes, y, después, casi todo el tiempo, estuve en apea y puntal que se llamaba, que es pino que lo manejas bien, como quieras; por eso cuando había uno que pelaba bien era lo más importante.

P: -¿Eso lo hacías tú?

B: -Eso me tocaba a mí siempre.

P: -Tengo entendido que has estado trabajando en muchos sitios, hasta en Francia.

B: -Yo sí, en el 61 marché para Francia.

P: -¿En qué parte de Francia estuviste, en los Pirineos?

B: -Sí, fuimos a los Pirineos, en los Pirineos bastante arriba. Ahí a hacha

estuvimos tirando muy poco, ahí casi no las usábamos, estuvimos para bajar la madera con cables, la recogíamos por los montes. Había un cable, se llamaba un cable estante, que era circular por el monte, y lo iba recogiendo todo a un parque donde había un teleférico que lo mandaba abajo, al pueblo, donde entraban ya los camiones grandes de una papelería.

P: -¿Qué tal se portaron los franceses con vosotros?

B: -Yo lo único que puedo decir de los franceses es que los que fuimos a Francia en aquel año vivimos. Aquí, en una ocasión, veníamos de Bilbao, de para Aranguren, estaba trabajando para Melitón el de Amorebieta para la serrería de Lekeitio, y veníamos, pues, traías el saco que por un lado asomaba el rabo de la sarten, por el otro lado asomaba un asa de la olla, todo quemado, todo lleno mierda; por otro lado un tronzador, por otro unas hachas...Y entramos en un vagón y ¡claro!, no había donde sentarse, y sólo se me ocurre a mí y le digo a uno: «vamos a hacer un poco el ganso para sentarnos». Empezamos a meter mano por todos los sitios y a arrascarnos, y en un momento quedaba hueco, quedó el vagón libre con nadie allí, ja, ja, ja. Claro, porque íbamos llenos de mierda, hay que decir la verdad, y discurremos eso. Éste lo sabe bien, y, además, con el saco a cuestras, cada vez que te movías sonaban todos los cacharros dentro, parecía una hojalatería aquello. Nosotros en Francia estuvimos una temporada con unos italianos, hasta que llegó nuestra cuadrilla, los de Turieno y Argüebanes y todos esos. Entonces dijeron que uno se hiciera cargo de la cocina y no sé por qué pero me echaron a mí; nos cogieron en coche, ¿eh?, aunque tuvieran que ir a buscarte a Alemania, ¿eh?; me llevaron a un almacén, y no sé los metros que tendría pero muchísimos metros porque tenía unas naves grandísimas, en un pasillo tenías sartenes, cazuelas; en otro camas, mantas, de todo. Y tú ibas cogiendo todo lo que necesitabas y lo iban apuntando. ¡Lo que necesitaras!, allí no te ponían tope de ninguna clase. Yo me quedaba asustado porque ver de dónde había salido yo y ver aquello, ¿esto qué es?, ¡esto es América! Ellos se encargaban de todo, si tenías que ir a un pueblo ellos te buscaban la casa, y si no había suficientes camas te ponían literas con colchonetas y todo. Yo estaba extrañado de cómo me trataban aquí a cómo me trataban allí, era distinto completamente.

P: -¿Las cuadrillas que iban por ahí eran todas de Liébana o había gente

de otras comarcas de Cantabria?

M: -Había también de Polaciones, de Polaciones y Liébana eran los que más; también había de Cabuérniga.

B: -Sí, hombre, y los más competentes. Después vinieron andaluces.

M: -No, hombre, esos no.

B: -Andaluces, gallegos... pero no.

P: -¿Tiraban los andaluces también de sierra?

B: -Sí, hombre, porque los ajustaban y si no les pagaban diez les pagaban cinco, pero no son de la raza nuestra para andar por el monte.

P: -Habéis estado por todo el Norte de España, porque habéis estado en Galicia, en la zona de Burgos...

M: -Yo nunca estuve en Asturias y para allá si que fueron.

B: -Yo sí estuve en Asturias:

M: -Para allá, en la parte de Palencia, para la parte de Burgos, en Espinosa de los Monteros estuvimos tirando rebollos. En Espinosa de los Monteros empalmando de Balmaseda, andábamos por las fincas, a lo mejor en una finca había seis chopos, en otra diez en otra cuatro y nosotros éramos ambulantes allí. Estuvimos en un pueblo que se llama Barcenilla, cerca de Espinosa, allí dormimos en cama porque hacía mucho frío; ya en el mes de noviembre nos caían unas heladas...Teníamos que llevarnos las herramientas para casa, porque del frío se quedaban tiesas, por si acaso se rompían. En Asturias no estuve nunca.

P: -Bonifacio, tú, sin embargo, sí estuviste en Asturias.

B: -Sí, la primera vez que fui ajustado a serrar, lo que pasa que no resultó bien, fue cuando fui con aquel otro de Barrio y nos tuvimos que volver. Después estuve en un monte en Arriondas, un monte bastante grande.

P: -¿Estuvisteis en Navarra?

B: -No.

M: -Yo tampoco.

P: -Pero había mucha gente que iba a Navarra.

M: -Sí, mi padre fue mucho a Navarra. De Navarra tengo yo una anéctoda, fueron a Navarra unos cuantos, buenos trabajadores, buenos labrantes, mi padre era uno de los mejores labrantes que había. Y dicen que fue un cura allá para que le serraran unas maderas para hacer tabla para una iglesia y se lo ajus-

taron. Mi padre no estaba, estaba el difunto Pepe y otros dos o tres y lo ajustaron a un tanto el metro, y después que se lo serraron, pues, le medían al cura las tablas por los dos lados. Quedaron en ir a por el dinero a la semana siguiente, fueron a cobrar, claro, el cura se había dado cuenta de la faena. Las tablas medían 30 centímetros por aquí, 30 centímetros por atrás, 60; y cuando va a pagarles les daba los billetes...«cien por aquí y cien por aquí, lo mismo que vosotros con las tablas». Los fastidió, porque habían venido locos de contentos y se pensaban que le iban a meter al cura la fiesta, que se pensaban que iban a ganar un dinero a cuenta del cura, el doble. También allí en Navarra, le oí contar a mi padre, que les ajustó allí uno para serrar madera para una casa y las defectuosas, pues, les decía: «ésta no, ésta no que está defectuosa, ésta la pones para el lado de la pared». Y había 20 ó 40 y le decía el viejo: «¿cuántas paredes va a tener la casa?». Anécdotas de esas había muchas, hombre.

P: -Me han dicho que dependiendo de la luna la madera queda mejor.

M: -La luna influye para la conservación de la madera, para trabajarla no. Para pelar el pino, el eucalipto es mejor la primavera porque está la savia subiendo y pela sólo; en otoño ya agarra más.

P: -¿Entonces para conservar?

M: -Es mejor la luna menguante.

B: -De octubre a febrero.

M: -Decían que para conservar la madera son los meses de la «R», así que desde septiembre hasta abril.

P: -Claro, después ya está la savia arriba.

M: -La luna influye mucho.

P: -¿Con qué labrabais, con el hacho?

M: -Sí, con el hacho, con la pequeña se picaba y con la grande se labraba.

B: -La gente se especializaba dentro de las cuadrillas, lo mismo que para afilar la sierra, que tenía que ser siempre el mismo, porque yo a lo mejor daba una postura a los dientes y venía Mariano y le daba otra, entonces ya no iba igual. Había un terciador que lo terciaba, es muy difícil eso.

M: -Había que terciar la sierra bien porque si no se iba.

P: -¿Cómo se bajaba la madera del monte?, porque había una carreta que

llaman rabona y hay otros medios, metiendo una cuña en la parte del tronco o amarrándolo con una cadena.

M: -Eso eran los carreteros, nosotros no. Cuando estuvimos más arriba de la Vega de Pas, en Pandillo, que estaba bastante arriba, abajo del Castro Valnera, y lo bajaban con el cuévano los pasiegos. Había allí cuatro o seis y en un momento desbalijaban el castillo que tenías y lo tiraban por un desprendimiento y ya lo cogían. Las traviesas del Norte, las de RENFE, andaban pesando cien kilos, ciento y algo; y las de dos metros, las de vía estrecha pesaban 70, 80 ó así.

P: -¿Eso lo bajaban a hombro?

M: -Allí no entraba el carro, lo sacaban a hombro los pasiegos.

B: -Nosotros, en los montes aquellos de Vizcaya, en montes grandes, nos tocó en los ajustes el recogerlo donde lo cogían los camiones y muchas veces había sitios muy malos donde había que sacar los maderos a rastras.

M:- Yo estuve trabajando en un monte allí, cerca de Galdácano, y nos lo sacaban con parejas de bueyes los carreteros vascos. Hacíamos como una plataforma para cargar de la misma madera y de ahí nos lo bajaban. Los troncos los pelábamos y los dejábamos enteros. Pero con parejas de bueyes.

P:- ¿Las parejas de bueyes llevaban al yugo una cadena?

B:- Sí, a algunas le ponían la rabona esa que dices, que es un trozo de madera larga, que es más para aguantar que no se metiera contra los bueyes. Pero no lo vi mucho, lo vi alguna vez en un monte que tirábamos en Galdácano.

P: -¿Hasta que años se ha estado trabajando en el monte con sierras de mano?

M: -Yo no lo conocí, yo dejé de trabajar el monte el año 61 y ya al poco empezó la motosierra.

B: -Yo estuve en Francia tres años y, entonces, me vine para coger una colocación en Santander, pero como me dieron largas, entonces, me fui a trabajar a una obra pero para mí no era eso y, entonces, me volví al monte y estuve en Sodupe y por ahí; que estuve con un primo mío de Lerones que se mató, Amador; y ya estábamos con motosierras, que sería en el 64. En el 64 funcionaban a tope. Nosotros éramos nada más que pelar, él lo tiraba y lo tronzaba. Y lo que es la confianza, un día metió la motosierra así por bajo, no sé cómo la metió y le llevó el pie.

P: -¿Había muchos accidentes?

B: -Sí había, cosas de hachazos en una pierna...

M: -Yo rompí una pierna en el monte, estábamos tronzando un haya en una cuesta, era en febrero y había mucha helada y no me agarraba bien, metí por detrás la palanca y según tiré vino una rama, me cogió y me llevó y marché por toda la cuesta adelante, adelante y al saltar me la partí.

P: -¿Ha habido accidentes graves con muertes?

B: -Sí, sí, aunque no era cosa de todos los días.

M: -La gente tenía cuidado.

B: -Gordos gordos tampoco, había pero muy salteados.

M: -A excepción de esa que me rompí la pierna no sé si habría otra ocasión que me cortaría o me haría algún arañazo.

B: -Yo sí, yo tuve dos hachazos, en la pantorrilla me dieron siete puntos y en la espinilla también.

P: -¿Merecía la pena hacer este trabajo?

M: -Merecía la pena porque no había otra cosa, pero no, no.

P: -No estaba bien pagado.

M: -Lo difícil que era y el trabajo que se hacía no estaba compensado. Yo recuerdo el año antes o los dos años antes de dejar yo de trabajar, estuvimos un primo mío, otro del pueblo y yo en El Pontarrón de Guriezo haciendo un eucaliptal para un vasco que estaba desterrado, que no podía volver a Guipuzcoa y se dedicó a contratar montes y estuvimos trabajando para él y por todo el día trabajando y a la noche, había noches que después de cenar venía un camión de carretera y bajábamos a cargarle, igual 24 ó 25 toneladas, nos pagaban 300 pesetas. Pero fíjate tú, te estoy hablando del año 59, pero después de estar trabajando todo el día en el monte. ¡Ay!, después fue más gorda esa, que estuvimos ahí mes y pico, sobre 18.000 pesetas y cuando fuimos a cobrar se había marchado a Francia y no nos pagó. Luego sí nos pagó, porque sabíamos que tenía un socio que tenía una fábrica de camisas en Bergara y nos pagó él. ¡Vaya primavera!

P: -¿Pasabais el verano en casa, hacíais la hierba y luego os marchabais?

B: -Por lo general en los montes estabas hasta primeros de junio y después volvías en septiembre, en el tardío.

P: -¿Eso de solteros o también de casados?

B: -Yo de soltero.

P: -¿Se quedaban las mujeres solas en casa?

M: -Sí, sí, con las vacas, las ovejas y los hijos.

P: -Se tiraban solas a lo mejor ocho meses.

B: -Sí, sí, era la manera de hacer algo.

P: -Era una vida muy dura.

B: -No era lo que te pagaban, muchos días no daban ni para la comida y eso que se comía muy mal.

P: -¿Qué comíais, un puchero de alubias o algo así?

B: -Pues por la mañana uno se encargaba de freir las chulas que se llamaban, de tocino, pan y vino, que los primeros años no había vino.

M: -Yo estuve mucho tiempo en el monte sin beber vino.

B: -Y al mediodía ponías una olla de fréjoles con un poco de tocino allá y algunos días, a mí me pasó más de un día, no los podías comer porque estabas al trabajo y a nada que lo descuidaras, pues se te quemaban los fréjoles.

M: -Estuvimos en Villafranca de Ordicia, en Guipuzcoa, quedamos al otro día de Reyes marchar y hasta el día de San Pedro que volvimos no comimos más que alubias, pan y tocino; quitando el día de San José que salimos y comimos una comida extraordinaria, los demás días alubias, pan y tocino.

B: -Yo los dos años primeros que estuve en el monte no bebí vino.

M: -Yo también, tres años.

P: -¿La ropa para el frío?

M: -No teníamos frío, a la noche teníamos manta.

P: -¿Qué calzado usabais?

M: -Corizas de goma con cintas.

B: -Yo estuve durmiendo en Usánsolo, allí en La Barranquilla, en una casa que les costó darnos el sitio, y ¡coño!, que esto está muy bien, que esto no sé cuanto; y ya nos cobraba algo, no recuerdo lo que era, tres pesetas, aquel vasco. ¡Hostias, joder!, ése ya nos cobraba. Y hubo gente que se dio cuenta la segunda noche porque estábamos todos mojados, como sudados, y la tercera noche esto no puede ser, esto no puede ser, nos ponemos a mirar y estábamos encima de una pila de abono que estaba fermentando. ¿Eh?, que así, claro, te subía un calor

que casi nos morimos.

P: -¿Qué tal era el trato con la gente de los pueblos?

M: -Eran muy desconfiados de primeras.

P: -¿Igual en un sitio que en otro?

M: -Allí, en el País Vasco a lo primero eran desconfiados, hasta que te hacías con ellos; después eran gente buenísima, el vasco es gente buenísima.

B: -Lo que pasaba ahí es que hubo gente antes que dejaron muchos pufos y que las hicieron y entonces, pues claro, joder, los que íbamos detrás pagábamos.

P: -¿En Galicia también, qué tal la gente allí?

M: -Bien, bien, nos trataron bien.

P: -¿Y con las otras cuadrillas?

B: -Tú estás a tu monte y ellos también.

P: -Digo después del trabajo, ¿o no teníais trato?

M: -Tato sí. Los navarros eran taladores buenos.

B: -Trato con todos, los navarros eran gente noble, muy buena gente.

M: -Problemas con gente de otras cuadrillas yo nunca tuve. Cuando estuvimos trabajando para Miguel Arenal había una cuadrilla de Polaciones que después de serrar se ponían a tirar madera para otro día de noche, y nosotros tampoco íbamos a ser menos y con una linterna tirábamos los robles para tenerlo preparado para otro día. Era casi por envidia, pero no había problema.

P: -Tú padre también fue serrón, ¿era cosa de familia?

M: -Sí, sí, mi abuelo nos decía que la sierra tiene muchos dientes y todos comen a la vez, y siempre nos decía que nos fuésemos donde sería pero que dejásemos la sierra. Mi padre fue serrón y un buen labrante.

B: -En mi familia no, tuve tíos que sí.

M: -A mi padre en una ocasión, estuvo 20 años en Vizcaya y luego estuve yo, tuvo una apuesta que el encargado decía que era el mejor labrante y le pusieron un madero y le dijo: «lábrale como tú sabes que es para una pasta». Le labró que si pasa una cepilladora no saca nada y la cuerda de abajo no se veía, porque la cuerda se ponía abajo y tenía que hacerlo a ojo.

P: -¿Qué utilizabais para marcar?

M: -Tinta hecha a mano de paja o de helechos, lo quemábamos bien en una lata de sardinas, lo amasábamos bien porque había que amasarlo bien.

B: -También había que saber tirar de la cuerda, ¿eh?

M: -¡Ah, sí, sí!, también teníamos preparado una medida en madera de varios tamaños, esta cuerda iba por aquí, esta por aquí y marcábamos. Porque el madero a lo mejor tenía diez tablas e ibas marcando, después ponías allí, tirabas y ¡zas!

B: -El uno aguantaba de aquí y el otro de allí, pero el que tiraba de la cuerda tenía que saber porque si la desviabas se jodía una tabla, claro había sus trucos.

M: -También había un punto en medio que le ponías un nivel para abajo, para ponerla encima del taller, que eran cuatro palos, había que buscar con el plomo y calzar en un sitio o en otro para que quedara a plomo, bien aplomado, porque si no salía mal. No era difícil, pero fácil no era, para un analfabeto sobre eso no había nada que hacer.

P: -¿Quereis contar algo más?

M: -A mí me gustaba mucho tronzar.

B: -Sí, pero tronzar con uno que supiera, que trabajabas el doble menos.

M: -Nosotros, cuando estuvimos en Galicia, eran tres socios: los Pires de Oviedo, Obrador y compañía y Maderas Villafranca, y nos habían traído un tronizador de Asturias de tres metros y había robles que todavía había que picarlos un poco para que alcanzara, y después que caían, por la gordura del madero, tenías que hacer unos andamios con unas ramas para poder alcanzar para tronzar. ¡Vaya robles!, era una madera muy blanda.

P: -Mariano, veo que haces piezas de artesanía en miniatura.

M: -Sí, lo hago con la navaja para entretenerme, cebillas, palos de hilar y cosucas así. Lo mando a Potes para los turistas.

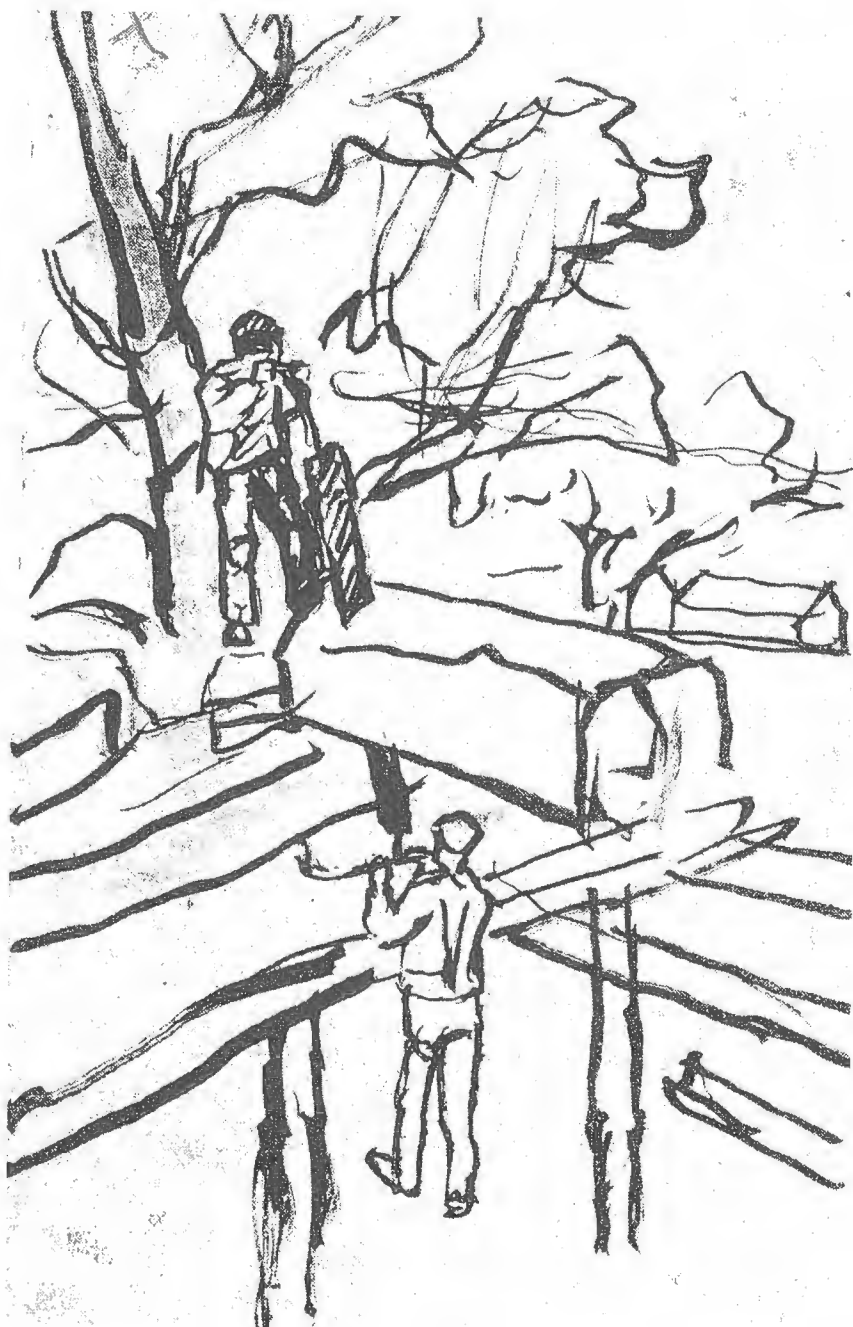


V.
LA IMAGEN DE LOS SERRONES
SEGÚN AGUSTÍN RIANCHO

El pintor cántabro Agustín Riancho y Gómez de la Mora (1841-1929), plasmó desde niño en sus creaciones los paisajes de la tierra que le vio nacer. Tras su ingreso en la madrileña Escuela de Bellas Artes de San Fernando a los 17 años, tanto su vida como su obra se desarrollaron por diferentes lugares y con diversas influencias, así en Madrid, Amberes, Bruselas, París o Valladolid enriqueció conjuntamente su vida personal y su arte pictórico, en un periplo que duró treinta años. En 1888 se estableció de nuevo y hasta su muerte en su Entrambasmestas n tal, para plasmar en sus cuadros una y otra vez las imágenes del entorno pasiego. Abarca en lo técnico desde el naturalismo más puro de sus comienzos al impresionismo expresionista más original de sus últimos años.

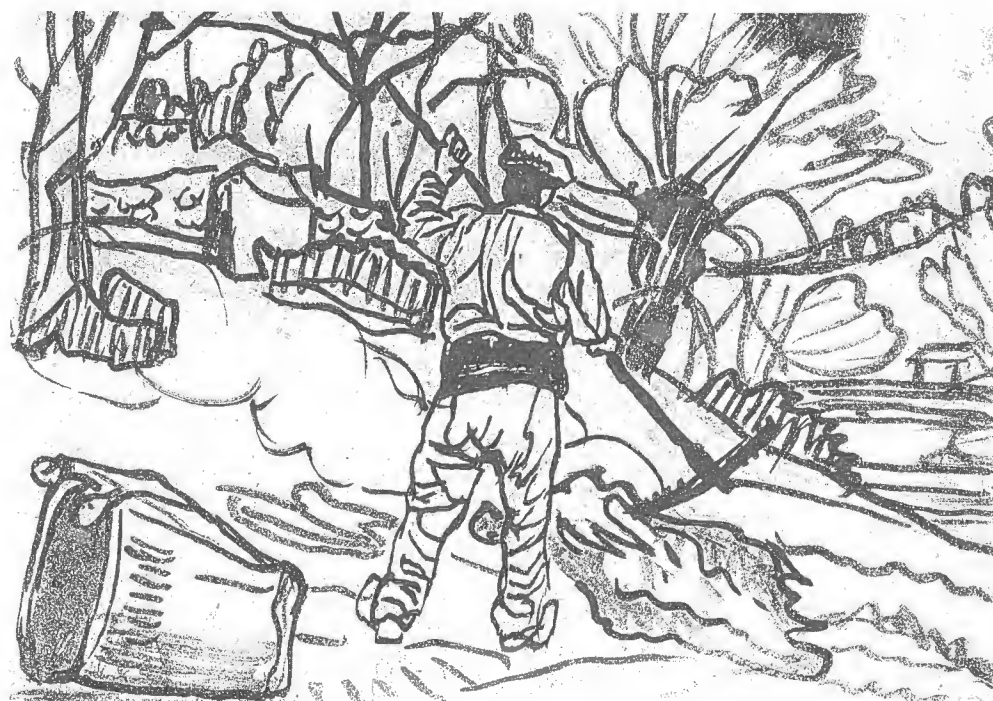
Riancho tomó apuntes del natural, pintó multitud de veces los imponentes bosques que le rodeaban, el curso bravo del río que da nombre a su comarca, los campesinos que trabajaban la tierra, los pastores con sus rebaños, el ganado de sus convecinos. Entre estas gentes sencillas y laboriosas, el artista se sintió inspirado para retratar como ninguno el acontecer, el esfuerzo cotidiano, siendo el único pintor que subió al monte y reflejó el duro trabajo de los serrones cántabros. Estas ilustraciones son, sin duda alguna, documentos gráficos de lo que se ha expuesto en estas páginas, más aún cuando no existen fotografías conocidas de ello en ningún museo etnográfico de la región. Mayor valor y significado adquieren por haber sido mostrados al público por primera vez en la exposición retrospectiva “La figura en la obra de Agustín Riancho”, en la Galería de Arte Santiago Casar de Santander, en marzo de 1997; precisamente de su catálogo han sido tomados de los presentes dibujos. Los originales se encuentran depositados en la Casa Museo de Ontaneda.















VI. GLOSARIO



Roble abuelo. Liébana.



Abombada:: Lima con esa forma particular.

Afilador: Dentro de una cuadrilla de serrones, quien está especializado en afilar las herramientas.

Afilar: Sacar filo con las limas a los dientes de los tronza-dores y de las sierras y a las hojas de las hachas para que puedan serrar y cortar lo más óptimamente posible.

Ajustado: Cuando se ha llegado a un acuerdo en el ajuste o pago que se va a recibir por un trabajo determinado en el monte. También, quien va contratado por un dinero fijo, negociado previamente, al monte.

Ajustar: Acordar o negociar un precio por un trabajo determinado en el monte.

Ajuste: Acuerdo sobre el dinero a cobrar por un serrón por un trabajo determinado en el monte.

Albarcas: Calzado de madera típico de Cantabria, usado tradicionalmente en el campo montaños. Abarca. Almadreña.

Albarquero: Artesano de la

madera que fabrica albarcas.

Albura: Parte de un árbol que está entre la corteza y el corazón o madera propiamente dicha y que se debe retirar después de la tala, pues se pudriría el tronco cortado

Alcalde: Poste central en una hoya carbonera sobre el que se apilan verticalmente los troncos. Macho.

Amo: Quien contrata a un serrón para realizar su trabajo. Dueño de la madera a serrar.

Añil: tintura natural de ese color particular. Disuelto en agua sirve para hacer el tinte donde se moja la cuerda que se utiliza para marcar las líneas en la madera por donde se debe serrar.

Aperos /de labranza: Conjunto de herramientas y utensilios que se emplean en las actividades agrícolas.

Asta: Soporte de madera o mango donde se ajustan las piezas metálicas para conformar una herramienta. Palo. Vara.

Azada: Herramienta de agricultor que sirve para cavar la tierra, tiene un mango alargado

de madera y en su extremo va sujeta una pieza metálica plana perpendicular a dicho mango, con la que se remueve el terreno.

Azadillo: Azada pequeña.

Azadón: Azada grande.

Azuela: Herramienta de mano de carpintero que sirve para debastar y labrar la madera. Azadillo.

Banco: Mesa donde se apoya la madera y trabajan los carpinteros.

Barquía: Embarcación menor a remos construida en madera, típica del Cantábrico, que tiene la popa o parte trasera de forma redondeada y con timón.

Barreno: Herramienta metálica de carpintero de forma cilíndrica con punta en espiral que sirve para horadar la madera. Barrena de mano.

Basna: Vehículo sin ruedas que puede ser arrastrado por animales de tiro o no, y en el que se suele transportar la hierba cortada durante la siega en zonas altas del occidente de Cantabria. Especie de trineo.

Berezo: Brezo

Boca: Hoja del hacha.

Según su tamaño se denomina grande o pequeña.

Borona: Pan de maíz tradicional del campo cántabro.

Borrón: Mancha que se produce a la hora de marcar la línea de serrado en un madero si la cuerda de marcar tiene exceso de tinte.

Bote: Embarcación pequeña a remos construida en madera, que tiene la popa o parte trasera plana y no lleva timón.

Burro: Caballete.

Caballete: Entramado de maderas donde se colocan los troncos para ser serrados. También, taller. Serradero.

Caballo: Caballete.

Cabaña: Edificación típica de los Montes de Pas y zonas limítrofes que se halla diseminada por el territorio. Consta de dos plantas, la baja se destina a cuadra para el ganado y la superior a habitación para la familia y pajar. También las hay que sólo tienen la cuadra y el pajar.

Cabezal: En un caballete es la pieza superior, colocada horizontalmente, donde se apoyan los troncos para ser serrados.

Cabrio: Pieza alargada de

madera que se usa en conjunción de otros para construir el tejado de un edificio.

Calafate: Obrero de un astillero especializado en calafatear o hacer impermeables los cascos de los barcos de madera que allí se fabrican o reparan.

Camá: Base de ramas que sirve de aislante entre el suelo y la madera a quemar, en una hoya carbonera o chandorro, en la cuenca alta del Besaya.

Cambas: Piezas de madera donde iban sujetas las ruedas en los antiguos carros chillones.

Cambones: Cambas.

Cambera: En Cantabria, camino empinado en un monte. También ladera.

Cantero: Artesano u obrero que trabaja la piedra.

Carbón de madera: Carbón obtenido de la combustión lenta de madera en una carbonera. Carbón vegetal.

Carbón de piedra: Carbón de origen mineral. Combustible fósil.

Carbón mineral: Carbón de piedra.

Carbón vegetal: Carbón de madera.

Carboneo: Proceso por el que se obtiene carbón vegetal quemando madera de una manera determinada.

Carbonera: Lugar donde se produce la combustión de la madera para obtener carbón vegetal. Es construida de forma artesanal en los mismos bosques por los carboneros con tal finalidad. Hoya.

Carbonero: Quien produce el carbón de madera.

Carpintería: Oficio y arte de trabajar la madera. Taller del carpintero. Estructuras y objetos de madera en un edificio, construcción u obra.

Carpintero: Obrero que trabaja la madera y que con este material fabrica cosas diversas. Puede ser de estructuras de edificios, de muebles, de obras y vías, y de ribera para hacer barcos.

Carreta: Vehículo de tracción animal construido en madera que se emplea en el transporte de carga.

Carretero: Persona que en el pasado se dedicaba al transporte de mercancías en carros y carretas arrastradas por bueyes

de tiro.

Carro: Vehículo de tracción animal construido en madera que se emplea en el transporte de carga.

Cayuela: Piedra caliza que aparece en la naturaleza de forma espontánea. Tiene el color azulado y suele ser abundante en fósiles.

Cebilla: Collar de madera que se pone al ganado vacuno para atarla por medio de una cadena al pesebre sin que se lesione el cuello. Tiene forma en «U», con un pasador de cierre entre los extremos.

Cepa: Parte leñosa de una planta. El tocón y las raíces de un árbol cortado.

Cepillo: Herramienta de mano de carpintero que sirve para igualar y alisar la madera, librándola de sus asperezas. Tiene un taco de madera con una cuchilla metálica atravesada en su interior y una abertura por donde salen las virutas de la madera.

Cerramiento: Cierre perimetral de una finca compuesto por varias estacas de madera unidas entre sí para impedir el

paso a la misma.

Céspedes: Porciones de tierra con hierba sacadas del campo con una azada empleando gran habilidad. Tepes.

Chabola: Refugio improvisado en el monte, hecho con maderos y ramaje, que construían los serrones para guarecerse durante la noche si no tenían otro lugar para dormir. Choza.

Chandorro: En la cuenca alta del Besaya, hoy carbonera.

Choza: Chabola.

Chula: En Liébana, loncha o tajada de tocino frito. Torrezno.

Cinta: Cuerda hecha artesanalmente con lana de oveja que se empapa en tinte con la que se marca el tronco para indicar por dónde se tienen que serrar.

Codo: Medida de longitud que equivale a 418 milímetros.

Cola: Pegamento que se usa en carpintería para pegar piezas de madera.

Cola de ratón: Tipo de lima cilíndrica con esa forma particular.

Collera: Especie de arnés que se coloca a los animales de tiro para que no se lastimen el

cuello. Collar.

Colodra: Pieza tallada en madera o en cuerno que se lleva colgada del cinturón durante la siega y en donde se guardan los elementos para afilar el dalle.

Coloño: En Cantabria, montón o haz de leña.

Contrata: Manera de contratar a los serrones por un tiempo determinado.

Corazón: El interior de un árbol, la madera propiamente dicha.

Corizas: Calzado de cuero o de goma, abierto por el empeine y que se sujeta con cintas a la pantorrilla, especial para trabajar en el monte entre maderos.

Corojoso: Estado en el que queda un madero cuando se ha podrido o le ha entrado la polilla. Apolillado.

Correa: Cualidad que poseen ciertas maderas para ser dobladas. Flexibilidad.

Corteza: La parte exterior o piel del árbol.

Costilla: En un barco, cuaderna.

Cuaderna: Parte curva en la estructura interior de un barco que sale de la quilla y a la

que van clavadas las varetas para formar el casco. Costilla.

Cuadrilla: Grupo de serrones que trabajan juntos.

Cuba: Recipiente de madera para guardar líquidos. Barrica. Barril. Tonel.

Cubicar: Hallar en estéreos o metros cúbicos el total de la madera cortada.

Cuerda: Cinta.

Cuévano: Cesta hecha con tiras de avellano que se porta a la espalda en los Montes de Pas. Especie de mochila de factura vegetal.

Cuña: Pieza metálica o de madera de forma angulosa.

Cureña: Base de madera donde iban sujetos los cañones de los barcos antiguos.

Curioso: Limpio, aseado.

Dalle: Herramienta de agricultor que sirve para segar la hierba. En Cantabria, guadaña.

Desbrozar: Quitar la corteza a un tronco de árbol.

Deshilar: Serrar a lo largo un tronco.

Desmochar: Cortar las ramas de un árbol que se ha talado. Escañar.

Desnudar: Cortar con

hacha los nudos propios de la madera a un tronco.

Destajo: Modalidad o forma de trabajar que consiste en hacer una labor sin miramientos de horarios o condiciones laborales.

Diente: Apéndice afilado de una sierra que en conjunción de otros conforman el filo de la misma.

Duela: Pieza alargada y plana de madera que con otras iguales se fabrican cubas, barricas, barriles y toneles.

Ecálito: Eucalipto.

Escañar: Cortar el ramaje a un árbol talado. Desmochar.

Escarpines: Calzado tradicional que se usa con albarcas. Especie de zapatilla de lana sin suela, típica de Cantabria.

Espárrago: Pieza pequeña y cilíndrica de madera que sirva para unir y sujetar dos piezas en carpintería.

Estéreo: Medida de volumen, equivale a un metro cúbico de madera.

Estrabandón: Vara o palo que se utiliza para asegurar el amarre con cadenas de un tronco a al yugo de una pareja de

bueyes de tiro.

Estraperlo: Sinónimo de contrabando o de algo ilegal.

Fréjol: Alubia. Frijol.

Ganchos: Piezas metálicas con puntas en sus extremos con las que se sujeta un tronco a un serradero. Gatos. Sargentos.

Garlopa: Cepillo de carpintero de mayor tamaño y peso.

Gatos: Ganchos.

Hacha: Herramienta que sirve para talar y labrar árboles, consta de un mango alargado de madera y de una pieza metálica plana con filo en un extremo de éste.

Hacha bipenne: Hacha de dos bocas que utilizaron los antiguos cántabros en las guerras contra Roma. Es la segur de los celtas y germanos de la Edad del Hierro.

Hacha de dos bocas: Hacha con dos hojas cortantes de desigual tamaño, colocadas una a cada lado. La hoja grande se denomina hacha y se utiliza para labrar, y la pequeña hacho y se usa para talar. Esta denominación se emplea en las comarcas al este del río Besaya.

Hacho: Denominación que

se da al hacha de dos bocas en las comarcas al oeste del río Besaya y en Campóo. A las hojas se les denomina simplemente boca grande y boca pequeña.

Hornija: En el Alto Mięra y la cuenca del Asón, haya joven.

Hoya: Carbonera.

Ijada: Vara alargada que se usa para azuzar el ganado, suele ser de madera de avellano.

Labrante: Serrón especializado en labrar la madera con el hacha.

Labrar: Dar a la madera una forma regular con las herramientas.

Lata: Recipiente donde se hace el tinte y se empapa la cuerda de marcar la línea de serrado.

Legra: Herramienta de mano con una cuchilla de hoja curva en uno de sus extremos, que sirve para vaciar las albarcas.

Lima: Objeto con el que se afilan las herramientas cortantes. Puede ser de tamaño y forma diversos.

Macho: Alcalde. Poste central de una hoya carbonera.

Machos: Bueyes de tiro que

se empleaban en el transporte de madera. Yunta.

Máquina: Motosierra.

Masera: Recipiente de madera donde se amasaba la harina de maíz para hacer la borona.

Matacio: La matanza del chon o cerdo.

Maza: Herramienta que sirve para golpear. Consta de un mango de madera alargado y una pieza metálica ajustada a un extremo en forma de martillo, que puede ser de diferente peso.

Media caña: Tipo de lima con esa forma.

Merlucera: Embarcación menor de pesca a motor típica del Cantábrico, que tiene una cabina para que se guarzca la tripulación.

Monte: Elevación del terreno. Peyorativamente, bosque. Lugar de trabajo de los serrones.

Motosierra: Sierra mecánica de mano que funciona con un motor de explosión. Máquina.

Muda: Trashumancia tradicional que se hace en los Montes de Pas de una cabaña a otra de manera estacional para que el ganado aproveche el pasto

de varias fincas.

Nivel: Verticalidad hallada con una plomada colgante perpendicular al suelo, que es necesario para marcar las líneas de serrado en un tronco. También, plomada.

Nudo: Protuberancia o saliente, más duro de lo normal, en un tronco.

Pajar: Lugar donde se guarda la paja o alimento seco para el ganado. En cierto sentido, cabaña.

Paleta: Cubierto plano de madera que se usaba con la masera para amasar la harina de maíz en la elaboración de la borona.

Palillo: En el alto Besaya y Campóo, palo, vara, mango para herramientas.

Palo: Mango de madera para herramientas. Vara.

Palón: Palo grande.

Panda: Ladera de un monte. Pendiente.

Pareja: Pareja de bueyes de tiro, yunta para transportar la madera.

Pasiego: Habitante de la comarca del Pas, en el centro-sureste de Cantabria. Se genera-

liza como sinónimo de ganadero o campesino.

Patache: Antigua embarcación a vela construida en madera, típica del Cantábrico, empleada en el pasado en la pesca de altura y en el pequeño cabotaje.

Pelar: Quitar la piel a un árbol.

Peto: Hoja de hacha pequeña y de mayor grosor de lo normal que se emplea para talar y desnudar. Boca pequeña del hacho. Hacho, en la comarca al oriente del río Besaya.

Pie: Medida de longitud que equivale a 33 centímetros aproximadamente.

Piel: La parte exterior del árbol. Corteza.

Pindio: Empinado, que está muy en cuesta.

Pintura: Tinte. Tinta.

Pique: Corte horizontal que se da con el hacho en la base de un árbol como paso previo en su tala.

Plana: Tipo de lima con esa forma.

Plomada: Cuerda con un peso al final que se deja colgar para hallar la verticalidad o nivel y poder marcar correctamente



las líneas de serrado en un tronco. Nivel.

Plomo: Peso que va atado en el extremo de una plumada y que hace que la cuerda de la misma quede en perfecta verticalidad y perpendicular al suelo.

Popa: La parte posterior de una embarcación.

Prao: En Cantabria, prado. Finca donde pace el ganado. Sel.

Prestado: Serrón contratado por alguien que es cedido para trabajar para un tercero, pero cobrando del primero.

Prestar: Ceder, por parte de un contratante, un serrón a un tercero para que trabaje para este último.

Prisiones: Piezas metálicas que sujetan las cadenas que unen las cebillas del ganado a los pesebres.

Proa: La parte delantera de una embarcación.

Pulgada: Medida de longitud que equivale a 25,4 milímetros.

Punzón: Herramienta de mano metálica de forma cilíndrica con una punta incisiva y penetrante en uno de sus extremos.

Quilla: La parte inferior y sobresaliente del casco de una embarcación, que de proa a popa recorre su totalidad y va sumergida, que ayuda en la navegabilidad y evita que el barco vuelque sobre sí mismo.

Quima: En Cantabria, rama de un árbol. Rama pequeña.

Rabona: Carreta especial para transportar madera. Pieza plana de madera que se une al yugo de una pareja de bueyes de tiro y se arrastra por el suelo cargada de madera. Su nombre deriva de rabo, pues va detrás o «al rabo».

Rastrillo: Herramienta de mano de agricultor que sirve para atropar o juntar la hierba segada, consta de un mango alargado de madera y una tabla con púas atravesada en uno de sus extremos.

Redeño: Red pequeña enfundada en un aro que está adosada a un mango de madera y se utiliza en la pesca tanto de costa como de río y en el marisqueo.

Respiral: Agujero o abertura a modo de chimenea que se

deja en la parte baja de la carbonera para que la combustión interior tenga suficiente oxígeno y puedan liberarse los humos producidos en el proceso de carbonización.

Ripia: Tablillas de madera que se usan para hacer techos y tejados en las casas y en las cabañas.

Rollo: Tronco cortado.

Sangre: La savia del árbol.

Savia: Liquido que circula por los conductos interiores de un árbol con la misión de alimentar las células. La sangre del árbol.

Secar: Librar de la savia a un árbol recién talado introduciéndolo en una corriente de agua.

Segur: Hacha bipenne de guerra.

Serradero: Lugar donde se sierra la madera en el monte. Aserradero. Taller. Caballete.

Serrín: Polvo de madera que se obtiene al serrar.

Serrón: Obrero forestal especializado en la tala y serrado de árboles. Serrador. Aserrador.

Serrote: Sierra de mano con una empuñadura en uno de

sus extremos, sirve para serrar piezas menores de madera. Serrucho.

Sierra: Herramienta metálica que sirve para serrar o cortar madera, consta de una hoja plana dentada en uno de sus bordes y empuñaduras en sus extremos. Las hay de diversos tamaños y modelos.

Sierra de arco: Sierra de carpintero no demasiado grande y de poco recorrido, que puede ser usada por un sólo hombre. Se llama así por la pieza en arco que une sus dos extremos y a la que va sujeta la hoja.

Sierra de serrón: Sierra grande utilizada para serrar troncos, que para su uso deben cogerla dos o tres hombres. Una de sus empuñaduras es cambiabile, para poder ser quitada con facilidad cuando al serrar se llega a los cabecales de apoyo del serradero, mover unos centímetros el tronco para no cortar dicho cabezal y poder seguir serrando sin sacar la sierra de la madera. También, sierra de burro o de caballete.

Tabla: Porción de madera serrada con forma rectangular,

perfil regular y que puede ser manejada sin dificultad por un solo hombre.

Tablón: Tabla grande.

Talador: Quien tala, corta, tira o echa abajo un árbol.

Talar: Cortar, tirar o echar abajo un árbol.

Taller: Serradero. aballete.

Tardío: En Cantabria, otoño.

Terciador: Herramienta metálica de mano que sirve para terciar, trabar o volver a su posición original los dientes de la sierra que se han movido durante el serrado.

Terciar: Devolver a los dientes de la sierra su posición original con un terciador cuando se han movido durante el serrado. Trabar.

Tinta: Tinte. Tintura. Pintura.

Tinte: Tintura hecha por los serrones para empapar la cuerda que hace la marca en la madera por donde se ha deerrar. Se confeccionaba diluyendo añil o algún vegetal quemado.

Tirar: Talar. Cortar un árbol.

Tocón: La parte de un árbol que queda en la tierra después de haber sido cortado.

Torrezano: Loncha o tajada de tocino frito.

Trabador: Terciador.

Trabar: Terciar.

Trainera: Embarcación alargada de madera a remos y a la que se le puede aplicar una pequeña vela, típica del Cantábrico, empleada en el pasado en la pesca de bajura y en la actualidad en regatas deportivas.

Traviesa: Tablón grueso y pesado de madera de roble sobre el que se asientan los railes y forma con estos la vía del tren. Son de varios tamaños, dependiendo de la compañía del ferrocarril para la que sean.

Tronco: La parte central de un árbol. Lo que queda de éste después de haber sido talado y desmochado.

Tronzador: Sierra tosca de dientes grandes empleada en la tala o corte de árboles.

Tronzar: Talar o cortar un árbol con tronzador. Romper.

Valluco: Originario de Valderredible.

Vara: Porción de madera alargada y de forma cilíndrica. Palo. Parte del caballete de un serradero que con otras iguales sujetan los cabezales de apoyo.

Varales: Conjunto de varas. Es sinónimo de serradero. Caballete. Taller.

Vareta: Tabla o tablilla que va entre las cuaternas o costillas de un barco para conformar el casco.

Viga: Elemento horizontal de madera de forma prismática de una construcción que soporta una carga y salva un hueco, se utiliza para formar techos y suelos.

Vigueta: Elemento de madera de forma prismática de una construcción que va coloca-

da atravesada entre las vigas y es de dimensiones menores que éstas.

Viguetilla: Elemento de madera de una construcción que con otras similares cubren vigas y viguetas y forman suelos y techos. Tablilla.

Yugo: Pieza de madera que sirve para uncir bueyes de tiro. En Cantabria se hacen de forma artesanal y se tallan a mano, con gran profusión de grabados artísticos.

Zapita: Recipiente cerrado de pequeño tamaño para portar leche. Especie de olla menor.

Zurrón: Bolso rudimentario que se lleva colgado del hombro o en bandolera por medio de una correa, donde se guardan y portan cosas diversas.

VII.
BIBLIOGRAFÍA



Puesto de venta de rabeles en una feria, el 15 de septiembre.

-
- AEDO, C., Y OTROS, «El Bosque Atlántico», Debate/Círculo, 1987.
- AEDO, C., Y OTROS, «El Bosque en Cantabria», Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, 1990.
- ALCALÁ ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, J., «Historia de una empresa siderúrgica española: Los Altos Hornos de Liérganes y La Cavada, 1622-1834», CSIC, 1974.
- ARIAS CABAL, P., «De Cazadores a Campesinos. La Transición al Neolítico en la Región Cantábrica», Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, 1991.
- ASÚA Y CAMPOS, M. DE, «El Real Astillero de Guarnido», Astillero por la cultura, reedición especial, 2003.
- AA.VV., «Cantabria», Guías de Divulgación de Nuestro Entorno Natural e Histórico, MOPU, Dirección General del Medio Ambiente, 1982.
- AA.VV., «Barcos y Astilleros. Construcción Naval en Cantabria», Biblioteca Navalía, Autoridad Portuaria de Santander, 1993.
- BARREDA, F., «Los primeros eucaliptales plantados en Santander», Altamira, Nº 1-3, 1961, pp. 321-326.
- BIELZA DE ORY, V., (Coord.), «Territorio y Sociedad en España « (2 vols.), Taurus, 1989.
- CARO BAROJA, J., «Los Pueblos de España» (2 vols.), Istmo, 1976.
- CARO BAROJA, J., «Los Pueblos del Norte», Txertoa, 1977.
- CASADO SOTO, J. L., «Cantabria vista por Viajeros de los Siglos XVI y XVII», Centro de Estudios Montañeses, 2000.
- CEBALLOS, A.; ORTUÑO, F., «Los Bosques Españoles», Incafo, 1977.
- CEBALLOS, I., «Repoblación forestal española en los últimos veinte años (1940-1960)», Estudios Geográficos, Nº 81, 1960, pp. 497-507.
- CEBALLOS CUERNO, C., «Ferrerías y abasto de madera. El tradicional proceso de elaboración del carbón vegetal en la Cantabria del Antiguo Régimen: el caso de Villaverde de Trucíos», en Altamira LX, C.E.M., Santander, 2002.
- CHRISTIAN, W. A., «Trovas y Comparsas del Alto Nansa». Aula de Etnografía/Universidad de Cantabria, Santander, 1998.

-
- CORBERA MILLÁN, M., «La Siderurgia Tradicional en Cantabria», Septem Ediciones, 2001.
- CRESPO LÓPEZ, M., «La Madera y un Millón de Años. Estudios Históricos sobre el Trabajo de la Madera en Cantabria», 1999, (inédito).
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, R., «El Campesino Adaptativo: Campesinos y Mercado en el Norte de España», Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria; 1995.
- FONT QUER, P., (Dir.), «Diccionario de Botánica», Labor; 1985.
- GARCÍA ALONSO, M., «El carboneo de madera en Aguayo (Cantabria)», Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Saiz, vol. XII, 1984-1986, pp. 221-223.
- GARCÍA MERINO, L. V., Y OTROS, «Los Espacios Rurales Cantábricos y su Evolución», Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, 1990.
- GIL OLCINA, A.; GÓMEZ MENDOZA, J., (Coords.), «Geografía de España», Ariel, 2001.
- GOMARÍN GUIRADO, F., «Madera para Calzar (de Uso Tradicional en Cantabria)», Aula de Etnografía, Universidad de Cantabria, 1993.
- GÓMEZ OCHOA, F., (Ed.), «Cantabria: De la Prehistoria al Tiempo Presente», Consejería de Cultura y Deporte, Gobierno de Cantabria, 2001.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; DÍAZ GÓMEZ, A., «Manual de Etnografía de Cantabria», Ediciones de la Librería Estudio, 1988.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., «Los Cántabros», Librería Estudio, 1997.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C., «Aportación al estudio de las ferre-rías montaÑesas», Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sainz, vol. V, 1973, pp. 128-213.
- GUINEA, E., «Geografía Botánica de Santander», Diputación Provincial de Santander, 1953.
- GUTIÉRREZ SIMÓN, J. L., «Polaciones: los Trabajos y los Días», Fundación CDESC, 2001.
- LORIENTE ESCALLADA, E., «Datos sobre la vegetación en Cantabria (III). Los encinares», Anales del Instituto de Estudios Agropecuarios, Nº 4, 1979, pp. 39-58.



-LORIENTE ESCALLADA, E., «Paisajes vegetales. Eucaliptales de Cantabria», Revista de Santander, Nº 21, 1980, pp. 46-49.

-LORIENTE ESCALLADA, E., «Árboles Singulares de Cantabria», Institución Cultural Cantabria, 1982.

-MERCAPIDE, N., «Guarnizo y su Real Astillero», Institución Cultural Cantabria, 1980.

-OBREGÓN GOYARROLA, F., «Breve Historia de Cantabria», Ediciones de la Librería Estudio, 2000.

-ORTEGA VALCARCEL, J., «Cantabria 1886-1986. Formación y Desarrollo de una Economía Moderna», Cámara Cantabria, 1986.

-ORTEGA VALCARCEL, J., «La Cantabria Rural. Sobre La Montaña», Universidad de Cantabria, 1987.

-RAMOS, A., (Coord.), «Diccionario de la Naturaleza», Espasa, 1987.

-PASTOR, J. M., «Con la tierra. Aproximación a Cantabria», el autor, Santander, 1998.

-PERALTA LABRADOR, E., «Los Cántabros antes de Roma», Real Academia de la Historia, 2000.

-RIVAS RIVAS, A. M., «Antropología Social de Cantabria», Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria, 1991.

-SAN JOSÉ MEDIAVILLA, A., «Cudoneros del Valle de Toranzo», Comité Organizador Festival Cabuérniga, 1999.

-TERÁN, M., Y OTROS, «Geografía General de España», Ariel, 1994.

-VÁZQUEZ, V.M., «El Bosque Atlántico», Unidades Temáticas Ambientales, MOPU, Dirección General del Medio Ambiente, 1985.

-VILLEGAS DE LA VEGA, R., «Repoblaciones de Eucalipto y Pino Insigne en el Norte de España», Escuela Especial de Ingenieros de Montes de Madrid, 1953.

Toda eres tú temblor de álamo verde,
temblando estás -mi brisa te remuerde-
raíz, tronco, ramas, hojas, flores, cielo.

(De Gerardo Diego, "Álamo cerrado")



GOBIERNO
DE
CANTABRIA

Consejería de Cultura,
Turismo y Deporte.

